

~~AMIN AMIN~~

~~1960~~

SAMIR AMIN

Categorías y leyes fundamentales del capitalismo

Traducción de

GERARDO DAVILA



EDITORIAL
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: Desarrollo

Título original: (Primera parte) Modes de production, formations sociales articulation des instances d'une formation, classes et groupes sociaux, nation et ethnies: introduction aux concepts; (Segunda parte) Le lois fondamentales du mode de production capitaliste et l'évolution des formations capitalistes centrales

Primera edición en español, 1973

Derechos reservados conforme a la ley

© EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

Avenida Universidad 771,

Despachos 402-403

México 12, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo	9

1

UNA INTRODUCCIÓN A LOS CONCEPTOS:

MODO DE PRODUCCIÓN, FORMACIONES SOCIALES, ARTICULACIÓN DE LAS INSTANCIAS DE UNA FORMACIÓN, CLASES Y GRUPOS SOCIALES, NACIÓN Y ETNIAS

I Los modos de producción	13
II Las formaciones sociales	17
III Las clases sociales y la articulación de las instancias	25
IV Las naciones y las etnias	29
V La génesis del modo de producción capitalista en Europa: el comercio exterior y la disgregación de las relaciones feudales	34
VI El bloqueo de las formaciones comerciantes: el mundo árabe	40
VII El bloqueo de las formaciones tributarias. La primera expresión de la ley de desarrollo desigual de las civilizaciones	56

2

LAS LEYES FUNDAMENTALES DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA Y LA EVOLUCIÓN DE LAS FORMACIONES CAPITALISTAS CENTRALES

I Fuerzas productivas y relaciones de producción en las formaciones capitalistas centrales	68
II La acumulación del capital en las formaciones capitalistas centrales	86
III Las condiciones de la acumulación autocentrada: el papel y las funciones del sistema monetario.	92
Del pensamiento clásico a Keynes y Milton Friedman	94
La función pasiva del sistema monetario: el ajuste de la emisión a las necesidades	96

5

	El papel de la moneda en el proceso de la acumulación: la función "activa" del sistema monetario	100
	La inflación y el alza de los precios	104
	Los monopolios y la supresión de la convertibilidad y la inflación rampante	105
IV	La forma de la acumulación autocentrada: del ciclo a la coyuntura	107
	La tendencia secular: la teoría de la "madurez" y la del excedente del capitalismo monopolista contemporáneo: del ciclo a la coyuntura	115
V	Las relaciones internacionales y la articulación de formaciones nacionales del capitalismo central	119
	La teoría clásica de los efectos-precios	123
	La teoría del efecto-cambio	125
	La teoría del efecto-ingreso	127
	¿Tasa de cambio de equilibrio o ajuste estructural?	129
	La teoría económica de la transmisión internacional de la coyuntura	132
	El sistema monetario internacional y la crisis contemporánea	134
	La crisis de liquidez internacional	135
	Los países subdesarrollados y la crisis monetaria internacional	142
	Bibliografía y notas	147

PRESENTACIÓN

Los materiales reunidos en este volumen fueron presentados por su autor al Seminario Afro-Latinoamericano Sobre Estrategia del Desarrollo celebrado en Dakar, Senegal, en septiembre de 1972, así como a reuniones previas similares organizadas por el Instituto Africano de Desarrollo y Planificación.

Samir Amín es un distinguido economista egipcio, autor de numerosos ensayos y artículos sobre historia y teoría económica, y cuyos estudios sobre el subdesarrollo africano empiezan a ser mundialmente conocidos y a conquistarle un merecido prestigio.

Entre sus múltiples trabajos publicados podrían mencionarse Tres experiencias africanas de desarrollo: Malí, Guinea y Ghana (1965), La economía del Maghreb (1966), El desarrollo del capitalismo en la Costa de Marfil (1967), El Maghreb moderno (1970) y la que probablemente es su obra principal hasta ahora: La acumulación a escala mundial — Crítica de la teoría del subdesarrollo, cuyas dos primeras ediciones en francés aparecieron en 1970 y 1971, y que la Editorial Siglo XXI está por publicar en su primera versión en español.

Nuestro Tiempo se complace en presentar estos ensayos que, al abordar el examen del marco histórico en que se produce el subdesarrollo africano y de las condiciones en que en nuestros días opera el capitalismo "central", plantea cuestiones fundamentales y ofrece explicaciones sugerentes que, estamos seguros, serán examinadas con provecho e interés por quienes se interesan seriamente en el estudio de los problemas del subdesarrollo latinoamericano.

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

PRÓLOGO

Aquí presentamos al lector de América Latina, dos ensayos acerca de la teoría del sistema capitalista.

El primero de estos ensayos trata sobre los conceptos fundamentales sin los cuales no se puede llevar a cabo el análisis científico de dicho sistema capitalista. A continuación insistimos sobre todo en cuatro conclusiones de nuestras investigaciones que hasta el momento nos parece que han sido o descuidadas o formuladas de manera insuficiente.

La primera de estas conclusiones se refiere a que es absolutamente necesario distinguir el concepto de modo de producción del de formación social, que es un conjunto estructurado de modos de producción, jerarquizados y organizados alrededor de un modo dominante. Consideramos que los modos de producción son categorías a-históricas, es decir que rechazamos categóricamente la famosa sucesión de los cinco modos: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo. Consideramos que entre el comunismo primitivo de los orígenes y el capitalismo, las formaciones sociales están generalmente organizadas alrededor de un modo de producción, el modo tributario, que reviste su forma central acabada o bien formas periféricas inacabadas, ligadas a menudo con el comercio exterior.

La segunda conclusión de este estudio es que las relaciones entre la instancia económica y la instancia político-ideológica de las formaciones capitalistas son radicalmente diferentes de las habidas en todas las formaciones precapitalistas. Si bien la instancia económica es siempre determinante en último término, sólo en el modo capitalista es la dominante. En todas las formaciones precapitalistas la instancia dominante es la ideológica. De ello resulta que la problemática de la alienación, de la conciencia social y de la superación del sistema es totalmente diferente en los dos casos.

La tercera conclusión es que el concepto de nación no es exclusivo del capitalismo, sino que reside en la centralización y la redistribución del excedente, que existen en las formaciones tributarias acabadas.

La cuarta conclusión es que las formaciones tributarias no han sido superadas a partir de una evolución lineal de sus centros, sino a partir de sus periferias "bárbaras". En tal forma que el nacimiento del capitalismo en la periferia de las grandes civilizaciones precapitalistas, sugiere una primera formulación de una ley del desarrollo desigual.

El segundo ensayo trata de las leyes fundamentales del capitalismo acabado (central). Aquí hemos puesto el acento sobre aquéllo que nos parecía esencial para comprender el funcionamiento del sistema mundial, que está compuesto de un centro dominante y una periferia dependiente. De aquí se derivan cuatro conclusiones.

La primera es que en las formaciones capitalistas centrales, el modelo de la acumulación está fundado sobre una articulación fundamental entre el sector I (producción de medios de producción) y el sector II (producción de bienes de consumo). Este carácter autocentrado de la acumulación, que no encontraremos en el modelo periférico dependiente, explica la integración de las clases antagónicas (burguesía y proletariado) en una unidad dialéctica (la nación) y por sí sólo rinde cuenta de la ley esencial de la baja de la tasa de ganancia.

La segunda es que esta acumulación autocentrada exige que el sistema monetario sea puesto a su servicio por la expansión continua y controlada del crédito, que permite el equilibrio dinámico de un período a otro. De esta manera intervenimos en el debate Lenin-Rosa Luxemburgo sobre la "cuestión de los mercados".

La tercera es que la coyuntura es la forma histórica de esta acumulación autocentrada, y que esta forma presenta caracteres específicos para cada uno de los grandes períodos de la historia del capitalismo desde hace siglo y medio.

La cuarta conclusión es que el análisis de las relaciones entre las diferentes formaciones centrales nacionales no puede ser conducido en términos "economicistas". Esto lo testimonia el fracaso de las teorías económicas convencionales de la balanza de pagos. En esta forma llegamos al punto de partida que es una crítica de los orígenes de la alienación economicista de la "teoría" económica convencional.

I

UNA INTRODUCCION A LOS CONCEPTOS: MODOS DE PRODUCCIÓN, FORMACIONES SOCIALES, ARTICULACIÓN DE LAS INSTANCIAS DE UNA FOR- MACIÓN, CLASES Y GRUPOS SOCIALES, NACIÓN Y ETNIAS.

Cada sistema científico descansa sobre un sistema de *conceptos*. El concepto más general, y por ello el más abstracto de la ciencia social es el de *modo de producción*, cuyo radio de acción se verá que es excepcionalmente extenso. En efecto incluye el concepto de *formación social* situado a un nivel de abstracción poco elevado, así como más próximo a la realidad concreta e inmediata. La articulación entre las diversas *instancias* (económica, política, ideológica) que definen a una formación social es específica a cada uno de los tipos de formación: no es la misma en los modos de producción pre-capitalista, capitalista y socialista. El *predominio* de una instancia sobre las otras, diferente *de su determinación en último grado*, es específico de cada modo de producción. De la misma manera, *las clases sociales* se definen en relación a una formación social y las relaciones entre ellas son específicas a dicha formación. Finalmente, los conceptos de nación y etnia adquieren un perfil riguroso si se los lleva a la especificidad de las diferentes formaciones sociales.

I

LOS MODOS DE PRODUCCIÓN

Para empezar es necesario subrayar que los modos de producción deben ser distinguidos de las formaciones sociales. Esta distinción, desgraciadamente, es olvidada con frecuencia introduciendo una gran confusión en la teoría social.

El concepto de modo de producción es *un concepto abstracto que no supone ningún orden de sucesión histórica* en lo que se refiere a todo el período de la historia de las civilizaciones, que se extiende desde las primeras formaciones diferenciadas hasta el capitalismo. Hemos propuesto distinguir 5 modos de producción: 1) el modo de producción comunitario primitivo, el único que por razones evidentes es anterior a todos los demás; 2) el modo de producción tributario que yuxtapone la persistencia de la comunidad aldeana y la de un aparato social y político de explotación de ésta bajo la forma de cobro de tributos; este modo de producción tributario es la forma más común y la más general que caracteriza a las formaciones de clases precapitalistas y de éstas proponemos distinguir las que siguen:

a) las formas tempranas, y b) las formas evolucionadas como el modo de producción feudal (en donde la comunidad aldeana pierde la propiedad eminente del suelo en beneficio de los señores feudales y la comunidad persiste como una comunidad de familias); 3) el modo de producción esclavista que constituye una forma relativamente más rara aunque más extendida; 4) el modo de la pequeña producción mercantil simple que es una forma frecuente pero que no caracteriza prácticamente nunca a una formación social en la cual ella sea el modo dominante, y finalmente 5) el modo de producción capitalista.

Cada uno de estos modos de producción "en estado puro" admite características esenciales específicas que le definen.

Los comunitarios constituyen los primeros modos de producción que crean una división de clase embrionaria. Aseguran el paso del comunismo primitivo a las sociedades de clases acabadas.

Como bien lo señaló Guy Dhoquois este comunismo primitivo se define como la *negación primitiva* (de la división del trabajo y del producto excedente).

Esta *hipótesis necesaria* debe ser diferenciada de la de los modos comunitarios. Porque este paso del negativo (ausencia de clases) al positivo (sociedad de clases) es extremadamente lento y progresivo, los modos comunitarios son variados y numerosos como lo ha establecido Emmanuel Terray. Las *condiciones ecológicas* evidentemente se encuentran en el origen de esta sociedad. Sin embargo, a despecho de esa variedad, los modos de producción de la comunidad primitiva se caracterizan por: 1) la organización del trabajo, en parte sobre una base individual (la de la "pequeña familia"), y en parte sobre bases colectivas (la de "la gran familia", el "clan", la "aldea"), el medio de trabajo esencial —la tierra— es propiedad colectiva del clan, y todos sus miembros la utilizan libremente pero conforme a reglas precisas (utilización de parcelas distribuidas a las familias, etc.); 2) la ausencia de intercambios mercantiles; 3) la distribución del producto en el interior de la colectividad según reglas estrechamente relacionadas con la organización del parentesco.

El acceso a la tierra en las comunidades no es de ningún modo necesariamente igualitario. Lo es indudablemente en las más primitivas de esas comunidades. En las otras, las más evolucionadas, este acceso está *jerarquizado*, ciertas familias o clanes tenían "derecho" a las mejores parcelas, a las mejor situadas por ejemplo, o a las más grandes. Es a partir de este momento en que se afirma un embrión de división de clases. Esta jerarquía se encuentra generalmente en

estrecha relación con la del poder político y religioso. El África negra presenta una variada gama de estos modos de producción, unos relativamente fuertes, poco jerarquizados —principalmente entre los bantús—, otros agudamente desiguales como es entre los Tuculers del valle del Senegal. Los Achanti, de Ghana; los Hausa del Norte de Nigeria, etc. Pero en todos los casos, el campesino, cualquiera que sea, tiene acceso a la tierra; por el hecho de su pertenencia a un clan tiene derecho a una parcela en los terrenos propiedad del mismo. Entonces, es *imposible* el proceso de proletarianización, es decir la separación del productor de sus medios de producción (incluidos aquí los medios naturales: la tierra). Se verá también que la integración de las sociedades creadas sobre este tipo de modo de producción al sistema capitalista mundial —como es el caso de la casi totalidad de las sociedades campesinas africanas de nuestros días— conduce a un *empobrecimiento sin proletarianización*.

El modo de producción esclavista hace del trabajador —del esclavo— el medio esencial de producción. Pero el producto de este trabajo servil puede entrar en la esfera de transferencias no mercantiles propias a la comunidad (esclavismo patriarcal) o en los circuitos mercantiles (caso del esclavismo greco-romano).

En el modo de producción feudal —en el que la tierra se convierte en el medio de producción esencial— se tiene: 1) la organización de la sociedad en dos clases, la de los señores de la tierra (cuya propiedad es inalienable) y la de los siervos que la trabajan; 2) la apropiación del excedente por los dueños de la tierra mediante la vía del derecho y no en virtud de relaciones mercantiles; 3) la ausencia de intercambios mercantiles internos en la "esfera" de lo que constituye la célula elemental de la sociedad.

El modo de producción llamado "asiático", que preferiríamos llamar tributario, se acerca mucho al modo de producción feudal. Está caracterizado por la organización de la sociedad en dos clases esenciales: el campesinado organizado en comunidad y la clase dirigente que monopoliza las funciones de la organización política de la sociedad y percibe un tributo (no mercantil) de las comunidades rurales. Pero en tanto que el señor feudal tiene la propiedad eminente del suelo en el modo de producción tributario, es a la comunidad rural a la que regresa esta propiedad. Resulta que el modo de producción feudal —que no ha existido bajo su forma acabada más que en Europa occidental y central y en Japón— está siempre amenazado por la disgregación, en el caso de que, por la razón que sea, el señor feudal se desembarace de una parte de los que trabajan la

tierra, "libere" a sus siervos, es decir, los proletarice. Por otra parte, efectivamente, es a partir de esta disgregación, bajo el impulso de la presión demográfica y de los efectos del comercio con regiones lejanas (con su corolario: la transformación de la renta en especie por renta en dinero), que se constituyó el proletariado urbano, condición para la aparición del modo de producción capitalista. Por el contrario, en el modo de producción tributario, el derecho fundamental del campesino perteneciente a la comunidad, de utilizar la tierra hace imposible semejante disgregación. Sin embargo, el modo de producción tributario evolucionado tiende casi siempre a feudalizarse (ese fue el caso en China, India y Egipto) es decir, la clase dirigente sustituye a la comunidad en la propiedad eminente privativa del suelo (ya que ese tipo de feudalismo puede entonces presentar algunas características secundarias que lo diferencian del de Europa o el de Japón).

El modo de producción mercantil simple se caracteriza en su estado puro por la igualdad de los pequeños productores libres y por la organización del intercambio comercial entre ellos. Ninguna sociedad ha sido creada jamás sobre el predominio de este modo de producción mercantil simple que permanece puramente ideal (se trata aquí de las relaciones internas de la sociedad y no de relaciones externas). Aunque muy frecuentemente, y en especial en las formaciones basadas en el predominio del modo de producción esclavista, tributario o feudal, existía una esfera regida por las relaciones mercantiles simples, particularmente la de la producción artesanal cuando ésta estuvo suficientemente disociada de la producción agrícola tal es el caso de las sociedades urbanizadas.

Se comprende ahora en qué sentido es necesario tomar nuestra proposición de que los *modos de producción no son conceptos históricos*, que no tienen edad. Esto significa que no hay sucesión histórica necesaria, como por ejemplo, la famosa secuencia comunidad-esclavismo-feudalismo.

Al salir de la comunidad, el modo de producción tributario es, en efecto la consecuencia "normal" *la regla*. Se caracteriza por la contradicción: permanencia de la comunidad/negación de la comunidad por el estado. Se caracteriza también, de hecho, por la confusión clase superior que se apropia del excedente clase dominante política. Este hecho impide reducir las relaciones de producción a las relaciones jurídicas de propiedad, y obliga a dar a las relaciones de producción su plena significación: relaciones sociales motivadas por la organización de la producción. Se verá más

adelante que en la reducción de las relaciones de producción a las relaciones de propiedad está el origen de la confusión entre el socialismo y el capitalismo de estado.

De manera que este modo de producción tributario es la regla y se debe abandonar definitivamente el calificativo de asiático. Se le encuentra en efecto, en los 5 continentes, algunos en Asia (China, India, Indochina, Mesopotamia y el Oriente clásico, etc.), pero también en África (Egipto y el África negra), en Europa (en las sociedades preclásicas: Creta y Etruria), en la América indígena (Incas, Aztecas, etc.).

La familia de los modos de producción tributarios comprende el modo de producción feudal, que aparece como un *caso extremo*, en el que la comunidad está particularmente degradada, ya que pierde la propiedad eminente del suelo. Este carácter extremo permitirá comprender por qué y cómo las formaciones feudales son *periféricas* por analogía a las *formaciones tributarias centrales*. De igual manera se podrá comprender por qué y cómo el modo de producción capitalista no ha podido nacer *más que* en estas *zonas fronterizas* de la civilización tributaria, a su vez la forma principal de la civilización pre-capitalista.

Se verá que el modo de producción esclavista se sitúa igualmente en las fronteras de las formaciones tributarias y no aparece, sino *excepcionalmente*, en una secuencia no central, sino periférica.

En fin, por lo que se refiere al modo de producción mercantil simple se verá también que no ha florecido más que en las formaciones periféricas. En el momento en que se deba distinguir a los *centros jóvenes* (centros de formación) del sistema capitalista, de su periferia, nos toparemos de nuevo con la importancia de esta observación. Ésta será decisiva cuando se aborde la cuestión de la América del Norte en oposición a América Latina y la de los dominios "blancos" (África del Sur, Australia, Nueva Zelanda) en oposición a las colonias.

II

LAS FORMACIONES SOCIALES

Ninguno de estos modos de producción ha existido jamás en "estado puro" —las sociedades históricas son formaciones que por una parte combinan estos modos de producción (un ejemplo sería: comunidad aldeana, esclavismo patriarcal y relaciones mercantiles

simples entre jefes de familia de comunidades vecinas) y por otra, organizan las relaciones entre la sociedad local y otras sociedades (que se expresan por la existencia de nexos de comercio con regiones lejanas). El comercio exterior no constituye evidentemente un modo de producción, pero el grado más o menos evolucionado de éste da a las formaciones sociales su propia imagen, en base a las combinaciones particulares que rigen sus relaciones con el o los modos de producción sobre los cuales la sociedad se funda.

Las formaciones son estructuras *concretas*, organizadas, y caracterizadas por un modo de producción *dominante* y la articulación a su alrededor, de un complejo conjunto de modos de producción que le son subordinados. Así puede verse el modo de la pequeña producción mercantil simple articulada a un modo de producción tributario (temprano o feudal evolucionado) dominante, sobre un modo de producción esclavista o lo mismo que sobre un modo de producción capitalista. También, el modo de producción esclavista puede ser no dominante, lo que es la regla, hasta que se articula a un modo tributario dominante (o bien al modo capitalista, como en los Estados Unidos hasta 1865), y excepcionalmente constituir el modo dominante (como en las formaciones de la antigüedad clásica).

Todas las sociedades precapitalistas son formaciones sociales que combinan los mismos elementos, aunque estas combinaciones sean diferentes las unas de las otras. La variedad infinita de estas formaciones, especialmente las asiáticas y africanas han sido violentamente reducidas al "modo de producción asiático". Nosotros preferimos hablar de "formaciones orientales y africanas" caracterizadas por 1) el dominio de un modo de producción comunitario o tributario (más o menos evolucionado hacia un modo de producción feudal), 2) la existencia de relaciones mercantiles simples en esferas limitadas, y 3) la existencia de relaciones comerciales con regiones lejanas. Mientras que el modo de producción feudal está ausente o en estado embrionario y las relaciones mercantiles simples internas están igualmente ausentes, la formación, reducida a la combinación de un modo de producción comunitario o tributario poco evolucionado y las relaciones de comercio con países lejanos, será del tipo "africano".

La introducción del *comercio exterior* en el esquema explicativo de las formaciones sociales se impone porque ellas no siempre pueden ser comprendidas en su aislamiento. Si las relaciones que diferentes formaciones mantienen son a veces marginales, frecuentemente son decisivas. La problemática del *comercio exterior* es pues esencial. El comercio exterior no es un modo de producción, claro

está, pero sí el modo de articulación entre formaciones *autónomas*. Es en ello que se distingue del comercio interior, que se da dentro de una formación social dada. Este comercio interior está constituido por los intercambios comerciales característicos a la pequeña producción mercantil simple o esclavista (en este caso esclavista-comercial) que son los elementos de la formación en cuestión. Pero puede ser también una prolongación del comercio exterior, el modo por el que las mercancías que son objeto de este comercio penetren profundamente al seno de la formación.

Al poner en contacto a sociedades que se desconocen, es decir a productos cuyo costo de producción ignoran entrambas sociedades, a productos "raros", insustituibles, el comercio exterior hace que los grupos sociales que toman parte en él ocupen una posición de monopolio de la que obtienen su ganancia. Este monopolio justifica a menudo el carácter "especial" de estos grupos —castas o etnias comerciantes extranjeras especializadas, etc.— muy frecuentes en la historia (judíos en Europa como Diula en Africa del Oeste, etc.). En este comercio, la teoría subjetivista del valor —que pierde su sentido cuando el costo de producción de las mercancías es conocido por los socios en el intercambio, como sucede en los intercambios capitalistas—, conserva aquí una significación.

Veremos cómo este comercio exterior puede, en ciertas sociedades, convertirse en decisivo. Esto sucede así mientras el excedente que las clases dominantes locales pueden obtener de los productores en el interior de la formación en cuestión es limitada, sea por razón del nivel de desarrollo menos avanzado de las fuerzas productivas y/o por las condiciones ecológicas difíciles o por razón de la resistencia que la comunidad aldeana oponga con éxito al desquite de ese excedente. En este caso, el comercio exterior, por el beneficio de monopolio a que él da cabida, *la transferencia* (y no ciertamente la generación) de una fracción del excedente de una sociedad a otra. Para la sociedad beneficiada, esta transferencia puede ser esencial y constituir el apoyo principal de la riqueza y el poderío de sus clases dirigentes. La civilización en su conjunto puede depender de este comercio y el desplazamiento de los circuitos de intercambio hacer caer en la decadencia a tal región o, al contrario, crear las condiciones de un florecimiento sin que el nivel de las fuerzas productivas haya sufrido una regresión o una progresión notable: es así como se explican, en nuestra opinión, las altas y bajas en la historia del mundo antiguo y mediterráneo, especialmente en lo

que se refiere al milagro griego así como a la grandeza y decadencia del mundo árabe.

El análisis de una formación social concreta debe organizarse con referencia al *modo de generación del excedente* característico de tal formación, las *transferencias* eventuales del excedente proveniente de, o en camino hacia otras formaciones y de la *distribución* interna de este excedente entre las diferentes partes involucradas (clases y grupos sociales). La condición misma de existencia de una formación de clases (en oposición a la "negación de origen" —el comunismo primitivo—) es la de que el desarrollo de las fuerzas productivas (y el grado de división del trabajo que la acompaña) sea ya suficiente como para que aparezca un excedente de la producción sobre el consumo necesario para asegurar la reconstitución de la fuerza de trabajo. El concepto *excedente* es muy general, pero adquiere, según los modos de producción, formas diferentes, ya sean no mercantiles (tributo, renta en especie, etc.), o ya sean mercantiles. En el último caso citado se utilizará el término *plusvalía*, que contiene la raíz *valor* y se refiere al intercambio mercantil. En el modo de producción capitalista la *ganancia* es la forma específica que la plusvalía adquirirá cuando sea redistribuida en proporción a los capitales aportados. Como una formación social es un complejo organizado de múltiples modos de producción, el excedente generado en esta formación no es homogéneo, agrega excedentes de diferente origen. Una primera cuestión esencial es la de averiguar para tal o cual formación concreta, cuál es el modo de producción predominante y así, la forma de excedente que predomina. Una segunda cuestión no menos esencial es la de saber en qué medida la sociedad vive de un excedente generado por ella misma y de un excedente proveniente de otra sociedad, dicho de otro modo, cuál es el lugar relativo que ocupa el comercio exterior para la formación en cuestión. La distribución de este excedente entre las clases sociales, definidas en relación con los diferentes modos de producción característicos de la formación y los grupos sociales cuya existencia está en relación con los modos de articulación de los diferentes modos de producción propios a la formación, da a ésta su imagen concreta.

Así pues, el análisis de una formación concreta exige que sea dilucidada la cuestión del *dominio* de un modo de producción sobre los otros y la manera en que se *articulan* estos modos de producción.

La familia de formaciones más común en la historia de las civilizaciones precapitalistas es la de las formaciones de dominación tributaria. Al salir del comunismo primitivo, las comunidades se

constituyen, y más tarde evolucionan hacia formas jerarquizadas de ellos. Esta evolución, muy general es la que engendra el modo de producción tributario. Los modos de producción esclavista y mercantil simple se articulan sobre el modo tributario dominante y ocupan en la sociedad un lugar más o menos importante de acuerdo con la importancia relativa del excedente arrancado bajo la forma de tributo: si las condiciones naturales (ecológicas) y sociales (grado de desarrollo de las fuerzas productivas) son favorables, el tributo es voluminoso. La clase-estado que lo percibe (la "corte real") redistribuye buena parte haciendo vivir en torno de ella a artesanos que la abastecen de los productos de lujo que consume. Estos artesanos son frecuentemente pequeños productores. La producción artesanal-industrial puede igualmente ser organizada en el marco de empresas en las que la mano de obra es servil o libre (asalariada) y cuyo producto es comercializado. Una clase de comerciantes que se interpone entre el estado, las comunidades aldeanas, los artesanos y los empresarios (sean esclavistas o no), organiza estas redes comerciales. La articulación de estos segundos modos de producción en el modo tributario dominante debe ser analizada en términos de *circulación del excedente de origen*, circulación sobre la que se inserta la posible generación de segundos excedentes (en el caso de empresas en las que la mano de obra es servil o asalariada). Es también sobre esta circulación del excedente que se introduce eventualmente la transferencia proveniente de fuera, si el comercio exterior existe y es dominado por los comerciantes de la formación estudiada. En el caso de que el tributo (de origen interno) sea débil (por razones ecológicas por ejemplo), la sociedad tributaria deberá ser relativamente pobre, aunque, excepcionalmente, puede ser rica, si el excedente de origen externo del que se beneficia es importante. Es el caso de sociedades ampliamente basadas en el *control de los circuitos del comercio exterior*. La existencia y la prosperidad de estas sociedades dependerán por tanto en gran escala, del control monopolista de las relaciones que otras formaciones, —donde se generó un excedente de origen transferido— realizan por intermedio suyo. Tendremos así *formaciones tributarias-comerciales*: el término comerciante, agregado, marca el lugar relativo determinante que ocupa el excedente de origen externo (beneficios del monopolio del comercio exterior) sobre el excedente de origen interno (tributo). Las relaciones pueden llegar hasta la inversión: a la escala de la formación, el excedente transferido alimenta los segundos circuitos (de producción mercantil simple, etc.) y

puede ser extraído un tributo de este excedente transferido por el estado-clase dominante.

La primera subfamilia de formaciones tributarias, la de las formaciones tributarias ricas (basadas sobre un excedente interno voluminoso), es la que corresponde a todas las grandes civilizaciones milenarias y particularmente a las de Egipto y China. Su estabilidad es notable, precisamente porque el tributo de origen interno es voluminoso. La segunda subfamilia es la correspondiente a las formaciones tributarias pobres (caracterizadas por el débil volumen del excedente interno), como la gran mayoría de civilizaciones antiguas y medievales. La tercera subfamilia, la de formaciones tributario-comerciantes, aparece aquí y allá en periodos más o menos duraderos según las vicisitudes de las rutas del comercio: la antigua Grecia, el mundo árabe en su época de florecimiento, algunos estados de la sabana del África negra, son los ejemplos más destacados.

Con relación a este conjunto de formaciones de dominación tributaria (y al margen, tributario-comerciante) las formaciones de dominio esclavista y mercantil simple aparecen sólo como las excepciones.

El predominio esclavista no tiene *ninguna vocación general* y no se encuentra, prácticamente, en *ningún lado* en el origen de las diferenciaciones de clases. El modo de producción esclavista no adquiere amplitud en relación con el florecimiento de los intercambios comerciales, en Grecia y Roma. En Grecia se descubre el comercio exterior en los orígenes de la civilización. Los beneficios de este comercio alimentan una producción esclavista de carácter comercial que traslada el centro de gravedad de la formación. Al principio, el excedente principal es de origen externo, con la prosperidad de la esclavitud el excedente interno va ocupando una posición preponderante y los productos comerciales de la producción esclavista se convierten en parte, en objetos de exportación. El imperio de Alejandro y después su sucesor romano extenderán el espacio geográfico de esta formación excepcional. Es notable que su extensión en dirección al este, en donde tropezará con formaciones tributarias sólidas, será difícil y limitada, en tanto que el centro de gravedad de esta formación se desplazará hacia el norte y el oeste, en donde precisamente la exacción tributaria permanecerá más débil. Pero, también en esta zona imperial en la que el esclavismo, la producción mercantil simple, el comercio interno y externo adquirirán dimensiones excepcionales y persistirán los modos de producción comunitarios (en el oeste) y tributarios (en el este). La dependencia de

la formación respecto del exterior, de donde debe principalmente extraer sus esclavos, señala su fragilidad. En comparación con las milenarias civilizaciones egipcia y china, la duración de la esclavista romana es corta. De los escombros de su destrucción por los bárbaros renacerá una formación tributaria, la de la Europa feudal. Más adelante se verá en dónde se sitúan las raíces de las especificidades de esta formación, que facilitan datos sobre la génesis del modo de producción capitalista.

El dominio del modo de producción mercantil simple es todavía más excepcional. Se le descubre en Nueva Inglaterra (de 1600 a 1750), en África del sur boer (de 1600 a 1880), en Australia y en Nueva Zelanda (de los orígenes de la colonización blanca al florecimiento del capitalismo contemporáneo). Estas sociedades de pequeños agricultores y de artesanos libres en las que el modo de producción mercantil simple no ha sido introducido sobre una producción tributaria o esclavista, pero que constituye el modo principal de organización de la sociedad no se explicarían si se ignorara que son el sub-producto de la disgregación de relaciones feudales en Inglaterra (y accesoriamente en los Países Bajos y en Francia). La emigración de pobres-proletarizados a causa de esta disgregación, y el modelo ideal que ellos constituyen sobre las nuevas tierras, explican esta excepcional dependencia. Se tendrá la ocasión de ver que el potencial de transformación de estas formaciones excepcionales en formaciones capitalistas acabadas es extraordinario.

Puede verse, entonces, en qué sentido entendemos que el concepto de formación social es un concepto histórico. El progreso tecnológico —el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas— es *acumulativo*, como lo subraya Darcy Ribeiro y lo recuerda Silva Michelena. Este progreso se mantiene en el marco de una formación (por ejemplo la formación tributaria o la capitalista) y permite poner fechas a la historia. La *misma* formación en dos etapas diferentes está siempre constituida por modos de producción combinados de una cierta manera que es propia a dicha formación. Dos formaciones de la misma edad tecnológica —caracterizadas por el mismo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas— combinan diferentes modos de producción. Si los modos de producción no constituyen categorías históricas (en el sentido de una sucesión histórica necesaria a partir de su aparición) las formaciones *tienen una edad* que está dada por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

Las formaciones se suceden históricamente, pero no los modos que ellas combinan. Esta sucesión histórica no es sin embargo,

única. La línea principal, predominante, ve producirse las formaciones comunitarias, y más tarde las tributarias. Esta línea principal —central de las formaciones precapitalistas, diríamos que se “bloquea”, relativamente, en el sentido de que el progreso tecnológico puede producirse en el interior de la formación tributaria, aunque lentamente. La segunda línea, marginal, ve producirse las formaciones comunitarias y después las formaciones feudales (que son un tipo límite de la familia de formaciones tributarias), con un marcado rasgo mercantil (esclavista-mercantil y/o mercantil simple no esclavista) que, decimos nosotros, testimonia la originalidad de su carácter periférico. En esta línea, el desarrollo de las fuerzas productivas entra de nuevo en conflicto con las relaciones sociales y desemboca en las formaciones del capitalismo.

La sucesión histórica de las formaciones unida a la ausencia de sucesión necesaria de los modos que ellas combinan, indica que es absurdo hacer cualquiera analogía entre el mismo modo de producción integrado en las formaciones de edad diferente, por ejemplo, entre el esclavismo africano o romano y el de los Estados Unidos del siglo XIX.

Las formaciones capitalistas se caracterizan por el predominio del modo de producción capitalista. Sin pretender anticiparnos en este estudio, señalaremos que este predominio, común a todas las formaciones capitalistas, no excluye una gran diferencia en cuanto a su modo de expresión según si estas formaciones capitalistas son centrales o periféricas.

En comparación con *todos* los modos anteriores el de producción capitalista presenta este carácter particular: *todos los productos son mercancías*, mientras que sólo productos en los que se incorpora el excedente de los modos anteriores puede revestir esta forma de mercancías. En todos los modos precapitalistas, las subsistencias no son objeto de intercambios (de allí el carácter de “economías de subsistencia” de las formaciones precapitalistas) y el excedente es unas veces objeto de circulación no mercantil (tributo, renta en especie) y otras de intercambios mercantiles. La generación de la forma-mercancía del producto da al modo de producción capitalista un poder disgregador de los otros modos de producción con los cuales se enfrenta.

Mientras que las formaciones precapitalistas están caracterizadas por una coexistencia *estable* de diferentes modos de producción, articulados y jerarquizados; el modo capitalista *destruye* a los otros. Está caracterizado por la tendencia a *convertirse en exclusivo*. No

obstante la condición de esta tendencia a la exclusividad es, como se demostrará, que dicho capitalismo esté basado sobre la ampliación y profundización del *mercado interno*. Es el caso de las formaciones capitalistas centrales, no de las formaciones periféricas. Se verá que el modo capitalista, dominante, somete a los otros y los transforma —los desfigura, los despoja de su funcionalidad propia para someterlos a la suya, sin siquiera disgregarlos, ni destruirlos radicalmente.

El dominio del modo de producción capitalista se expresa igualmente sobre otro plano. El *sistema mundial* constituye un plano de la realidad contemporánea. A este nivel las formaciones (centrales y periféricas) están organizadas en *un* sistema organizado y jerarquizado. La disgregación de este sistema —la formación de estados socialistas o pretendidamente socialistas— no se expresa en nada distinto que esta hipótesis de que el sistema es superado no a partir de su centro sino de su periferia. Sin embargo, el logro del socialismo no es posible más que a escala planetaria si, sobre este plano como sobre todos, el socialismo puede ser *superior* al capitalismo y que este último está *ya* organizado en sistema mundial. El socialismo no puede pues ser la yuxtaposición de socialismos nacionales, lo que sería un retroceso en relación al carácter mundial integrado (pero no igualitario) del capitalismo. No puede existir otro *sistema socialista* que no sea planetario. Es también por lo que no hay *dos* mercados mundiales: el mercado capitalista y el mercado socialista, sino uno solo, el primero, en el que participa, marginalmente, Europa del este. Tendremos la oportunidad de hablar más adelante de la naturaleza de las formaciones en transición —hacia el socialismo o hacia el capitalismo de estado—, de discutir la cuestión de si estas formaciones son ya (o todavía no) parte del sistema capitalista mundial, o si se orientan por una vía diferente que excluye su reintegración al sistema en cuestión.

III

LAS CLASES SOCIALES Y LA ARTICULACIÓN DE LAS INSTANCIAS

Si el análisis de una formación social consiste en elucidar los problemas de la generación y circulación del excedente de esa formación, tal análisis esclarece inmediatamente el punto sobre las clases y grupos sociales. Cada modo de producción de clase determina un par de clases antagónicas-unidas: clase-estado y campesinos en el

modo tributario, señores y esclavos en el modo esclavista, feudales y siervos en el modo feudal, burgueses y proletarios en el modo capitalista. Cada una de estas clases se define por las funciones que ocupa en la producción. Esta referencia esencial del proceso de producción no puede ser reducida a la "propiedad" (el derecho) de los medios de producción. La clase-estado en el modo tributario no es la propietaria del suelo, que pertenece a la comunidad. El feudal no tiene más que la propiedad eminente del suelo, la comunidad conserva un *derecho* (el derecho de utilizarlo) por encima de él. Pero tanto la clase-estado como el feudal, organizan y planifican la producción, y gracias a esto *dominan* el proceso productivo. Igualmente los modos de producción comunitario y mercantil simple, cada uno, definen una *clase de productores*, ya que son modos no diferenciados desde el punto de vista de clases. Se trata sin embargo de una clase social, es decir de un grupo que se define por referencia al proceso productivo: la clase de los campesinos comunitarios y la de los pequeños productores de mercancías libres (campesinos y artesanos). Por referencia al proceso de circulación del excedente, en tanto esta circulación sea mercantil se puede definir una clase: la de los comerciantes. Es evidente que cuando la circulación del excedente no es mercantil es la clase dominante la que asume directamente esta función: el cobro del tributo por los agentes de la clase-estado, o pago directo de la renta en especie de los campesinos al señor.

Siendo una formación un complejo de modos de producción, no es sorprendente que toda la sociedad presente el funcionamiento de un complejo de más de dos clases: feudales, campesinos siervos, campesinos libres, artesanos comerciantes, comerciantes en la Europa feudal; corte imperial y casta de funcionarios, campesinos comunitarios, pequeños artesanos productores libres, artesanos asalariados y empresarios comerciantes, comerciantes en China imperial; señores de esclavos y esclavos, pequeños campesinos libres o comunitarios, comerciantes en la Antigüedad clásica; burgueses, proletarios y pequeños productores de mercancías en el mundo capitalista moderno, etc.

Una sociedad no puede ser reducida a su infraestructura. Su organización, es decir, *su vida material*, impone, como se verá, que sean llenadas las funciones políticas e ideológicas en relación con el modo de producción dominante y la articulación de los modos propios a la formación. Estas funciones pueden ser cumplidas directamente por las clases definidas anteriormente o por los *grupos sociales* que dependen de ellos. La estructura social concreta, real de la sociedad

será ampliamente marcada por estos grupos. El más importante de entre ellos es, ciertamente, la *burocracia*, que asegura el funcionamiento del estado: burocracia civil (perceptores del tributo, policías y jueces), militar, religiosa, etcétera. Se habrá hecho un gran progreso cuando se haya cesado de confundir abusivamente la burocracia así definida (lo mismo que en su sentido amplio) con la *clase-estado* del modo tributario o la *burguesía de estado* del capitalismo de estado.

La burocracia no llena las funciones de dominación directa del proceso productivo. Por el contrario, la clase-estado lo *dirige* ella misma, directamente; es la que planifica y ordena, como se ve en China y en Egipto. Y es lo mismo, *mutatis mutandis*, en el capitalismo de estado en el que la burguesía de estado dirige las empresas, decide qué producir y cómo, etcétera. Las luchas intestinas entre el "clan de tecnócratas" y el de "burócratas" en Rusia reflejan claramente esta distinción —convertida en consciente— entre la burguesía de estado y la burocracia destinada a servirla.

Este último ejemplo de conflicto entre una *clase* (dirigente) y el *grupo* que está destinado a servirla, muestra que falta por elucidar un problema: el de las relaciones entre las diferentes *instancias* de un modo de producción. Ya que, como lo hemos dicho, la sociedad no puede ser reducida a su infraestructura ¿cómo se definen las relaciones entre ésta (*la instancia económica*) y la superestructura (*la instancia político-ideológica*)? Estas relaciones no son idénticas de un modo de producción a otro. Ciertamente, cualquiera que sea el modo de producción, la instancia económica es *determinante en último término*, si se acepta esta realidad llana, evidente e indiscutible de que la vida material condiciona todos los otros aspectos de la vida social —"es necesario comer primero"— es decir, que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, —determinantes del volumen relativo del excedente— condiciona a la civilización. Pero es importante distinguir esta determinación en última instancia del *dominio de la instancia económica o de la político-ideológica*.

En todos los modos de producción precapitalistas la generación y el empleo del excedente son *claros*. Los productores no pueden aceptar la exacción del excedente que producen y del que ellos se saben productores, a menos que estén *alienados* y consideren esta exacción necesaria para la supervivencia del orden social y *natural*. La instancia político-ideológica toma necesariamente la *forma religiosa y domina la vida social*: es instancia dominante. Además, en ese caso si el excedente extraído no es utilizado "correctamente",

es decir, para mantener, reproducir y desarrollar el estado y la civilización, si es “despilfarrado” por los invasores saqueadores o un “rey malvado”, los productos se sublevan para imponer un “gobierno justo”, porque el orden natural y las leyes divinas han sido violadas. Así se explican las formas *alienadas* de los movimientos sociales y el reestablecimiento del orden de clases. Mientras que, por otro lado, el mantenimiento y desarrollo de este orden social exige el buen funcionamiento de los grupos sociales específicos, como la burocracia civil o militar o la teocrática al servicio de la clase-estado tributaria; estos grupos ocupan un lugar central en la historia política de la sociedad. El observador empírico de la historia puede entonces, víctima de las apariencias, ver en ésta el resultado de luchas ideológicas (conflictos religiosos) o políticas (conflictos de los clanes): es víctima de la misma alienación que la sociedad estudiada.

Por el contrario, en el modo de producción capitalista y sólo en él, la generación del excedente es *velada*. Es, ciertamente, como lo ha dicho el mismo Marx, el aporte esencial del *capital: la transformación de la plusvalía en ganancia*. Los “economistas” de miras estrechas han visto en esta transformación una contradicción formal (la llamada contradicción entre el tomo I y el tomo II de *El Capital*). Esto demuestra solamente que ellos son víctimas de la misma alienación de su sociedad: la alienación económica. Pues esta transformación hace que desaparezcan las apariencias en cuanto al origen de la ganancia (la plusvalía), hace aparecer al “capital” (una *relación social*) como una *cosa* (las instalaciones en las que se incorpora este poder social), y dota a esta cosa de un poder sobrenatural: el de ser “productivo”. El calificativo de *fetichismo* que Marx atribuye a este proceso merece muy bien ese nombre. En el terreno de las apariencias, en el modo capitalista, el capital parece productivo como el trabajo; el salario parece ser la remuneración “justa” del trabajo (cuando representa el *valor de la fuerza de trabajo*) y la ganancia la compensación de “servicios” prestados por el capital (riesgo, ahorro-abstinencia, etcétera). La velada generación del excedente ocasiona así una forma específica de alienación, diferente a las de las formas precapitalistas, la *alienación económica*. La instancia económica es mistificada, pero por oposición la instancia política es desmitificada. La sociedad no es más dueña de la evolución de su vida material; ésta se presenta como el resultado de “leyes” que se imponen a la sociedad como las leyes físicas, naturales. Las “leyes económicas” —la oferta y la demanda de mercancías, de trabajo, de capital, etcétera— son testimonio de esta alienación. Es por lo que “la ciencia económica” será ideo-

logía: la ideología de las armonías universales; reducirá las “leyes sociales” al estatuto de leyes naturales independientes de la organización social. Al contrario, la política está desmitificada; no es ya religión. La verdadera religión de la sociedad capitalista, es el *economismo*, en términos vulgares “el monedero”, en términos menos chocantes pero equivalentes, es *el consumo* (el consumo por el consumo, sin referencia a las necesidades). Aquí se localiza la crisis total de la civilización contemporánea, pues veremos que esta ideología *reduce el horizonte temporal* de la sociedad, la hace perder de vista la perspectiva de su futuro. Al mismo tiempo, la política desmitificada se convierte en un campo firme de racionalidad. También los grupos sociales que cumplen funciones al nivel de la instancia política están natural y claramente *al servicio* de la sociedad; no aparecen en ningún momento contra sus amos. Burócratas y soldados deben justificar en términos civiles sus funciones.

El análisis de la articulación de las instancias completa así el de las formaciones sociales. Tomados en su conjunto, estos dos análisis permiten por sí solos comprender la dinámica de las clases y grupos sociales. Sin este análisis, se cae al nivel de las apariencias sin significación. El análisis empírico señala “categorías” sociales, en número arbitrario: dos (los “ricos” y los “pobres”) o tres (los “intermedios” entre los ricos y los pobres), o 15 ó 20 (categorías socio-profesionales o estratos con ingresos arbitrarios); al extremo, una categoría por individuo (encontrando entonces la exigencia individualista de la ideología que tiene lugar de ciencia social). Es completamente evidente que la dinámica de la sociedad se hace incomprendible o —lo que es lo mismo— arbitraria. Todavía aquí el historiador es víctima de la misma alienación de la sociedad que estudia.

IV

LAS NACIONES Y LAS ETNIAS

El estudio de una formación social conduce necesariamente, se quiera o no, a plantear el problema de la *nación*, de la definición de este conjunto social dentro de los contornos definidos que constituye una formación social dada. La ciencia social convencional elude el problema: el fundamento místico, misterioso del hecho nacional nos hace avanzar poco. Stalin reduce esta realidad social al mundo capitalista moderno, planteando como una de las *exigencias* de la nación

la existencia de un mercado capitalista integrado. La disminución de este fenómeno social es inaceptable: pues es claro que la China imperial o Egipto a través de los milenios, no constituyen conglomerados de pueblos —que sean heterogéneos u homogéneos por la lengua y la cultura—, que son desde este punto de vista muy diferentes de la Galia o de Germania bárbaras lo mismo que de la India civilizada. La disminución en cuestión, conduce además a una conclusión política, que estaba, en su origen: que el nacionalismo es una *ideología burguesa*, y que la ideología del proletariado no debería tener nacionalidad. Aquí, como es frecuente, el trotskismo no se diferencia, puesto que es hermano gemelo del stalinismo, y ambos son hijos legítimos —aunque “malditos”— del leninismo. La probada deficiencia de la ciencia social en este terreno debe ser el punto de partida de una conceptualización con la cual operar.

Definiremos así dos conceptos: el de *etnia* y el de *nación*. La etnia —y evidentemente no la raza— supone una comunidad lingüística y cultural y una homogeneidad del territorio geográfico y *sobre todo* la *conciencia* de esta homogeneidad cultural. Esta puede ser por lo demás imperfecta, por ejemplo, que las variantes dialectales difieran de una “provincia” a otra e igualmente los cultos religiosos. Pero basta con la conciencia del parentesco para que haya etnia, y que la variedad no sea tal que la comunicación resulte imposible. La nación supone la etnia pero la rebasa. ¿En qué? La nación aparece si además, una clase social que controle el aparato central del estado, asegura una *unidad económica* a la vida de la comunidad. Esta definición es más amplia que la basada sobre el mercado capitalista; la clase en cuestión no es necesaria y exclusivamente la burguesía. La clase dominante controla siempre —por definición— al estado. Pero éste es un imperio (homogéneo étnicamente o no) o una nación si la formación constituye una unidad económica, es decir, que la organización de la generación del excedente como el de su circulación y su distribución se *solidaricen* con la suerte de las provincias.

En ciertas formaciones tributarias, la clase-estado dominante ejerce esta función. Especialmente en las regiones donde el control de la irrigación exige la centralización administrativa y la planificación de la producción a escala del país en su conjunto; esta clase-estado transforma el imperio en nación, cuando es ya una etnia homogénea. El caso de China (a pesar de sus marcadas variantes regionales), o mejor, de Egipto, son sin duda la mejor muestra. Si la condición de homogeneidad étnica no ha sido llamada, y/o si la

unidad económica no existe, no hay imperio, no nación, como en la India.

Ciertamente la clase-estado en cuestión no es la única clase pre-capitalista que se encuentra desde el nacimiento de los fenómenos nacionales. Los comerciantes en las formaciones tributarias-comerciantes o esclavistas-comerciantes pueden cumplir esta función. La unidad está asegurada por la circulación del excedente que esta clase controla. La antigua Grecia o el mundo árabe representan magníficos ejemplos de naciones de este tipo. En la misma Grecia tenemos una nación a *pesar* de la ausencia de un poder político central, y de la presencia tan sólo del embrión de éste, que se expresa en las confederaciones y alianzas de las ciudades helénicas. En el mundo árabe la homogeneidad étnica —la lengua árabe común (no obstante las variantes dialectales) y la cultura común que ésta transmite (árabo-islámico)—, en la forma de vida de las minorías enclavadas en el imperio nacional, es reforzada por la unidad económica, que se manifiesta en la época de apogeo por la circulación de mercancías, de ideas y de hombres: la clase dirigente de los comerciantes y las cortes militares, fusionadas en una sola clase: la de *comerciantes-guerreros*. La nación árabe existe en esta época, en este sentido y por esta razón esencial.

Las naciones erigidas sobre la clase de los comerciantes son frágiles cuando el sustrato tributario también lo es. Tal es el caso del mundo árabe. Es por lo que decimos que si la nación es un fenómeno social que *puede* aparecer en todas las etapas de la historia, y que no es necesario ni exclusivamente correlativo al modo de producción capitalista, el fenómeno nacional es *reversible*: puede florecer y reforzarse o al contrario debilitarse y desaparecerá según si la clase en cuestión refuerce su poder unificador o lo pierda. En este caso la sociedad regresa hacia un conglomerado étnico —etnias más o menos familiares— que entonces corre el riesgo de evolucionar hacia una mayor diferenciación. Y aquí, el caso del mundo árabe es ilustrativo. Porque lo esencial del excedente no ha sido generado en el interior de la sociedad, sino que proviene de los beneficios del comercio exterior. Las vicisitudes de este comercio serán las de la civilización y las de la nación árabe. Esta no ha existido realmente más que durante un corto período de su historia. La decadencia del comercio conduce a la clase de los *comerciantes-guerreros*, como más adelante lo veremos, a una *feudalización*, en una versión por demás pobre. Una serie de acontecimientos históricos importantes jalonan esta regresión nacional: las Cruzadas y el traslado del centro de gravedad

del comercio en cuestión de las ciudades árabes a las de Italia; la caída de Bagdad bajo los golpes de los Mongoles en el siglo XIII, más tarde con la conquista otomana en el siglo XVI, la transparencia del comercio del Mediterráneo al Atlántico en la misma época, y, en consecuencia, el contacto directo establecido por Europa con el Asia de los monzones y el África negra, que quitó a los árabes en su papel de intermediarios.

Se descubrirán en África negra fenómenos casi rigurosamente similares. En toda la sabana en la margen meridional del Sahara las formaciones tributarias-mercantiles tienen en su origen a los grandes estados históricos (Ghana, Mali, Songhay, las ciudades hausa). El embrión al menos, de la formación se encuentra aquí. Estas sin embargo fueron rápidamente deshechas por el fin del comercio sahariano y la trata esclavista atlántica, como se verá.

En el caso del mundo árabe la desaparición de la nación árabe ha dado nuevamente vida a las naciones que pedían sobrevivir de la sola generación interna de un excedente importante: la eterna nación egipcia. La clase social que asume el renacimiento de la nación egipcia es la aristocracia terrateniente—burocrática. Desde el siglo XVIII con Alí Bey, pero sobre todo durante el siglo XIX con Mohamed Ali, esta clase-estado se hace responsable nuevamente de las funciones de dirección y planificación de la economía, la organización de la circulación del tributo que exacciona, es decir, las formas de la unidad económica de la nación.

Este fenómeno nacional se verá más claro en el caso egipcio si se compara la formación egipcia a la de otras regiones del mundo árabe o a las de las regiones de la sabana al sur del Sahara. En otra parte del mundo árabe, especialmente en Marruecos y Túnez a partir del siglo XV, en Argelia con Abdel Kader en el siglo XIX, en Sudán con el Mahdiem, en Yemen o Líbano, las tentativas de constitución nacional no van muy lejos, no solamente porque, al menos en ciertos casos, caen bajo los golpes del extranjero (en Argelia y en Sudán por ejemplo), pero también y sobre todo —y esto se aplica a todos los casos— porque el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas locales no permiten la exacción de un excedente suficiente para asentar a una clase que pudiera emprender una constitución nacional. La suerte de esta clase depende entonces grandemente de su capacidad de captar —por el gran comercio— el excedente de origen externo; esta suerte depende, en definitiva, de circunstancias externas a la sociedad. El excedente, débil, no exige unificación económica; circula poco, y la sociedad es un conglomerado de regiones

insuficientemente integradas para ser nacionales. Es por lo que estas tentativas nacionales permanecen embrionarias, incabadas, mientras que en el caso de Egipto, hay un *renacimiento* de una nación milenaria, cuya suerte no depende de sus relaciones exteriores.

Es la misma razón —debilidad de excedente de origen interno y débil circulación de éste— lo que impide a los Estados africanos del sur del Sahara sobrevivir como naciones embrionarias, después de la desaparición del comercio sahariano.

Del mismo modo las formaciones de la Europa feudal no conocieron el fenómeno nacional. El excedente de origen interno es aquí relativamente importante, pero no circula (o casi no circula) fuera del feudo, al menos durante la alta Edad Media. Es por lo que las sociedades europeas de aquellos tiempos no superan la fase del conglomerado étnico. Pero a partir del siglo XIII y sobre todo en el XVI, en la Europa atlántica (Inglaterra, Francia, España y Portugal), el comercio de ultramar amplía el volumen del excedente agregando las transferencias de origen externo y sobre todo asegura una circulación más extensa. La renta en especie cede su lugar a la renta en dinero; ésta alimenta una producción mercantil simple (artesanal) próspera que se inserta en el comercio. Se crean las condiciones que van a permitir la constitución de naciones. Las monarquías absolutas de los cuatro países citados son características de este proceso: centralizan una parte creciente del excedente, aseguran la circulación apoyándose sobre los mercados de la época mercantilista y reúnen en una nación las tierras del reino.

Si el hecho nacional es anterior al capitalismo como se acaba de ver, el modo de producción capitalista conduce el nivel nacional a un plano muy superior al que las formaciones precapitalistas habían conocido. La razón de ello es que el grado de centralización económica es llevado a un nivel superior por la generalización de la forma mercancía del producto completo (y no únicamente del excedente), por la forma mercancía que el trabajo adquiere, asegurando —por la movilidad de la población— una mayor integración humana, y en fin, por la forma mercancía que el mismo capital adquiere, asegurando la integración del mercado (y especialmente, como se verá, la centralización de la gestión monetaria de la sociedad) y la circulación de la riqueza. Es sin duda la razón principal por la cual los marxistas han creído su deber reducir el fenómeno nacional a un fenómeno concomitante al capitalismo. Mientras que en *Europa* la sociedad precapitalista —feudal— no había sido nacional, como se ha visto.

La nación significa por tanto, que la clase dominante puede pretender la *hegemonía nacional* en la sociedad, que sea una clase integrada al nivel nacional, organizada y jerarquizada a dicho nivel en oposición a las clases dominantes constituidas de iguales yuxtapuestos y autónomos. Esta integración es el caso de la clase-estado de los sistemas tributarios ricos, excepcionalmente el de la clase de los comerciantes en los períodos de gran prosperidad de las sociedades dominadas por ella y sobre todo por la burguesía. Más adelante tendremos, sin embargo, la oportunidad de definir las condiciones necesarias para que la burguesía tenga este carácter nacional. Veremos que tal caso se dará en las formaciones capitalistas centrales, pero no en las formaciones periféricas, porque éstas son extravertidas y dependientes. Las burguesías periféricas no asumen las funciones de dirección y centralización de las economías de la periferia: la dirección es aquí asumida por las burguesías centrales dominantes de las cuales las burguesías de la periferia son sólo un apéndice. La debilidad de la burguesía significará pues, la *ausencia de una nación burguesa* y el *carácter no nacional de la burguesía local*. Se verá que tal será el caso, tanto en lo referente a las *burguesías latifundistas-compradora* como a las *burguesías de estado dependientes* de la periferia.

Entonces es evidente que la *cuestión nacional* no se plantea para las formaciones periféricas en términos similares a los que definen la formación de las naciones burguesas centrales. La dominación del centro sobre la periferia, el progreso continuo del sistema capitalista a partir de su periferia y no de su centro, transferirán a la nueva clase que tiene vocación para realizar este progreso —el proletariado— igual y simultáneamente la vocación a la hegemonía nacional. En ésta óptica el *nacionalismo* no aparecerá más como la ideología de la burguesía local (que no es nacionalista), por oposición al *nacionalismo proletario*; sino como una de las fases de la ideología de liberación que no puede ser más que simultáneamente socialista y nacionalista. Más adelante volveremos a este importante tema.

V

LA GÉNESIS DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA EN EUROPA: EL COMERCIO EXTERIOR Y LA DISCREGACIÓN DE LAS RELACIONES FEUDALES

El debate sobre los orígenes del capitalismo es, ciertamente, uno de los más apasionados —y de los más apasionantes— que haya. Dos

escuelas, o dos grupos de escuelas continúan intercambiando argumentos y resultados de investigaciones y descubrimientos. Para unos, los orígenes deben buscarse esencialmente en dirección de los efectos de los grandes descubrimientos del siglo XVI y del comercio Atlántico. Para otros, debe buscarse en otra dirección: la desintegración de las relaciones feudales.

Para nosotros, este punto de partida conduce a un falso problema. Nuestra interpretación de la primera serie de resultados de la teoría de la transición al capitalismo central se refiere a las condiciones necesarias al desarrollo del capitalismo. Estas son entre muchas las dos esenciales: la proletarización y la acumulación del capital dinero. Si la acumulación del capital se encuentra en todas las sociedades mercantiles orientales, antiguas y feudales, esta acumulación no ha conducido nunca al desarrollo de relaciones capitalistas porque no existía una mano de obra libre y disponible; este proceso de proletarización —por la práctica de la exclusión de una parte de la población rural de la comunidad aldeana— encuentra su explicación, en el caso europeo, en la disgregación de las relaciones feudales. La conjunción de estas dos condiciones es esencial, y es su ausencia la que no permite hablar de “capitalismo antiguo” u “oriental”.

La expresión *capitalismo mercantilista* usada para describir el período que se extiende de la Europa renacentista a la revolución industrial (1600-1800) puede ser el origen de muchos errores de análisis. Pues la expresión es ambigua: este período es en realidad un período de *transición* y aparece, demasiado tarde a nuestros ojos, como el de la transición al capitalismo, de allí el nombre que le ha sido asignado. Pero hasta la revolución industrial, el modo de producción capitalista no existe aún realmente. El período está caracterizado: 1) por la *persistencia* de la *dominación* del modo de producción feudal en las formaciones de la época, 2) por el florecimiento del comercio exterior (comercio Atlántico esencialmente) y, 3) por la reacción de este florecimiento sobre el modo de producción feudal que se disgrega. Es esta tercera característica —y sólo ella— la que le da la naturaleza de una transición. Y es porque el modo feudal es un modo tributario particular que el comercio exterior puede disgregar.

El dinero y el comercio son muy anteriores al capitalismo. Aparecen, como se ha visto, en ciertas condiciones, a partir de que los productores disponen de un excedente y de que la división del trabajo hace posible el intercambio de productos a los que se incorpora ese excedente disponible. No todos los intercambios son, no obstante,

comerciales: la masa principal de intercambios, y especialmente los que se hacen entre pequeños productores (comunitarios o libres) en el interior de la misma sociedad (campesinos y artesanos de la misma aldea) en las épocas precapitalistas, prescinde, por otra parte, de todo intermediario especializado, y a menudo y simultáneamente, del instrumento monetario.

Sin embargo, ya que una fracción importante del excedente está centralizado en manos de las clases privilegiadas poderosas (feudales, cortes reales, etcétera) éste *puede llegar a ser* el objeto del comercio exterior, es decir, el más frecuente de un intercambio contra otros productos de lujo, provenientes de otras sociedades. En este caso un comerciante intermediario aprovecha su situación de *monopolio* para sacar un *beneficio* del uso de sus contactos. Este beneficio, fundado sobre la diferencia de los *valores subjetivos* (utilidades sociales) apreciadas desigualmente en las dos sociedades que se *desconocen*, es decir que intercambian productos raros, de los cuales ignoran recíprocamente los costos sociales de producción, no debe ser confundido con la *ganancia del capital comercial*.

Insistimos sobre este último punto. Es solamente en el modo de producción capitalista que el comercio se convierte en una actividad capitalista como la producción industrial y que, partiendo de allí, el capital comercial aparece como una fracción del capital social en su conjunto. Por lo tanto, el capital comercial participa en el reparto general de las ganancias. La ganancia del capital comercial proviene de la redistribución de la plusvalía *generada en el interior de la formación*, de la transformación de esta plusvalía en su forma específica: la ganancia del capital. El comercio precapitalista obtiene su beneficio (y no ganancia, categoría específica del capitalismo) del monopolio. En el comercio exterior este monopolio permite una transferencia de excedente de una sociedad a otra. Es precisamente porque se trata de un monopolio que esta función es realizada muy frecuentemente por capas particulares: castas o etnias (“pueblos-clases”) especializadas, como los judíos en la Europa medieval, o los Diula en África occidental. Las *ciudades* pueden constituir sociedades que cumplan estas funciones de intermediarios entre las diversas formaciones más o menos vecinas o lejanas: las poblaciones fenicias, griegas, las de Italia del siglo XII al XVI, las de la Hanse, son los ejemplos. Mientras que los comerciantes no están agrupados en ciudades independientes, castas, o diferenciados por su etnia o su religión, se organizan en *grupos cerrados* —condición que exige el monopolio—

como serán las corporaciones de Europa o los “merchant-adventurers”, análogos a las corporaciones que se encuentran en China.

Este monopolio es tanto menos frágil cuanto más lejano es el comercio en el sentido geográfico del término y se realiza sobre productos exóticos. Es por esta razón por la que si los intercambios comerciales internos de la formación dada pasan por los canales de los comerciantes especializados, éstos intercambios tienden igualmente a organizarse en monopolios. Pero estos monopolios son frágiles y no producen los beneficios fabulosos del comercio exterior.

El comercio exterior trae aparejada siempre *la concentración de riqueza-dinero*; la centralización de *fortunas-tesoros*. Pero esta concentración no es el capitalismo. Aquí todavía la historia convencional se ha creado a sí misma sus propias dificultades. Empieza por confundir moneda y capital, comercio y capitalismo. Descubre entonces el “capitalismo” en todos lados: en China antigua, entre los fenicios, los griegos y los romanos, los árabes de la Edad Media, etcétera. Y más adelante se pregunta por qué sólo el “capitalismo europeo” se ha consolidado. La religión (el protestantismo de Weber) o la raza (las cualidades específicas de democracia entre los germanos), o —más sutilmente— “la herencia griega” (exclusiva de los europeos) constituyen los únicos medios de salir del atolladero en el que se encuentran.

La concentración de la riqueza dinero de los comerciantes no desemboca “naturalmente” en el capitalismo. Para ello es necesario aún que, *por otro lado*, la disgregación del modo precapitalista dominante en la formación sobre la cual se inserta el comercio exterior engendre una proletarización, es decir, la separación de los productores de sus medios de producción y en consecuencia abra la vía a un mercado de trabajo libre.

Esta disgregación tuvo lugar en Europa, y parece ser una excepción, no la regla, pues no se llevó a cabo en China, ni en el mundo árabe, ni en otra parte. ¿Por qué y cómo?

La respuesta a la primera pregunta invita a profundizar el análisis del carácter específico del modo de producción feudal como una clase de la familia de los modos tributarios. Porque la Europa bárbara está *atrasada* con relación a las regiones de antigua civilización, un modo de producción tributario acabado no llega a establecerse; es pues, bajo la forma embrionaria, inacabada, del modo de producción que se constituye el feudalismo. La ausencia de un poder central poderoso que centralice el excedente, da a los señores feudales locales un poder más directo sobre los campesinos. También la propiedad

eminente del suelo vuelve a ellos, mientras que en el modo tributario acabado de las grandes civilizaciones del Estado *protege* a las comunidades aldeanas e impide a sus agentes apropiarse de su suelo. En estas formaciones solamente durante los períodos de decadencia, en tanto que el poder central se debilita, es cuando la sociedad se *feudaliza*. Esta *feudalización* aparece como una regresión, una desviación respecto al modelo ideal; las revueltas campesinas restablecen el orden tributario, reconstituyen la centralización estatal mediante la destrucción de los “feudos”, poniendo término a sus abusos.

El carácter atrasado de este tipo de formación tributaria que es la sociedad feudal trae igualmente por consecuencia una mayor autonomía de los sectores mercantiles. Los campesinos que huyen de la tiranía feudal, a los que más tarde los señores del suelo expulsan de las tierras para modernizar la organización de la producción, constituyen en las aldeas libres un proletariado a disposición de los comerciantes que controlan esas aldeas. Florecen una producción mercantil artesanal libre y una producción mercantil que utiliza el trabajo asalariado —dominadas ambas por los comerciantes. Mientras que en el modo tributario acabado la clase estado dominante controla a los comerciantes y los exacciona, en el modo feudal en cambio, estos últimos gozan de una gran libertad de maniobra.

Los comerciantes de Europa feudal pudieron así, en el terreno del comercio exterior ir más allá de las realizaciones de las formaciones tributarias análogas. A partir del siglo XVII, el comercio Atlántico organizará en América la periferia del nuevo sistema mercantilista. No irá únicamente a *buscar los productos* que le ofrecen las sociedades locales; someterá directamente a estas sociedades para organizar en ellas la *producción* de los productos para los que asegurará la venta en Europa. Encontrará, para realizar este propósito, el apoyo de las nacientes monarquías centrales a las que apoyará en sus ambiciones, facilitándoles la seguridad financiera que su florecimiento implica, el reclutamiento de multitud de artesanos y la centralización administrativa. Tendremos la ocasión de analizar la naturaleza y las formas de esta nueva periferia, sus funciones y sus mecanismos; veremos que después de un período de saqueo puro y simple de las sociedades indígenas, se creó un sistema de *plantaciones comerciales* que recurre al trabajo servil y cuyos productos (algodón, azúcar, añil, etcétera) son comercializados por los comerciantes atlánticos.

La oferta de nuevas riquezas que este comercio alimenta, apoyándose sobre una producción americana dependiente, actúa a su vez

sobre los sectores de la formación feudal. Acelera la disgregación de las relaciones feudales. Para tener acceso a los productos los señores feudales deben modernizar su explotación, disponer de un excedente más voluminoso, darle la forma monetaria. Esta modernización los conduce a expulsar de la tierra al excedente de población, como en Inglaterra lo demuestran los *cercados*. La renta en especie es reemplazada poco a poco por la renta en dinero.

El agricultor feudal evoluciona poco a poco hacia una agricultura capitalista: ya sea que los propietarios feudales se transformen en propietarios capitalistas, o que la liberación de los campesinos haga aparecer una nueva clase: la de los *kulaks*. Es el conjunto de estos importantes fenómenos sociales los que parecen confirmar la tesis de que la evolución interna de la sociedad rural europea sería el origen del capitalismo, sin que el papel del comercio atlántico hubiera sido determinante.

Para comprender la naturaleza de estas transformaciones es necesario saber cómo las formaciones capitalistas *integran* la propiedad terrateniente. El modo de producción capitalista “puro” no implica más que dos clases (burgueses y proletarios) y sus dos *ingresos* correspondientes (ganancia del capital y salario de trabajo), de la misma manera que el modo feudal implica otras dos clases (propietarios de la tierra y campesinos trabajadores) y dos ingresos (renta e ingreso del campesino). Las leyes que determinan para cada uno de estos modos la generación y la distribución de los elementos del producto social no son similares. La ganancia supone el capital, es decir, la apropiación privada exclusiva de los *medios de producción que son por sí mismos productos del trabajo social*, en tanto que la renta se desprende del *control exclusivo de clase sobre los medios naturales* que no son productos del trabajo social. El capital supone el trabajo asalariado, es decir, libre, un mercado de trabajo y la venta de la fuerza de trabajo. La renta supone por el contrario, la servidumbre del campesino trabajador, su apego a la gleba. Este nexo no adquiere necesariamente la forma de una limitación jurídica impuesta a su libertad, sino que generalmente hace que el acceso a las condiciones *naturales* de producción —el acceso a la tierra— sea reservado. El capital es por esencia móvil y Marx dedujo lógicamente la transformación del valor en precio de producción que aseguran una igual remuneración de los capitales individuales, en tanto que la apropiación de los elementos naturales es por esencia inmóvil y, la renta *desigual* de una tierra a otra. El modo de producción capitalista “puro” supone el acceso libre de capitalistas a los medios

naturales y Marx insiste en el carácter *no capitalista* de la propiedad terrateniente. Sin embargo, las formaciones capitalistas no se han desarrollado en el vacío, a partir de una *tabla rasa*; se constituyeron primero, en el seno de las formaciones anteriores, en nuevos sectores (la industria), no regidos por las relaciones propias a los modos anteriores. En seguida, mientras que el capitalismo se ha convertido en dominante a la escala de la formación en conjunto, ha perfeccionado la transformación de la agricultura donde la propiedad terrateniente constituía un handicap para él. A partir de allí, el propietario, o su función, ha perdido el papel determinante en la agricultura en beneficio del hacendado capitalista, (o de su función, mientras que el propietario la asume él mismo). En las formaciones capitalistas avanzadas *no habrá más "propietarios"* (entendidos en el sentido feudal, precapitalista del término), *no habrá más que capitalistas agrarios*.

Así pues, los dos elementos —comercio exterior y disgregación de las relaciones feudales— actúan y ejercen su acción el uno sobre el otro para engendrar el modo de producción capitalista. La concentración de la riqueza dinero en un polo, engendra un capital potencial: en el origen esta concentración se hace entre los comerciantes, entre los nuevos capitalistas rurales enseguida, y de más en más a una escala decisiva. Pero este capital potencial no se convierte en capital real más que por la disgregación de las relaciones feudales que libere la mano de obra, y proletarice a los campesinos, los que se transformarán en obreros asalariados entre los nuevos industriales como entre los propietarios y hacendados capitalistas rurales.

VI

EL BLOQUEO DE LAS FORMACIONES COMERCIANTES: EL MUNDO ÁRABE

Se aprecia mejor la significación del proceso de interacción entre comercio exterior disgregación de las relaciones precapitalistas, si se compara la evolución europea con la de las otras formaciones precapitalistas.

El mundo árabe constituye un bello ejemplo de una formación caracterizada por la excepcional importancia que en ella ocupa el comercio exterior, pero que no engendró un capitalismo autóctono. ¿Por qué?

El mundo árabe se extiende sobre muchos millares de kilómetros, en la margen semi-árida que corta por mitad al antiguo mundo, del Atlántico al Asia de los monzones. Ocupa en esta región una zona precisa, delimitada, aislada de Europa por el Mediterráneo, del África negra por el Sahara, de los mundos turco y persa por los macizos montañosos del Tauro, del Kuidistan y de Irán occidental. No se confunde con el mundo del Islam que ocupa vastamente la totalidad de esta faja semi-árida dividida en 4 conjuntos de pueblos: los árabes, los turcos, los persas y los indo-afganos. Este mundo del Islam no ha salido fuera de esta faja semi-árida más que marginalmente hacia el Asia de los monzones (Bengala, Indonesia) y, en una época reciente, hacia ciertas zonas del África negra (sabana de África del Oeste y la costa occidental de este continente). Menos que en otra parte el mundo árabe no sería confundido con un fenómeno étnico-racial cualquiera, pues la arabización ha vinculado aquí a numerosos pueblos, diferentes por su origen y sus componentes raciales. El mundo árabe no ha constituido una entidad política relativamente centralizada más que durante un período muy corto de su historia: dos siglos. Y aún en dicha época (la de los Omeyas y la de los primeros Abbasides —750 a 950) la unificación lingüística era infinitamente menos avanzada de lo que es en nuestros días. Enseguida estalló en entidades políticas regionales relativamente estables que no fueron reunificadas —y aún muy superficialmente— sino bajo el yugo otomano, extranjero.

Desde el punto de vista de las estructuras de sus formaciones sociales precoloniales, los países árabes no constituyen un conjunto homogéneo. La imagen, extendida no solamente entre muchos extranjeros, sino también entre muchos marxistas árabes, de un mundo árabe rural y feudal, constituye uno de estos lugares comunes no fundamentados científicamente, resultante de un marxismo ultra simplificado. En realidad, el mundo árabe era muy distinto al de la Europa de la Edad Media. En este mundo árabe, por lo demás, se distinguen aún —se han distinguido siempre— tres zonas muy diferentes por sus estructuras sociales y su organización política y económica: el oriente árabe (designado en árabe *Al Mashraq*), que reúne Arabia, Siria (es decir los actuales estados de Siria, Líbano, Jordania e Israel) e Irak, los países del Nilo (Egipto y Sudán), el occidente árabe (igualmente calificado en árabe: *Al Maghreb*) que se extiende de Libia al Atlántico y comprende los actuales estados de Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania. En este conjunto únicamente Egipto —que divide verdaderamente al mundo árabe

en dos— ha sido siempre y lo es aún una civilización *campesina* (no decimos feudal), en tanto que las formaciones sociales tanto la del Mashraq como la del Maghreb no son, por lo esencial, formaciones fundadas sobre el mundo de los agricultores. Pues, en esta zona semi-árida —frecuentemente se olvida— la vida agrícola es muy precaria. Salvo en Egipto por tanto, el excedente que puede ser arrancado a los agricultores es en su conjunto muy ligero. Las técnicas de producción agrícolas son poco evolucionadas, la productividad del trabajo agrícola muy débil, el nivel de vida del mundo de los agricultores muy próximo al de la subsistencia y por ello las formas de la organización social de este mundo, están muy marcadas por el colectivismo primitivo. No hay allí una base suficiente para permitir la exacción de un excedente que dé lugar a una estructura de clase “feudal” o una civilización brillante.

Sin embargo, y la paradoja que se encuentra en la base de muchas confusiones sobre el mundo árabe viene de allí, el Mashraq (sobre todo, pero también el Maghreb, aunque en menor grado) han sido lugar de brillantes civilizaciones, ricas, y más aún: tremendamente *urbanas*. ¿Como ha sido posible este “milagro”? ¿Cómo se explica esta aparente “anomalía” que el muy rico Egipto —el más grande y verdadero oasis agrícola de esta zona árida— ha sido siempre campesino, relativamente poco urbanizado hasta la época contemporánea, lo mismo que en las grandes épocas de su civilización milenaria, en tanto que el Mashraq —que ha conocido épocas tan brillantes en su historia no menos milenaria— ha sido siempre un país de grandes ciudades?

No hay en esto, de hecho, nada misterioso, si se intenta comprender al mundo árabe no en su aislamiento, sino situándolo en su verdadero contexto: el de una gran zona de transición, de puente entre las grandes zonas de civilización del mundo antiguo. Esta zona semi-árida, necesariamente pobre desde el punto de vista agrícola, corta al mundo antiguo por la mitad. Por lo mismo aísla tres zonas de civilización agraria: Europa, África negra y el Asia de los monzones. La zona árabe siempre ha cumplido funciones comerciales, poniendo en relación a los mundos agrarios que se desconocían. Sobre la base que fueron construidas sus civilizaciones, las formaciones sociales han sido siempre formaciones comerciantes. Por ello entendemos que el excedente esencial sobre el cual vivían esas ciudades importantes no provenía de la explotación de su mundo rural (salvo accesoriamente), sino de los beneficios del comercio exterior que el monopolio de la función de intermediaria le reportaban, es decir,

ingresos que provenían del excedente extraído a los campesinos por las clases dirigentes de otras civilizaciones.

Este modelo de formación comerciante caracteriza al Mashraq en nuestra época contemporánea, hasta la guerra de 1914-1918. En seguida, la integración de esta región del mundo árabe en el área imperialista, que no había sido más que superficial en la época otomana, aportará modificaciones decisivas a las estructuras de clases de Irak, pero únicamente modificaciones menores en Siria y Palestina. En el otro extremo, el Maghreb, ese modelo de formación caracteriza a la región hasta la colonización francesa. Pero ésta, más antigua y más profunda que a la que ha estado sometida al Mashraq, aportará al Maghreb moderno modificaciones decisivas. Entre las dos regiones, Egipto continuará constituyendo la excepción total de una formación tributaria campesina integrada en el sistema capitalista mundial de una manera no solamente diferente, sino infinitamente más fuerte.

El Islam nació en Arabia, en el desierto, entre una población de grandes nómadas organizados en función del gran comercio entre el imperio romano de Oriente y Persia, de una parte, Arabia del Sur, Etiopía e India, de la otra. Y son precisamente los beneficios obtenidos de este comercio los que permiten la sobrevivencia de las repúblicas comerciantes urbanas del Heyaz. La dominación ejercida por estas ciudades sobre las zonas rurales del oasis, sometidas a una explotación semi-servil, no constituye en modo alguno el recurso esencial de las clases dominantes comerciantes. En cuanto a la economía pastoral de subsistencia de los nómadas, está yuxtapuesta a la actividad comercial, a la que abastece de hombres y bestias, pero que no extrae de ella ningún excedente. La civilización del desierto supone pues, la del Oriente romano y la de los países de los monzones a los que pone en relación. Si por una razón u otra, el excedente que alimenta desde su origen el comercio exterior viene a reducirse o si las rutas comerciales se modifican, el desierto se muere. Esto ocurrió muchas veces en la historia, y en cada ocasión los hombres del desierto han intentado sobrevivir convirtiéndose en conquistadores. El Islam constituye un ejemplo de tales movimientos, como lo ha demostrado Maxime Rodinson, haciendo el análisis de las condiciones históricas de la región en el siglo VII de nuestra era.

La primera región del “mundo civilizado” conquistado por los árabes fue la Media Luna Fértil (los países de Siria y de Irak en la margen septentrional del desierto de Arabia). Los árabes, se encon-

traron allí en un país que no les era desconocido, pues las sociedades del antiguo Oriente habían sido tanto como la suya, sociedades comerciantes intermediarias del mismo tipo. Había, por supuesto, campesinos en esta zona semi-árida, mientras que al sur prácticamente no los había. Se trataba de campesinos montañeses, que habitaban en los flancos de las montañas de Líbano, de Alauitas, del Tauro y del Curdistán, beneficiados por un régimen de lluvias suficientes para asegurar su miserable existencia. Pero estas zonas rurales eran pobres, demasiado para proveer el excedente necesario a una civilización brillante. Por esto permanecieron "primitivas" —organizadas en comunidades aldeanas— y relativamente aisladas, defendiendo, por otra parte, celosa, y eficientemente, su independencia. La civilización nació en el límite de dos zonas excepcionales: la Mesopotamia y el litoral Mediterráneo. En Mesopotamia se había desarrollado la primera civilización agrícola verdadera, gracias a las condiciones naturales excepcionales ofrecidas por el Tigris y el Éufrates. Aquí se había creado una civilización análoga a la de Egipto, basada sobre el excedente extraído por las ciudades a los campos vecinos. Como todas las civilizaciones agrícolas situadas a la orilla del desierto, ha vivido ante la perpetua amenaza de destrucción por parte de los bárbaros. Cosa que se realizará definitivamente a partir de las invasiones turco-mongolas de los siglos X y XI, para renacer hasta después de 1918 a la sombra de la *paz británica*. En el oeste, al borde del mar, el milagro agrícola no era posible, los estados-ciudades de Fenicia y de Siria no fueron nunca más que estados que obtenían sus recursos del comercio exterior, marítimo y caravanero. Los árabes, venidos del desierto iban a encontrarse como en su casa; y situando su nueva capital, la de los Omeyas, en Damasco, transportarían hacia el norte la civilización comerciante de Medina, teniendo así en sus manos el control de las vías de comunicación, y podrían de nueva cuenta obtener los beneficios del gran comercio y así, revivificar su civilización.

La unidad de la Media Luna Fértil no será verdaderamente quebrantada sino hasta el fin de la primera guerra mundial. Pero ésta era una unidad en la diversidad. Esta diversidad no ha sido nunca verdaderamente "cultural", y menos aún étnica. El conglomerado de pueblos es tan antiguo que resulta vano tratar de oponer los unos a los otros, pues los lazos que los unen son muy fuertes. Lo peculiar de una zona de civilización de esta naturaleza —en la que la esencia es la función comercial, y el hacer entrar en relaciones a zonas que ella aísla— es el de ser dialécticamente unificadora-dislo-

cadora. Unificadora porque lleva a los hombres a desplazarse sin descanso, a transmitirse las costumbres y las religiones, a imponerse una *lingua franca* de viajeros. Pero también dislocadora porque está basada en la competencia de ciudades comerciantes rivales. Poco interesa en este trabajo el aspecto narrativo de los acontecimientos, quereamos decir que por la imposición o la ausencia de un poder político formal único, si éste es poderoso, impondrá límites a la competencia de las ciudades comerciantes, frecuentemente asegurará la preeminencia de la capital. Tal fue el estado de los Omeyas, asentado en Damasco, después el de los Abbasidas, con sede en Bagdad. Para asegurar su poderío el estado está obligado a disponer de un ejército de mercenarios, reclutados con facilidad entre los nómadas vecinos. En cuanto a los campesinos, buscan permanecer aislados en sus montañas y no caen seriamente en una dependencia semiservil de los propietarios —siempre urbanos, ausentistas (comerciantes, hombres de la corte, etcétera)— sino en las zonas suburbanas o, rara vez, en el Bajo Irak en las plantaciones mercantiles —esclavistas— del tipo "romano". Durante doce siglos la Media Luna Fértil fue así, unificada y dividida a la vez. Durante estos doce siglos —de 700 a 1900— conoció períodos brillantes y de decadencia, al capricho de los circuitos comerciales conectados a la Europa bizantina y occidental, al oriente Indio y Chino.

La Media Luna Fértil se convirtió en árabe. Había estado acostumbrada siempre a la *lingua franca*. Ya, en vísperas de la invasión islámica y cristiana, estaba unificada lingüísticamente con el triunfo del arameo. Lengua semita igualmente, el arameo podía ceder su lugar sin grandes dificultades al árabe. La unidad lingüística de la región es prácticamente total desde hace siglos —si se quiere en verdad no abusar de falso "purismo" y no considerar como diferentes las lenguas que no tienen diferencias más que en el acento y algunas expresiones populares. Es por otra parte un árabe muy puro el que se habla en la región y, de Jerusalem a los confines turcos, es el mismo acento, llamado "sirio", que lo caracteriza. La Palestina es un pedazo de este Mashraq, nada más. El sentimiento de pertenencia de todos los pueblos de esta región a la misma unidad cultural es muy vivo.

La unidad cultural profunda del Mashraq no implica la ausencia de la diversidad: diversidad entre las ciudades, diversidad de los micro-mundos rurales. Los campos son en efecto, y permanecen durante 12 siglos, aislados los uno de los otros, económicamente poco importantes (lo mismo que políticamente). Al poder imperial que

pretende someterlos, oponen resistencia armada y religiosa. Es así como en el Mashraq las únicas regiones verdaderamente rurales son todas irredentas desde el punto de vista religioso: las montañas de Líbano, divididas entre Cristianos maronitas y Musulmanes Chiítas; el Chebel Alauita y el Chébel Druso, en Siria —ambos Chiítas—, el Bajo Irak, igualmente Chiíta. La “herejía” Chiíta que muy pronto dividió al mundo musulmán encontró en las comunidades libres de montañeses un terreno favorable. Ha desarrollado en estas condiciones un espíritu mucho más libre, crítico y hasta igualitarista que el Zunismo oficial no tiene. Es también la razón por la que ha sido la ideología de los campesinos-esclavos sublevados en el Bajo Irak (la revuelta de los Qarmates). Aquí no se puede hablar de “feudalismo”, y la idea de que el oriente árabe es feudal no corresponde a la realidad. Las formas “semi-feudales” se han desarrollado en los períodos de decadencia del gran comercio, en los campos de llanuras que las gentes de la ciudad podían dominar más fácilmente y permitían así compensar por un excedente impuesto a los campesinos la contracción de los ingresos del comercio lejano. Las llanuras de El Bekaa, de Palestina, de Homs, de Hama, del Medio Irak, han sido sometidas a veces a los propietarios ávidos, especialmente durante el período otomano —a partir de 1500— que fue un largo período de decadencia comercial. Mucho más tarde, a partir de los años 30 de nuestro siglo, la modernización de las zonas agrícolas, hecha posible por los trabajos de emigración, extenderá las zonas de latifundio.

Pero lo esencial no es aquí el campo, sino la ciudad. Ciudades enormes, monstruosas que el comercio viene a periclitarse. Ciudades que fueron entre las más populosas de la antigüedad, de la Edad Media y de los tiempos modernos hasta el capitalismo, mucho más importantes que las de occidente: Alepo, Damasco, Bagdad, Basra, Antioquía, etcétera que tuvieron centenas de millares de habitantes. En las grandes épocas reagrupaban a la mayoría de la población de la región, la que pasaba de los 5 millones de habitantes; más de los que tendrá a principios del siglo xx. Ciudades que fueron siempre los centros de la corte, de los mercaderes y a cuyo alrededor había la multitud de artesanos y clérigos. Ciudades comerciantes, como las de Italia que les hacían eco en occidente durante la Edad Media, o como las de la Hanse. La acumulación de la riqueza se tradujo en estas ciudades en el esplendor de la civilización. Pero esta acumulación no desembocó en el capitalismo, *precisamente porque el campo, aislado, no era “feudal”* y por ello los procesos de proletarianización,

esencial para el nacimiento del capitalismo, no pudieron realizarse. Conservando pues, un carácter comercial, pero no capitalista, las ciudades del Mashraq constituían pequeños mundos competitivos, la venta de su artesanía, muy avanzada, se realizaba en el mercado lejano, al que se aventuraban sus comerciantes. La unidad cultural de este mundo urbano dominante es evidentemente muy marcada: fueron los centros de la cultura árabo-islámica, las ciudades de la ortodoxia Zunista.

Al otro extremo del mundo árabe, en el Magreb, se encuentran exactamente las mismas estructuras. Nómadas y agricultores que se disputan, allí, desde tiempos inmemoriales un estrecho territorio encerrado entre el mar, la montaña y el gran desierto. La *paz romana*, al construir una serie de fortificaciones a lo largo de los límites, había empujado más al sur la zona de los agricultores bérberos, en detrimento de los terrenos de recorrido de los nómadas y semi-nómadas, también bérberos. Ya antes de la llegada de los árabes, la decadencia del imperio había permitido a los nómadas extenderse en perjuicio de los agricultores. Cuando llegaron los árabes, encontraron entre los agricultores las mismas resistencias que otros habían encontrado antes. Pero los árabes no se interesaban totalmente por someter a los agricultores. Rodearon los macizos montañosos, refugios de los agricultores, y fundaron las ciudades. Éstas, como en oriente, no hubieran podido subsistir y prosperar si no hubieran encontrado en el gran comercio exterior los recursos que por la dificultad de exaccionar a los campesinos les eran negados. Esta búsqueda llevaba a los árabes más lejos: a cruzar el Mediterráneo o el Sahara hacia el sur. Aquí, ellos vuelven a encontrar a los grandes grupos nómadas bérberos que tenían manifiestamente los mismos intereses que ellos: convertirse en los caravaneros de un comercio en expansión. Es por lo que los nómadas bérberos se arabizan ampliamente y mucho mejor y más rápido que los campesinos que se interesaban poco por la civilización árabe urbana. Ibn Khaldún, este sorprendente espíritu científico, ha analizado perfectamente la naturaleza de estas formaciones sociales de la Edad Media maghrebina. Con inteligencia y precisión que podrían envidiar muchos de los historiadores y sociólogos del mundo árabe contemporáneo, analiza estas formaciones como basadas no sobre la exacción del excedente a los campesinos de la región, sino sobre los beneficios del gran comercio. Es así como todos los grandes estados maghrebinos fueron fundados sobre el comercio del oro proveniente del África occidental. Durante muchos siglos, hasta el descubrimiento de Amé-

rica, África del oeste fue, en efecto, la proveedora principal del metal amarillo para toda la parte occidental del viejo mundo: el imperio romano, más tarde, la Europa de la Edad Media, el antiguo oriente, después árabe. El comercio del oro alimentó al norte del Sahara a los estados Almorávides, Almohades, etc. y al sur del gran desierto, a los de Ghana, Mali, Sonhgal, etc. Las estructuras de estas formaciones sociales son tan idénticas que Ibn Kaldún, así como los viajeros árabes de la época —Ibn Batuta, por ejemplo— no se equivocan al asimilarlos al mismo modelo.

La alianza ciudades-nómadas y la exclusión de los campesinos del estado civilizado constituye una característica esencial de la civilización maghrebina, como en la Media Luna Fértil. Los ideólogos de la colonización francesa del Maghreb han intentado explicar estas estructuras en términos de oposición de razas —bérberos (campesinos) y árabes (nómadas)— y de explicar la decadencia del Maghreb por los estragos de los nómadas árabes, destructores de la agricultura y de las instalaciones. “Explicaciones” análogas han sido dadas para el oriente árabe: la decadencia sería también el resultado de las destrucciones de los nómadas. Pero no es así, pues los períodos brillantes de la civilización árabe, tanto en el oriente como en el Maghreb, no se caracterizaron por las grandes realizaciones agrícolas, sino por la prosperidad del comercio y de las ciudades, y a menudo, en relación con la prosperidad del comercio la dominación de las grandes tribus nómadas en detrimento del campesinado, el que muy poco ha contado en esta civilización.

La decadencia viene con el desplazamiento de las rutas comerciales. A medida que éstas se desplazaban del oeste al este, se verificaba además, el desplazamiento de los estados civilizados —tanto al norte como al sur del Sahara— de oeste a este. Así, al período más antiguo corresponden los estados de Marruecos al norte, los de Ghana y Mali al sur; más tarde, será hacia Túnez, después a Egipto, adonde se desplazarán las rutas del oro, y al sur florecerán los estados Songhay y Hausa. Y lo mismo que en el oriente árabe, los residuos campesinos intentarán conservar su autonomía en la disidencia religiosa —habiendo sido lingüísticamente arabizados—, es en el Maghreb donde se manifestará esta autonomía en el mantenimiento de la lengua y de la cultura bérbera.

Completamente distinta es la historia de Egipto. Este país ha sido siempre, antes como después de su arabización, un país de *campesinos*. Este fabuloso oasis de gran fertilidad ha alimentado a uno de los pueblos campesinos más viejos del mundo. Sobre este pueblo

campesino un enorme excedente podía ser exaccionado por las clases dirigentes, asegurando así la base de la civilización. La centralización estatal, precoz y extrema, se imponía aquí, a la vez que por razones “naturales” (la necesidad de organización de los grandes trabajos de irrigación) como para defender el oasis egipcio de la amenaza de los nómadas. Egipto para sobrevivir ha intentado replegarse sobre sí mismo, contando con la fuerza numérica para rechazar las tentativas de los nómadas. Cuando conquistó territorios más allá del Valle, fue para defender mejor su civilización campesina, instalando guarniciones en el corazón de los países nómadas y seminómadas: al Este en el Sinaí y en Siria, al Oeste, en Libia. Pero en Egipto mismo no ha habido nunca, hasta la época helenística, verdaderas ciudades comerciales grandes. Las capitales faraónicas se instalaron a mitad de los campos, en las campiñas densamente pobladas.

El mismo tipo de la formación social “tradicional” en Egipto está constituida sobre muy diferentes bases de las del oriente y del Maghreb. Los residuos campesinos del oriente y del Maghreb son autónomos, poco integrados a la civilización, de un nivel muy débil de desarrollo de las fuerzas productivas. También permanecen organizados ampliamente en comunidades aldeanas. ¡El campesinado egipcio ha olvidado este origen hace más de 4 000 años! La formación egipcia no es del tipo de la dominación comerciante-urbana, sino rural-tributaria. Esta formación tributaria, en la que los campesinos no son oprimidos en “grupos”, que conservan la autonomía relativa de su comunidad aldeana, aunque “individualmente” (por pequeñas familias), evoluciona por sí misma hacia un tipo de verdadero feudalismo. Éste, análogo al de China, con el que Egipto presenta múltiples analogías —que preferimos llamar formación tributaria evolucionada—, no difiere del feudalismo de occidente más que por la centralización estatal; la clase dirigente que percibe el excedente está fuertemente organizada en estado.

A partir de la invasión de Alejandro, Egipto entra como provincia en los imperios fundados sobre el gran comercio: tal fue su lugar en el mundo helenístico, bizantino, más tarde, como en el mundo árabe. En los períodos prósperos de estos imperios, cuando el comercio exterior era floreciente, conoce la civilización urbana comerciante. Pero ésta, y aquélla son típicas, son “extranjeras” instaladas en las ciudades de cortes y mercaderes, que no se egipcianizan verdaderamente hasta cuando el comercio exterior del que ellas

viven viene a periclitar. Así fue Alejandría en la época griega, Fostat y más tarde El Cairo en la época árabe. El mundo rural egipcio permanece fuera de toda esta historia. Simplemente, este excedente que pagaba a su clase dirigente nacional faraónica ha pasado a las cortes extranjeras.

Por lo tanto, Egipto se arabizó lingüísticamente, pero en forma tardía, precisamente cuando el imperio comerciante de los árabes comenzó a perder su razón de ser. Entonces el país debió replegarse nuevamente sobre sí mismo y las clases dirigentes árabes a egipcianizarse, "a interesarse" todavía más en los campesinos. Éstos adoptaron lentamente el Islam y la lengua árabe, igualmente lenta (fueron necesarios muchos siglos antes de que el copto desapareciera). Pero arabizándose, el pueblo egipcio conservó un profundo sentimiento de su particularidad. Nunca se dijo "árabe" —el término permanecerá para ellos como sinónimo de bárbaro—, sino que siempre "egipcio". Es en este plano que conserva su originalidad, no sobre el plano lingüístico —el árabe hablado de Egipto difiere muy poco del de oriente, sólo por el acento— sino por el de la cultura y los valores, que aquí son valores campesinos.

Al sur de Egipto, el Sudán pertenece a la vez al África negra y al mundo árabe. En su parte septentrional, las tribus nómadas árabes, venidas del Este —de la costa del Mar Rojo— y no de Egipto, que se mezclaron con las poblaciones negras de origen, reconstituyeron una civilización de ganadería nómada. Accesoriamente estos nómadas —no solamente islamizados, sino que también arabizados lingüísticamente— cumplieron funciones de comerciantes intermediarios entre Egipto y los países del sur. Las regiones centrales de Sudán conservaron por el contrario, su civilización agraria tradicional, basada en la comunidad aldeana-clan común a toda el África negra. Muy excepcionalmente, estos pueblos negros se arabizaron lingüísticamente, mientras que en otra parte, en África del oeste, fueron únicamente islamizados sin ser arabizados. Esta arabización se explica, sin duda alguna, por la profunda y larga dominación que los nómadas árabes del norte ejercieron sobre estas comunidades. Más tarde, en el siglo XIX, las conquistas egipcias —desde las de Mohamed Alí (1810-1848) y las de las comunidades Khédives que le sucedieron, hasta la ocupación inglesa (1882) y la revuelta del Mahdi (1882-1898)— agregaron a esta dominación la de la burocracia militar egipcia. Pero aquí, los campesinos negros arabizados y sometidos, conservan hasta nuestros días su organización aldeana autónoma, organización olvidada ya en Egipto. Es solamente hasta

mucho después que en ciertas regiones de especiales valores coloniales, en tiempos de los ingleses, principalmente en el Gezireh, se constituyó un verdadero capitalismo agrario, en beneficio de los jefes nómadas a quienes el poder colonial dio las tierras valiosas por los trabajos de irrigación, y donde los campesinos fueron proletarizados. En suma, es este un proceso análogo al del Irak de la misma época, la del mandato británico, el que engendra una economía agraria y además moderna (capitalista), ajena a la tradición tanto africana como árabe.

El sur de la península arábiga es un conjunto de formaciones sociales que pertenecen en mucho, a la tradición árabe. La agricultura no ha jugado aquí nunca un papel decisivo en el desarrollo de la civilización: salvo en las cumbres del Yemen donde las lluvias de monzón han permitido sobrevivir a una comunidad campesina —de forma penosa, por otra parte—, la civilización es en este lugar urbana-comerciante. El "imperio" marítimo de Mascate-Zanzíbar es el mismo modelo: un estado comerciante, urbano, que extrae sus recursos de su papel de intermediario entre el mundo mediterráneo, el África negra oriental y la India. Rodeados por los nómadas, al servicio de los comerciantes marítimos, los campesinos yemenitas, como los de la Media Luna Fértil, han salvaguardado una relativa autonomía refugiándose en la oposición religiosa —como los Alauitas de Siria, los yemenitas son Chiítas.

Tal es pues, el mundo árabe: fundamentalmente un conjunto de comerciantes, siendo Egipto la única gran excepción campesina. En este mundo, la clase dirigente es urbana, formada por hombres de la corte, comerciantes, religiosos y alrededor de ellos, todo ese pequeño mundo de artesanos y de pequeños clérigos que caracterizan a las ciudades orientales. La clase dirigente constituye el cimiento del conjunto: comparte la misma lengua, la misma cultura, profundamente islámica —ortodoxa—: Zunita. Es de una extrema movilidad, con la capacidad de desplazarse de Tánger a Damasco sin sentir la menor nostalgia por su país. Es esta clase la que ha hecho la "civilización árabe". Su prosperidad está ligada a la del comercio exterior. Este último es el origen de su alianza con las tribus nómadas, sus caravaneros, por otra parte. También es el origen del aislamiento de las zonas agrícolas, que conservan una personalidad propia —ya sea lingüística (Bérberos), ya religiosa (Chiísmo)—, pero que no juegan un papel de importancia en la civilización de este mundo. Salvo en Egipto, el campesinado entra poco en el sistema, no es sometido más que episódica y débilmente a una exacción tri-

butaria. Este mundo árabe es pues, a la vez diverso y profundamente unificado por su clase dirigente. Nada comparable con la Europa feudal de la Edad Media, profundamente campesina. Es sin duda la razón por la que Europa debía evolucionar hacia la creación de naciones diferentes, pues las clases dirigentes que vivían del excedente extraído a los campesinos, debían acentuar la diversidad de los pueblos. Por el contrario, en el mundo árabe, porque los campesinos no juegan este papel, la unidad se preservó. Pero también la fragilidad de la civilización árabe está ligada a este carácter. Pues bastará que periclite el comercio para que perezcan los estados, las ciudades sobre las que se basaron y que la miseria de un mundo de nómadas pobres y de pequeñas comunidades campesinas aisladas, igualmente pobres, den una imagen de decadencia. Es esto lo que efectivamente sucedió cuando las rutas de Europa, del Extremo Oriente y del África negra dejaron de pasar por el mundo árabe, mientras los marinos del Atlántico europeo aprendieron a rodearlas.

En este frágil conjunto, Egipto permanece "eterno". La fuerte densidad y el carácter campesino dan la primacía a la unidad: se puede hablar de una *nación egipcia* desde siempre; difícilmente puede hablarse de una *nación árabe en el mismo sentido de la palabra*.

"El fracaso" de la evolución del mundo árabe hacia el capitalismo no comporta ningún misterio. La regla es que el comercio exterior *no engendra* al capitalismo. En el caso del mundo árabe además, el excedente transferido por este comercio que proviene del exterior es muy raquítico. En Europa, este excedente está *reforzado* por el de las formaciones feudales que son ricas. En el mundo árabe, las formaciones rurales no son feudales: son demasiado pobres, salvo en Egipto. En el caso europeo, el comercio exterior, reforzado por la pequeña producción mercantil, se articula al modo feudal que es el dominante. En el caso árabe, el comercio lejano se articula a una variada gama de modos precapitalistas en los que el modo tributario no es el dominante más que en Egipto, en tanto que en otras partes predominan los modos comunitarios.

La excepción egipcia tendrá además sus consecuencias, las que se estudiarán más adelante: fracasó —en el siglo XIX con Mohamed Alí— en convertirse por sí mismo (Egipto) en capitalista. La comunidad campesina disgregada después de milenios, facilitó esta evolución. Al mismo tiempo el centralismo estatal le dio una figura particular. Pero la agresión europea pondrá fin a estas potencialidades.

El África negra constituye un segundo ejemplo que demuestra cómo el comercio exterior no engendra por sí mismo al capitalismo.

El período premercantilista se extiende desde sus orígenes hasta el siglo XVII. En el transcurso de esta larga historia, las relaciones se entrelazan entre el África negra y el resto del antiguo mundo, particularmente de uno y otro lado del Sahara entre la sabana (de Dakar al Mar Rojo) y el Mediterráneo. Las formaciones sociales aparecen y no se las puede comprender sin situarlas en la constelación de todas las formaciones sociales en relación las unas de las otras. En esta época, el África en su conjunto no aparece como inferior, más débil que el resto del antiguo mundo considerado también en su conjunto. Las desigualdades de desarrollo en el interior del África responden a las desigualdades de desarrollo al norte del Sahara, de una y otra parte del Mediterráneo.

A partir del siglo XVI, el África negra se integró en el sistema capitalista mundial, primero como periferia del sistema mercantilista (1600-1800), después —tras un siglo de comercio, el siglo de la "trata ilícita" (1800-1880)— como periferia colonial del sistema capitalista acabado. En el transcurso de este último período que el África adquiere su configuración definitiva.

Lo que aquí nos interesa es la evolución del África en el curso de su primer período premercantilista (hasta el siglo XVII). Las formaciones sociales complejas, a veces estatales, casi siempre fundadas sobre diferenciaciones sociales visibles del proceso de degradación de la comunidad aldeana primitiva y que testimonia la antigüedad, caracterizan ya al África negra, que en esta época no es en su conjunto más atrasada que el resto del mundo. Si una gran confusión domina los debates sobre la sociedad africana tradicional, es por numerosas razones, las 4 principales son: 1) la pobreza de documentos y vestigios, reducidos casi únicamente a los testimonios de los viajeros árabes, 2) la confusión entre el concepto de modo de producción y el de formación social, que requiere de esclarecimientos y una distinción fundamental sobre la que ya hemos insistido, 3) la confusión entre los diferentes períodos de la historia africana, principalmente entre este período premercantilista y el período mercantilista que sigue, la preocupación legítima de los historiadores de explicar la historia concreta, que es continua, favoreciendo a esta confusión, y, 4) el último, mas no por su importancia, los prejuicios ideológicos desfavorables al África, en una clara relación con el racismo colonial.

Las formaciones africanas de la época premercantilista son *autónomas*, ya que su desarrollo está en relación paralela con el de las formaciones del mundo mediterráneo, oriental y europeo. Como se ha demostrado para el mundo árabe, la zona semi-árida, que cursa serpenteando el antiguo mundo de ríos del Atlántico al Asia central, aísla las tres regiones de ecología favorable para una productividad elevada en la agricultura desde su estadio primitivo: el Asia de los monzones, el África tropical y la Europa templada. Esta zona ha visto nacer brillantes civilizaciones casi todas basadas sobre el comercio exterior, especialmente Grecia y el imperio árabe cuyas vicisitudes han seguido las de las rutas de este comercio. De una y otra parte de esta zona de desarrollo de las formaciones sociales autónomas (las de Europa feudal y algunas del África tropical, principalmente la zona Sudano-Saheliana situada inmediatamente al sur del Sahara) es paralela, precisamente a causa del comercio exterior que las une. De este modo, esta parte de África está ya plenamente integrada en la historia mundial, lo mismo que Europa.

El papel del comercio transhariano adquiere aquí toda su relevancia. Este comercio permite a todo el mundo antiguo, mediterráneo, árabe y europeo, abastecerse de oro de la fuente esencial de producción del metal amarillo hasta el descubrimiento de América: la región del Alto Senegal y del Achanti. No se insistirá nunca lo suficiente sobre la importancia de este flujo. Para las sociedades del África tropical, este comercio constituirá una base fundamental de su organización. La explotación real del oro provee a las clases dirigentes de los estados de un importante medio para procurarse, a través del Sahara, una parte de los productos de lujo raros (mantas, drogas, perfumes, dátiles y sal), pero también, y sobre todo, de los medios para asentar y reforzar su poder social y político (caballos, cobre, barras de acero, armas). Este comercio favorece al desarrollo de las diferenciaciones sociales, la creación de estados y de imperios, así como el *progreso* de las fuerzas productivas (el mejoramiento de los instrumentos, el aclimatamiento de técnicas y productos, etc.). En reciprocidad, el África abastece principalmente oro y accesoriamamente algunos productos raros (caucho y marfil) y algunos esclavos. Es poco después cuando Europa, movida por claros motivos políticos quiere que sea confundido este comercio entre socios autónomos iguales con la trata de negros devastadora del período mercantilista. La población negra del sur maghrebiano —algunas centenas de miles de hombres—, en comparación con algunas centenas de millones de negros de América, demuestra la inutilidad de esta confusión. Por el

contrario, el volumen del *stock* de oro constituido en Europa y en el Oriente en el transcurso de los siglos proveniente del África tropical recuerda la naturaleza principal de este comercio. Es por lo que, por otra parte, las ideas que circulan con las mercancías son recibidas fácilmente; así, el Islam aparece sobre el río Senegal muy pronto. La importancia de este comercio, su carácter igual y la autonomía de las formaciones africanas se presentan sin ambigüedad en la literatura árabe de la época. Se comprenderá de antemano el tono de admiración de las narraciones de los viajeros árabes si se admite que las formaciones nordafricanas y las formaciones oesteafricanas son de la misma edad tecnológica, muy similares en sus estructuras así como por el lugar que ocupan en el sistema mundial de la época. La articulación monopolio real de explotación del oro y del comercio —función de los comerciantes musulmanes que aseguran la venta, define la estructura de estas formaciones. Estos comerciantes están con frecuencia organizados en una especie de casta, que son la minoría religiosa.

Durante siglos, las formaciones sociales del Mediterráneo y las del África tropical serán así solidarias, en lo bueno y en lo malo. Las vicisitudes de unas encontrarán rápido eco entre las otras, simultáneamente conocerán la gloria y la riqueza. Así el desplazamiento progresivo de las rutas del oeste hacia el este encontrará un reflejo visible en el desplazamiento paralelo de la civilización y de los estados poderosos, tanto en África del Norte como en la sabana Oeste africana (esto se refleja en la sucesión Ghana-Mali-ciudades Hausa-Bornu-Kanem-Dar Fur). Es también por este desplazamiento del centro del capitalismo mercantilista europeo nacido en el Mediterráneo hacia el Atlántico que va a abrirse una crisis en África. Este desplazamiento, analizado por Braudel, con el talento y la minuciosidad que se le conocen, suena en el siglo XVI como el tañido de campanas de las ciudades italianas que, después del siglo XIII habían abierto la brecha en dirección de una evolución que iba a ser decisiva para todo el devenir de la historia de la humanidad. En la misma línea de análisis, afirmamos que este desplazamiento va con el mismo golpe a arruinar al mundo árabe y al África negra sudano-saheliana. Algunas decenas de años más tarde, la Europa Atlántica hará su aparición sobre las costas de África. El desplazamiento del centro de gravedad del comercio en África de la sabana interior hacia la costa, refleja la transferencia del centro de gravedad de Europa del Mediterráneo hacia el Atlántico. Pero los nuevos intercambios Europa-África no tendrán ya la misma función que los del

período precedente, pues se inciribirán en lo sucesivo en el marco del capitalismo mercantilista.

No es posible saber en qué se hubieran transformado las formaciones africanas de haber podido continuar su evolución por sí mismas después del siglo XVII. Integradas a un estadio precoz en el naciente sistema capitalista —al igual que las formaciones de América indígena— en el estadio mercantilista, fueron realmente destruidas y, como se verá después *retrocederán*. Sin embargo, es posible constatar que el gran comercio africano premercantilista, brillante en ciertas regiones, se articula sobre formaciones comunitarias o tributarias relativamente pobres y que, como tal, no podía generar sin duda, por sí mismo, el modo de producción capitalista.

VII

EL BLOQUEO DE LAS FORMACIONES TRIBUTARIAS LA PRIMERA EXPRESIÓN DE LA LEY DE DESARROLLO DESIGUAL DE LAS CIVILIZACIONES

Los ejemplos del mundo árabe y del África negra ilustran nuestra afirmación en el sentido de que el gran comercio no engendra al capitalismo y mucho menos de que sea ya capitalista. Se trataba, en efecto, de formaciones caracterizadas por una gran extensión del comercio a larga distancia y, guardando las proporciones, de un débil volumen del excedente generado en el interior de la sociedad agraria. Ese no es el caso de China o de Egipto en donde la civilización no ha dependido nunca del comercio. La primera tentativa de explicar el bloqueo de estas civilizaciones se remonta a Marx y a las observaciones que él hace sobre el modo de producción asiático (“La esclavitud generalizada”, etc.). Estas observaciones testimonian una gran intuición. Desgraciadamente éstas no han sido consideradas como punto de partida para investigaciones profundas. Se han contentado con repetir las hasta la saciedad, sin tomarse la molestia de corregir los errores y las insuficiencias resultantes del estado de los conocimientos de la época. Ahora se sabe que la comunidad aldeana del antiguo Egipto, así como la de China, no son para sus miembros más imperiosas que las de Europa de la Edad Media. Se sabe que las comunidades egipcias y chinas son, desde hace milenios, al menos tan degradadas como las de Europa de hace apenas algunos siglos. También se sabe que el modelo de comunidades fuertes aún está

más bien por investigarse en África negra como en China o Egipto antiguos. Se puede así atribuir el bloqueo de las formaciones tributarias a la persistencia de la comunidad y a su resistencia excepcional a la degradación.

La civilización, al menos en el antiguo mundo, parece haber surgido, si no exactamente al mismo tiempo, al menos en la misma época en cuatro lugares: Egipto, la Mesopotamia, el valle del Indus y el del Río Amarillo. No es por azar que se trata de cuatro valles fluviales en regiones relativamente cálidas. Las condiciones ecológicas han sido determinantes desde el principio de una manera visible. La irrigación permite a la vez una productividad (el producto anual por familia campesina) más grande y una densidad de población considerablemente más fuerte. La irrigación permite las primeras concentraciones humanas verdaderas, la circulación de los productos, de los hombres y de las ideas.

En estos cuatro casos, la forma de la civilización es idéntica. Aparece bajo la forma tributaria: una clase estado teocrático-burocrático se desliga de las comunidades y se impone como organizadora de la vida estatal y económica de la sociedad. Esto tampoco es obra del azar. Es necesario concluir que la primera forma de formación social de clases no es la formación esclavista sino la formación tributaria.

Estas mismas condiciones ecológicas determinarán distintas suertes a estas primeras civilizaciones tributarias. La Mesopotamia y el valle del Indus son extremadamente vulnerables, rodeados por zonas de poblaciones menos densas atraerán por sus riquezas los ataques de los nómadas, seminómadas y montañeses sedentarios pobres de zonas de agricultura pluvial. Destruídas, en ocasiones muchas veces sucesivamente, no llegarán a progresar de una manera sistemática y continua en el plano de las tecnologías de la irrigación y de la industria, así como en el de la organización estatal y administrativa. Por el contrario, Egipto y China gozaron de condiciones eminentemente favorables. Egipto está protegido por el desierto tanto al oeste como al este. China no está situada en el corazón del antiguo mundo como las otras regiones, sino en sus confines orientales. Está relativamente aislada de su occidente por barreras montañosas difíciles de franquear, de altas mesetas rípidas y desiertos. Egipto podrá desarrollar su civilización tributaria en un medio cerrado y protegido alcanzará muy rápidamente la forma acabada de ésta. China gozará de una ventaja suplementaria: la de poder extenderse hacia

el sur aplastando a los pueblos primitivos, igualmente aislados de occidente, que podían convertirse en una amenaza para los Han como los Indo Europeos lo eran para la Mesopotamia e India. China no sólo alcanzará muy pronto —como Egipto— las más altas cimas de la civilización tributaria acabada, sino que aún podrá engrandecerse y establecer a lo largo de sus ríos meridionales, nuevas zonas de civilización agraria, idénticas a las de sus orígenes.

Es necesario hacer, a propósito de los dos centros de la civilización tributaria (China y Egipto), algunas observaciones. Primera: estas dos civilizaciones son verdaderamente centrales en el sentido que ellas representan una proporción muy elevada de la población del globo: cerca de 10 millones de hombres en Egipto a partir del segundo milenio antes de Jesucristo, cien millones de hombres en China, gracias a las posibilidades de extensión de este país; en el momento que el resto de la población humana representaba otro tanto apenas, disperso sobre millones de kilómetros cuadrados, con una densidad inferior 10 o 100 veces. Segundo, en estas dos civilizaciones, la comunidad aldeana se debilita muy pronto y casi desaparece, en tanto que el poder del estado se hace poderoso rápidamente. La comunidad subsiste como *comunidad de familias*, pero pierde la propiedad eminente del suelo en beneficio de una comunidad más grande y superior que no tarda en convertirse en nación. Tercero, la clase-estado que se organiza a escala nacional no es, como se afirma a la ligera y muy a menudo en occidente, particularmente “despótica”. La clase-estado nacional, presta gran atención al interés común, organiza grandes trabajos útiles. Las pirámides no son sus obras principales; son poca cosa en comparación con los trabajos de domesticación del Nilo que incorporan una cantidad de trabajo superior ¡muchas centenas de veces! Organizado en estado, permanece abierta relativamente y es más fuerte la movilidad social que en muchas otras civilizaciones: el sistema chino del mandarinato lo prueba. Comparadas por ejemplo con las violencias del feudalismo europeo, los abusos en esta sociedad son limitados; y a las civilizaciones tributarias centrales se las podría calificar en poco de despóticas. Ocasionalmente lo serán, cuando el invasor bárbaro se apodera del estado; y aún en este caso, el invasor se asimila muy pronto y se civiliza. Lo será igualmente, en los períodos turbulentos cuando el estado desaparezca en beneficio de autonomías feudales lo que los hacen semejantes a los de Europa feudal. Cuarto, el poderío del estado que caracteriza estas formaciones acabadas, da al modo tributario una función dominante, perfectamente visible: el comercio

exterior, la producción artesanal libre o servil, la de sectores en los que existe el trabajo asalariado, están *sometidos* al estado que los fiscaliza estrechamente y los exacciona. Es, en relación o estos sectores que la sociedad es despótica y no en relación a los campesinos. En la Europa feudal sucederá exactamente a la inversa: el estado, demasiado débil, permitirá florecer “libremente” a las ciudades, en tanto que los propietarios feudales de la tierra —allegados a sus campesinos— oprimirán sin control a las masas rurales. Quinto, estos dos modelos acabados de formaciones tributarias, *interiorizarán* el progreso de las fuerzas productivas. Las relaciones de producción definidas por el modo tributario se abrirán como un gran abanico de niveles de desarrollo de las fuerzas productivas. El conflicto entre éstas y aquéllas no aparecerá hasta que el modo capitalista sea introducido, desde el exterior. La *duración* histórica del modo tributario acabado es pues, y en este caso parece normal, muy largo. Sin embargo, esta interiorización del progreso significará un *bloqueo* en términos relativos, es decir, en relación con el posible progreso en las formaciones menos evolucionadas, menos acabadas, en las que el conflicto relaciones de producción-fuerzas productivas aparece más pronto imponiendo por ello la superación de las relaciones precapitalistas.

En relación con las formaciones tributarias acabadas, a las que llamaremos *centrales*, que son pocas, todas las demás formaciones precapitalistas civilizadas aparecerán como *periféricas*. Egipto y China quedan como los dos modelos, las fuentes originales de la ciencia, de la técnica, de la ideología y de la organización.

Al oeste del antiguo mundo, Egipto —y, con las vicisitudes que le son propias, la Mesopotamia y el valle del Indus—, inspiran y animan. Los intercambios entre los tres polos de la civilización tributaria occidental van a estimular la constitución de formaciones comerciantes periféricas: ciudades fenicias, sirias y árabes. Los reinos tribales semi-nómadas del Asia interior y de Europa meridional intentarán producir sin gran éxito, el modelo egipcio o el de Mesopotamia y del Indus, porque la base material sobre la cual reposan es débil. El excedente que ellos pueden extraer es pequeño, y es precisamente por esta razón que tales comunidades son menos duraderas, la centralización estatal es mediocre y están siempre amenazadas por las autonomías locales. Grecia, tras haber aprendido en la escuela de uno de estos reinos inspirados en Egipto —Creta—, conducirá el carácter periférico de su formación a las más altas cimas. El excepcional desarrollo de las funciones comerciales que cumple, junto

a la débil capacidad de exaccionar un excedente interior de origen agrícola, por razones ecológicas, lo arrastran por una *nueva* y *excepcional* vía: el recurso masivo del esclavismo. Este esclavismo supone ampliamente las "razzias" en el exterior de la sociedad, y permitirá enriquecer la producción mercantil, hacer salir a la sociedad de su función de simple intermediario comerciante y creará las condiciones de su propia reproducción: convirtiéndose la producción de esclavos, en su momento, en un medio para comprar nuevos esclavos. Roma extenderá esta formación al conjunto de la cuenca mediterránea.

Esta formación esclavista no tiene la elasticidad de las formaciones tributarias, porque supone, en definitiva, una periferia de la que se puede obtener mano de obra; pues las sociedades tributarias fuertes con las que entra en relación, tanto de comercio como de dominación, *no venden a sus hombres*. La periferia de la que se puede tomar a los esclavos será entonces la periferia bárbara de Europa, celta, germánica y eslava. Y aún más, se verá que el sistema esclavista no será superado a partir de su centro —Roma— sino por su periferia. No serán las revueltas de esclavos las que darán fin al imperio, serán los golpes de los bárbaros. Éstos, establecidos sobre las ruinas del imperio, van a *sobrepasar* el modo esclavista y establecer el modo *feudal*, es decir, una variante del modo tributario. Este último modo —como su variante feudal— no es *inferior* al modo esclavista, sino que es *superior*. Establecido desde el principio en lugares en los que las condiciones ecológicas habían sido favorables, el camino será fácilmente allanado —y a través del esclavismo— allí donde no lo era.

La variante feudal es aún *pobre* en relación al modo acabado de origen. Es esta pobreza, por su carácter periférico, lo que hará su fuerza. Es importante situar la naturaleza y significación de esta pobreza. Desde los principios de la Europa feudal, se trata claramente de mediocridad en el excedente; y también de la mediocridad de la centralización política, administrativa y económica, que iban a la par una de la otra. Es esta escasa capacidad centralizadora la que liberará a los sectores mercantiles, igualmente embrionarios. Bajo el impulso de éstos, la agricultura hará progresos decisivos y el excedente de origen agrícola adquirirá dimensiones extraordinarias. Las condiciones ecológicas favorables a este estadio nos hablan de este progreso. Ni en el mundo árabe (excluyendo a Egipto), ni en el mundo negro-africano, será lo mismo. Como se ha visto, aquí el excedente de origen agrícola es débil y el centro de gravedad de la for-

mación se sitúa de antemano alrededor del comercio exterior. Es este comercio el que asegura, en las bellas épocas, la centralización imperial, procurando a las cortes reales sus medios principales. Se ha visto ya cómo en occidente, los caracteres específicos del modo feudal y de la formación que se basa en él, van a permitir la dialéctica: extensión del comercio-desintegración de las relaciones feudales, la que engendrará al capitalismo.

El paralelo entre esta línea de evolución excepcional del antiguo mundo en el oeste y el que se desarrollará en su extremo oriental es impresionante. Desgraciadamente, el "milagro" japonés nunca ha sido abordado en estos términos de relación centro-periferia. Sin embargo, la analogía es sorprendente. En esta región, China es el modelo acabado en cualquiera de los planos que se vea. Este modelo será por otra parte, fielmente reproducido allí donde las condiciones ecológicas lo permitan: en Vietnam, Camboya en la época Khmer, en Corea. Pero en Japón la ecología opone barreras serias: el parcelamiento feudal y la autonomía de las ciudades comerciantes limitan la centralización estatal hasta el punto de crear entre Japón y Europa, distantes por miles de kilómetros, semejanzas que han asombrado. Ciertamente que esta sociedad no desembocará en el capitalismo sino después de haber recibido el choque del exterior, pero lo hará con una perfecta facilidad. Se verá sin embargo, que esta evolución *hubiera podido frustrarse* si el Japón hubiera tenido la mala suerte de ser integrado en el sistema capitalista como periferia de éste. No lo fue *porque era pobre*. China por el contrario, con su excedente considerable, centralizado, satisfacía las apariencias europeas y americanas. Es igualmente cierto el hecho de que el desencadenamiento del proceso de génesis del capitalismo ocasionado por el choque exterior, le dio formas particulares, acentuando notablemente el papel del estado.

La evolución del bajo continente hindú entra igualmente en el esquema explicativo de las desigualdades de desarrollo ya bosquejadas. La civilización tributaria del valle del Indus había sido destruida en una época remota. Sin embargo, los invasores indo-arios van a reconstituirla lentamente dándole un espacio geográfico más extenso. El proceso será lento porque el espacio es vasto y debe ser conquistado poco a poco —en el valle del Ganges— sobre la naturaleza y los pueblos primitivos que la habitan. Proceso que por otra parte, será perturbado debido a la apertura de la India al oeste y a las sucesivas olas de invasiones que esta apertura incita. En el callejón sin salida de la India meridional, se crean poco a poco

formaciones tributarias, así pues, la India accede al modo tributario muy tardíamente, poco tiempo antes de su colonización. Excepcionalmente en algunas regiones en las que el proceso es todavía inmaduro, las comunidades aldeanas son vigorosas. Es la observación de éstas la que ha llevado muy a menudo a considerar la persistencia de la comunidad como una exigencia del modo tributario. Éste, por el contrario, nos parece la forma *más general* y la *más evolucionada* de las sociedades precapitalistas. Su ligazón con “la irrigación”, que aparece desde el principio de las más antiguas civilizaciones, no es tampoco una condición necesaria. En cuanto a su reducción “asiática”, es todavía menos fundamentada.

Falta elucidar un punto: el de que no todas las sociedades periféricas del modo tributario no engendraron al capitalismo, aunque éste no haya aparecido más que en algunas de estas sociedades. Se han visto ya las razones por lo que respecta al mundo árabe y al África negra. El imperio bizantino y más tarde su heredero otomano, constituyen al igual, formaciones periféricas del sistema tributario, o con mayor precisión, conjuntos de formaciones debido a la heterogeneidad de estos vastos imperios. Y lo son en el sentido de que el modo tributario no logra implantarse de una manera completa. Ciertas regiones de estos imperios, principalmente en los Balkanes, en el Cáucaso, en Siria y en África del norte, permanecen organizados en *sólidas* comunidades y el tributo exaccionado por Constantinopla, más tarde Estambul, es amenazado siempre por la revuelta de estas comunidades. Otras regiones vegetan ya que la base esclavista o comerciante a la que ellos debían su antigua prosperidad, se había limitado. Es el caso de Grecia y de las ciudades orientales. Por otra parte, la producción mercantil de estas regiones es transferida a la capital a donde son deportados por millares los artesanos griegos, egipcios y sirios, es en la capital únicamente en la que la centralización del tributo, arrancado sobre un inmenso imperio puede alimentar esta producción mercantil. Se trata pues, de una formación tributaria que intenta despejar la vía sobre un sustrato más antiguo que lo soporta. Se comprenderá el que esta formación no haya logrado engendrar al capitalismo. En otras regiones del globo, en Irán y Asia central, las formaciones tributarias son demasiado pobres —por razones ecológicas— y están muy amenazadas por los invasores bárbaros, para llegar igualmente al logro del capitalismo.

Se verá, que la segunda expresión de la ley del desarrollo desigual de las civilizaciones —la génesis del socialismo— es la misma en lo que se refiere a su primera expresión: la génesis del capitalis-

mo. Se verá que si el socialismo allana el camino *a partir* de la periferia del sistema capitalista y no de su centro, todas las formaciones periféricas del capitalismo no engendran necesariamente el socialismo. Hay allí, igualmente “fallas” históricas, y estas fallas se llaman aquí capitalismo de estado.

No hemos tratado en este capítulo acerca de la América precolombina, por una simple razón: la de que las formaciones indígenas fueron brutalmente integradas en el sistema capitalista naciente. Sin embargo como en el Antiguo mundo, las formaciones de clases, que hacen su aparición en América son de tipo tributario. Es el caso de los incas, los aztecas, los mayas, etc. Evolucionando en un mundo cerrado, sin amenaza exterior, dada la debilidad de la población del continente parece que estas formaciones alcanzaron un elevado grado de perfeccionamiento, como —excepcionalmente en el Antiguo mundo, más poblado y complejo— Egipto y China. Es difícil imaginar de qué manera hubieran evolucionado estas formaciones indígenas, ya que desde el siglo XVI fueron brutalmente sometidas por la conquista española y más tarde destruidas para dar nacimiento a formaciones muy específicas de la periferia del capitalismo mercantilista, con el que se volverán a topar más adelante.

En cuanto a las formaciones particulares de los nuevos mundos establecidos sin un substrato anterior, con base en las poblaciones europeas emigradas (Nueva Inglaterra y Canadá, África del Sur boer, Australia y Nueva Zelanda), no dependen de la problemática de la periferia, ni de la de los sistemas tributarios, ni —como se verá— de la del capitalismo. Éstas constituyen formaciones excepcionales formadas *desde el principio* en estrecha relación con la génesis del capitalismo central (europeo). Es por lo que nosotros las llamaremos *centros jóvenes*.

Así la génesis del capitalismo central constituye la *primera gran expresión* de la *ley del desarrollo desigual de las formaciones*. Esta ley, la expresamos de la siguiente manera: una formación nunca ha sido rebasada *a partir* de su centro, sino de su periferia. La contradicción principal de la formación, que es la que define al modo dominante que la caracteriza *no es el aspecto principal de la contradicción*. Este está ubicado en otro terreno, el del conflicto entre el centro y la periferia del sistema. Es la existencia de una periferia la que permite al centro *trasladar* a ésta los efectos de la contradicción principal. Así el centro logra más fácilmente superar esta contradicción trasladándola sobre su periferia, la cual se convierte en

el *eslabón débil* del sistema, y es a partir de éste que el sistema podrá eventualmente, y si las condiciones son propicias, ser rebasado.

Hemos demostrado también que las formaciones precapitalistas, por encima de su variedad, comportan una forma dominante —la formación tributaria— y una serie de formas periféricas: las formaciones esclavistas, feudales y mercantiles. La formación tributaria se explica por lo esencial a sí misma, por su dinamismo interno propio. Y, en este sentido es autocentrada y constituye la vía “normal” de evolución. Al contrario, las formaciones precapitalistas periféricas no se explican sólo por su dinamismo interno, sino por la interacción de éste y la acción de las formaciones tributarias perfeccionadas sobre ellas. Las formaciones periféricas no son autocentradas y constituyen vías “excepcionales”. Se encontrará un paralelismo asombroso entre esta dialéctica y la del centro de la periferia del sistema capitalista. Evidentemente la escala del tiempo y en relación con ella, la escala del espacio geográfico, no es idéntica en lo que respecta a la génesis del capitalismo y a la del socialismo. No hay sistema mundial en la época precapitalista. Existen *sistemas* múltiples; y, en el antiguo mundo, dos centros tributarios tempranos perfeccionados —Egipto y China— un tercero formado tardíamente —la India. Alrededor de estos centros, se crean constelaciones periféricas de variados tipos y entran en relación sobre sus fronteras movibles. Así se pueden marcar las periferias mediterráneas y europeas (Grecia, Roma, Europa feudal, y el mundo árabe y otomano), las de África negra, la periferia japonesa, etc. El capitalismo creará por vez primera un verdadero sistema mundial único, al mismo tiempo que el aceleramiento de la historia se efectuará según una escala logarítmica.

2

LAS LEYES FUNDAMENTALES DEL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA Y LA EVOLUCIÓN DE LAS FORMACIONES CAPITALISTAS CENTRALES

La génesis del capitalismo produce la primera expresión de la ley del desarrollo desigual de las formaciones sociales. Abordamos ahora su segunda expresión: el rebasamiento del capitalismo y la génesis del socialismo. Esta segunda expresión de la ley del desarrollo desigual constituye, por otra parte, el objeto esencial de esta obra.

Ciertamente, no estamos exentos de ser acusados de “tercer mundismo”, como sucedió ya con nuestra obra *La Acumulación a Escala Mundial*. Por tanto, como ya hemos dicho, la constitución de un sistema mundial, tal como está caracterizado, no solamente “ha hecho posible” el desarrollo de corrientes socialistas en la periferia, sino que hasta ahora ha conducido al desplazamiento del nudo principal de las fuerzas del socialismo del centro hacia la periferia. No es la expresión de ninguna “teoría tercer-mundista”, sino únicamente la constatación llana del hecho de que las transformaciones en un sentido socialista han abierto brechas, hasta ahora, en la periferia del sistema. Este hecho *debe ser explicado*, como todos los hechos, y evidentemente puede hacerse. Una forma de eludir el problema consiste en negar el carácter socialista de las transformaciones en cuestión, ya sea viendo en la historia de las revoluciones de la periferia el resultado de “accidentes históricos”, sea reduciéndolas a “sublevaciones campesinas”, como pretenden los trotskistas. Esta manera de negar los cambios del sistema a escala mundial —en definitiva negar la existencia de un sistema mundial— tiene por función salvaguardar el carácter sagrado concedido al análisis del modo de producción capitalista de Marx, haciendo de él no el punto de partida del análisis, sino la totalidad de una ciencia terminada.

La *demostración* de que el capitalismo debe ser superado a partir de su periferia, aunque sólo pueda ser logrado a escala mundial, de que este proceso no es la resultante inexplicable de una serie de *casualidades*, sino la expresión de una ley, constituye el objeto de los siguientes capítulos. En esta segunda parte intentaremos elucidar las cuestiones teóricas preliminares que se refieren a las leyes esenciales del modo de producción capitalista. No es que solamente el marxismo haya hecho pocos progresos después de Marx, *El Capital*

* Editorial Siglo XXI está por publicarla en su primera versión en español. (NT).

mismo es poco leído, y frecuentemente simplificado al grado de transfigurarle en una dogmática simplista. Es necesario reestablecer desde un principio la significación de las leyes esenciales del modo capitalista: la significación de la ley del valor y los mecanismos de la acumulación. Haciendo esto, demostraremos que la acumulación es posible en una formación capitalista cerrada. Estudiando las condiciones necesarias para que esta posibilidad se transforme en realidad y las formas de la *acumulación autocentrada* habremos abierto paso al concepto de formación capitalista central. Al mismo tiempo habremos mostrado cómo la contradicción inmanente del modo capitalista le da un carácter *expansionista necesario*. Y por lo tanto empezaremos a comprender lo que es el *sistema capitalista mundial*, las funciones de las formaciones *periféricas*, cómo se opera el traslado del centro hacia la periferia, de las consecuencias de la manera en que el sistema supera esta contradicción inmanente. Se habrá así preparado el sentido del análisis de la periferia que ocupará los siguientes capítulos.

I

FUERZAS PRODUCTIVAS Y RELACIONES DE PRODUCCIÓN
EN LAS FORMACIONES CAPITALISTAS CENTRALES

En el capítulo precedente hemos tenido ya la oportunidad de definir el modo de producción capitalista y de exponer su génesis. Hemos definido este modo partiendo de la apropiación exclusiva de clase de los medios de producción que por sí mismos el producto del trabajo social, en oposición a la apropiación de clase de los medios naturales (la tierra). Recordamos que esta apropiación exclusiva de clase, si históricamente ha revestido la forma de la propiedad individual de los medios de producción, puede revestir otras formas, especialmente las formas colectivas. Existe capitalismo en cuanto que los medios de producción que son el producto del trabajo social no son manejados por la sociedad en su conjunto, sino por una parte de ella, que se convierte en *burguesía*. Es evidente que el capitalismo no puede aparecer mientras que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas no esté aún lo suficientemente avanzado para que estos medios de producción, productos ellos mismos, no sean tan simples, al grado de que puedan estar al alcance del mismo productor. El campesino y el artesano "tradicionales"

fabrican ellos mismos sus útiles que son muy simples. El obrero no puede "fabricar" por sí mismo su fábrica, con sus complejos equipos. Por lo tanto el centro de gravedad de los medios de control de la sociedad se desplaza de la dominación de los medios naturales (la tierra) a la de los medios también productos (equipos).

El modo capitalista se define por tres características esenciales: 1) la generalización de la forma mercantil del producto social completo, en oposición a la limitación de esta forma al excedente o a una fracción de éste en los modos anteriores, 2) la adquisición de la forma mercantilista de la fuerza de trabajo misma, que es esencial y significa que el productor separado de los medios de producción, es un proletario, y, 3) la adquisición de la forma mercantil por los "equipos" mismos, "equipos" en los que se concretiza materialmente una relación social, la relación de apropiación exclusiva de clase que define al capital.

Este modo de producción se constituye, como se ha visto en el anterior capítulo, en zonas precisas (Europa, América del Norte, Japón, África del Sur, Australia y Nueva Zelanda, Israel) en base a la evolución interna de ciertas formaciones precapitalistas (o a partir "de nada", es trasplantada como tal desde el principio). El cuadro histórico en el que se sitúa esta génesis está perfectamente delimitado: define a las *naciones* capitalistas que se transformaran en formaciones capitalistas centrales logradas.

La generalización de la forma mercantilista del producto significa la extensión del campo de aplicación de la ley del valor en la vida económica completa. Mientras que en las sociedades precapitalistas la vida económica reviste, por lo esencial formas no mercantiles, con el modo capitalista, economía y formas mercantiles se convierten en sinónimos. Esta sinonimia encuentra su reflejo en la teoría económica convencional. Esta (bajo su forma premarxista—ricardiana— o postmarxista—marginalista—) adopta como punto de partida para su análisis "la oferta y la demanda", que supone ya la mercancía y el mercado. Ella cree definir una ciencia económica universal, ahistórica, mientras que lo que hace es extender a todas las civilizaciones el carácter del modo capitalista que ella observa. Se condena por ello mismo impidiéndose comprender la génesis de este sistema, en fin, a interpretar realmente las leyes del desarrollo. Pierde pues, su carácter científico para convertirse en ideología, es decir justificación en nombre de una "racionalidad" humana antihistórica, absoluta. Su insistencia sobre la "racionalidad" de las alternativas económicas fundadas sobre el mercado. Su

objetivo supremo de definir las condiciones de “la optimización en la asignación de recursos”, dan cuenta de este carácter ideológico. Como P. P. Rey lo demostró, la utilización y el abuso de la “tasa de actualización” constituye el fundamento de esta “demostración” de la “racionalidad del mercado”. Esta “demostración” es una enorme tautología, pues la tasa en cuestión tiene la virtud: 1) de poder ser no importa cuál, ya que no es posible pasar de la depreciación individual del futuro a una función colectiva de ésta y 2) ser suficientemente sensible para que una modificación débil de ésta de o quite a voluntad —el carácter rentable (asociado a la racionalidad) de tal o cual opción alternativa.

La extensión del campo del valor a la vida económica entera transforma la *forma* por la cual se expresa la ley del valor. En el interior de las formaciones precapitalistas, en los sectores relevantes del intercambio mercantil, la ley del valor se expresa bajo la forma *simple*: las relaciones de intercambio (precios relativos) son proporcionales a las cantidades medias de trabajo social contenidas en los productos intercambiados. En efecto, los medios de producción que son por sí mismos los productos del trabajo social son poco importantes y son propiedad de los productores mismos. La producción mercantil simple es la forma dominante de la producción mercantil, y, en consecuencia, los precios son equivalentes a los valores. Engels insiste, en el prefacio al tomo III de *El Capital*, sobre esta anterioridad histórica de la forma simple del valor sobre su forma compleja.

En el mundo capitalista no son importantes solamente los “equipos” (medios de producción productos ellos mismos del trabajo social) sino, más aún, su propiedad que es exclusiva, y de allí su lugar dominante. Es por ello que el trabajo excedente provisto por los productores es *redistribuido* entre los miembros de la clase dominante en proporción a su importancia, la que es medida por el tamaño de sus capitales: la fracción alícuota del capital social que ellos controlan. La ley del valor se expresa pues en segundo grado —bajo una forma compleja— en que los precios se *deducen* de los valores de una manera precisa, que permite esta redistribución del trabajo excedente social.

Es por lo que el problema de la transformación de los valores en precio es esencial. Los “críticos” de Marx que “oponen” sobre este terreno el tomo I de *El Capital* a los tomos II y III demuestran por lo mismo que ellos han comprendido poco de la naturaleza misma de la obra, del objetivo de Marx que es el *desmitificar* la econo-

mía política restituyéndole su carácter histórico. Hacer de *El Capital* una “teoría económica” situada en el mismo plano que las teorías convencionales (de Ricardo o del Marginalismo), es no comprender nada del subtítulo, recordémoslo: “La Crítica de la Economía Política”. Pretender que Marx después de haber publicado el tomo I, se “dio cuenta de su error” y pospuso la aparición de los tomos II y III, como quieren ingenuamente aquellos a quien Marx llamaba irónicamente los “profesores de púlpito”, significa ignorar que la transformación del valor está ya expresada en toda su dimensión conjunta mucho antes de la publicación del tomo I.

Si se quiere, se puede *describir* el sistema de los precios relativos del capitalismo sin pasar por el “intermediario” del valor. Es esto lo que Piero Sraffa ha hecho con singular maestría. Esta descripción adquiere la forma de un sistema de ecuaciones que expresan las relaciones interindustriales: el costo de cada producto es la suma del costo de los gastos materiales (cantidades físicas de cada una de las energías consumidas multiplicadas por su respectivo precio), los salarios (cantidades de trabajo multiplicadas por las tasas de salarios) y las ganancias (proporcionales a los valores de los ingresos que son la forma por la cual se cristaliza el “capital”). La solución del sistema nos da el vector de los precios relativos sin pasar por el intermediario del valor. Pero el sistema es descriptivo en el sentido que su exposición supone: 1) que los productos son mercancías, 2) que la fuerza de trabajo lo es igualmente, es decir que esta exposición supone que el trabajo excedente ya existe y que su volumen está determinado (por las tasas de ganancia que constituye con el salario un par de variables de la cual una varía en sentido inverso a la otra como lo ha mostrado Sraffa), y 3) que el trabajo excedente es redistribuido proporcionalmente a los capitales implicados. La exposición del sistema supone, pues, el modo capitalista. Esta descripción del sistema basta para demostrar que el capital no es una cosa, sino una relación social ya que el vector de los precios relativos depende de la tasa simultánea del salario y de la ganancia media; dicho de otro modo, la racionalidad económica no es un absoluto, no rebasa a la de la relación social que determina la repartición del ingreso entre el salario y la ganancia, es decir, la repartición del tiempo de trabajo social entre trabajo pagado y el trabajo excedente. Por lo mismo, y con una muy grande conciencia, Sraffa y la escuela de Cambridge pone fin a las elucubraciones del marginalismo demostrando que el concepto de la *escasez del capital*, sobre la cual se basó, *no existe*.

Pero si el sistema de Sraffa es suficiente para señalar el significado *limitado* de la racionalidad del cálculo de rentabilidad, no permite en cambio, comprender la génesis y el desarrollo del modo capitalista, que ya supone formados. Este sistema es sobre todo crítico, en el sentido negativo del término: demuestra, utilizando los argumentos de la lógica formal que son los suyos, lo absurdo de la teoría económica convencional (marginalista). Pero no es crítico positivo para proponer otro sistema de conceptos susceptibles de indicar la génesis del modo supuestamente dado.

La crítica marxista de la economía política aporta este sistema de conceptos situándose precisamente en el campo de la explicación necesaria que no es la económica, sino el materialismo histórico. Sin embargo, la transformación de los valores en precios, tal como Marx lo estableció en el Tomo III, es objeto de crítica; es en este sentido que no se trata más que de una *primera aproximación*. Como se sabe, el sistema de transformación es incompleto ya que los elementos del capital constante son contabilizados a su propio valor y no a su precio. Este carácter de esbozo de una solución (y a este respecto el Tomo III, no publicado todavía a la muerte de Marx, es un borrador), apareció por vez primera en Borkewitz. Es posible un sistema matemático completo de la transformación de los valores en precio: con la condición de aceptar que la tasa media de ganancia no puede ser igual a las tasas de la plusvalía. Si la controversia sobre este "problema de la transformación" alimentada por Borkewitz, Nathalie Moorkowska, Hilferding, Budin, y vuelto a tratar por Paul Sweezy, y recientemente por Arrighi, Emmanuel, es confuso, lo es porque todo el mundo —y principalmente Emmanuel— no ha comprendido que la tasa de ganancia y de la plusvalía no podían ser idénticas. La tasa de ganancia es en efecto, establecida por la relación entre el valor de ciertos productos (los productos *a*) y la de otros productos (los productos *b*) en un sistema de precios diferentes de estos en el marco del cual la tasa de plusvalía es definida, como una relación entre el valor de los mismos productos *a* (en cantidades físicas) y los mismos productos *b*. Esta no-identidad constituye precisamente la *razón* por la que el sistema capitalista *enmascara* el origen de la ganancia y *hace aparecer* al capital como una cosa que posee una productividad en sí misma.

El abandono de la "transformación" en favor de una aprehensión *inmediata* de los precios, es decir, de los fenómenos (de la apariencia inmediata de las cosas), separa a la economía de la historia, hace desaparecer la *alienación económica*.

Esta alienación económica es decisiva para comprender las leyes esenciales del desarrollo del modo capitalista. Es en efecto esta alienación la que habla de la lógica de la redistribución del trabajo excedente proporcionalmente a las fracciones del capital social controladas por las diferentes fracciones sociales de la clase dominante. Habla también de la regla absoluta de la *concurrencia* y de la *movilidad de los capitales* que constituye la condición del reparto equitativo de la tasa de ganancia. Esta concurrencia trae aparejada esta particularidad propia del modo capitalista: la *endogeneidad* del progreso de las fuerzas productivas en relación al funcionamiento del sistema, ya que el empresario que introduce una técnica más avanzada obliga a los otros a imitarlo. Esta endogeneidad del progreso le da la apariencia de una "idea externa" y por consecuencia hace perder a la sociedad el "dominio de su futuro". Se verá que la *crisis de civilización* contemporánea, un reflejo de la cual ha sido desenmascarado por la controversia actual sobre el "medio ambiente" testimonia sobre la *realidad* de esta pérdida del dominio. La aceleración prodigiosa de la historia que el capitalismo inauguró, precisamente tuvo *como precio* esta pérdida del dominio.

Renunciar al análisis de la transformación del valor en precio es pues, renunciar a recuperar esta dominación de la sociedad sobre sí misma, significa renunciar a rebasar al capitalismo y abandonar el proyecto socialista. Ya en el siglo XIX la social-democracia alemana había creído que el socialismo podía ser análogo al capitalismo en sus alternativas económicas "racionales", es decir, análogo a la expropiación de los capitalistas. Marx, en la *Crítica al Programa de Gotha* y Engels, en el *Anti-Dühring*, habían ya protestado contra esta reducción del socialismo a un "capitalismo sin capitalistas", que contenía en germen al *capitalismo de estado*, alternativa capitalista al socialismo como medio de superar las contradicciones del modo capitalista en la forma histórica en la que se constituyó. Barone, que no comprendía la naturaleza del problema, creía hacer un descubrimiento al asimilar el comportamiento racional del ministro del plan de un estado colectivista al del mercado. La rehabilitación de este método, en la práctica, por el recurso del mercado y en teoría, por la llamada "racionalidad del cálculo económico" por los autores rusos como Kantorovitch y otros, así como por sus émulos occidentales como Godelier, expresa una realidad: la del capitalismo de estado ruso.

La generalización de la forma mercantil de la ganancia y el traspaso de una expresión simple a una expresión compleja del valor,

reñe el beneficio en el comercio al denominador común de la ganancia del capital. El beneficio comercial es una categoría *anterior* al capitalismo, ya que supone *únicamente* la producción de mercancías. Este *beneficio del comercio precapitalista* es un ingreso de *monopolio* y, como tal, no sigue reglas muy precisas. Mientras las sociedades puestas en relación por los mercados monopolistas se desconocen mutuamente e ignoran los costos sociales reales de la producción de los productos intercambiados, es muy claro que el beneficio obtenido del monopolio comercial puede ser extremo. En este caso, como ya hemos dicho, curiosamente, la teoría subjetiva del valor puede encontrar un campo de acción real. El beneficio del que se trata no es otra cosa que una transferencia del excedente de una clase —y a veces de una sociedad extranjera— a otra: la de los comerciantes. Este excedente de origen, no es ganancia del capital sino una renta fija o, de un modo más general, un tributo. Desde que el modo capitalista se convirtió en dominante, la forma dominante del excedente es la ganancia del capital. La actividad comercial no es más un monopolio, sino una actividad capitalista como cualquiera otra, en el que, por otra parte, el campo se extiende a todos los productos. Los productores capitalistas conocen los costos sociales de producción de estos productos. La concurrencia hace participar al capital avanzado en el comercio en el reparto equitativo general de la ganancia. El beneficio comercial se transforma en ganancia del capital comercial, este último, es remunerado como los otros con las tasa media de ganancia. Por supuesto la remuneración del capital comercial espera un traspaso; tiene su fuente en la plusvalía producida en otra parte —en la producción—; pero este traspaso no es “indeterminado”, es en adelante limitado por la tasa media de ganancia, la que depende en última instancia de la tasa de plusvalía.

Del mismo modo la generalización de la forma mercantilista de los productos transforma el terreno de las otras actividades precapitalistas y amplía las relaciones de producción capitalistas a todos los terrenos. La agricultura era el lugar principal de las actividades anteriores al capitalismo, en donde dominaban las relaciones feudales. La renta de la tierra era la forma dominante del excedente feudal, la propiedad de la tierra privativa de la clase dominante precapitalista era la expresión jurídica de estas relaciones feudales. P. P. Rey nos recuerda con talento el análisis de Marx según el cual la propiedad de la tierra se opone al desarrollo del capitalismo en la agricultura, porque dá a los monopolistas, que son los pro-

pietarios terratenientes un medio de exigir y obtener que una parte de la plusvalía producida en otra parte, les sea transferida bajo la forma de *renta absoluta*. Al mismo tiempo, si el capitalismo respeta la propiedad de la tierra no es únicamente por razones políticas (la alianza de todas las clases poseedoras de los antiguos modos y del nuevo modo capitalista contra las clases oprimidas y especialmente el nuevo proletariado), sino que sobre todo porque hay un interés esencial. El capitalismo, en efecto, no puede desarrollarse sin que —en el seno de la sociedad en la que nace— los productores (que pertenecen a otro modo de producción— sean proletarizados, es decir, deben ser excluidos de este modo precapitalista para ser puestos a disposición del capital como proletarios. La propiedad de la tierra cumple esta función durante la fase de transición del feudalismo al capitalismo, que es la fase del mercantilismo. Bajo el incentivo de la extensión de los intercambios comerciales, los propietarios terratenientes se transforman en productores comerciantes. La *revolución agrícola* que como se sabe, precede a la revolución industrial en Inglaterra y después en Europa continental, expresa esta extensión de los intercambios comerciales a la producción agrícola, en la cual la substitución de la renta en especie por la renta en dinero no es más que la expresión inmediata. La competencia se extiende pues, a la producción agrícola y la modernización que ésta trae consigo exige la exclusión del sobrante de mano de obra campesina, que es arrojada fuera de la producción, y por tanto proletarizada.

¿Qué es lo que determina la renta absoluta, forma de articulación del modo feudal dominado en el modo capitalista dominante, según la feliz formulación de Rey? Sobre este punto confesamos nuestras divergencias con el análisis de *El Capital*. Marx, en el Tomo III, dice que la transferencia de la plusvalía a los propietarios de la tierra es posible *porque* la composición orgánica del capital es superior en la industria que en la agricultura. Resulta de ello que a tasas de plusvalía equivalentes, la plusvalía producida en la agricultura es superior —para un cierto capital dado— a la de la industria: la agricultura es una actividad “ligera”. La propiedad de la tierra *se opone* a la ampliación del reparto equitativo de la ganancia al terreno que ella controla. Es pues la plusvalía *retenida*, excluida del mecanismo del reparto, la que determina la renta. De ninguna manera nos parece que esto, necesariamente, sea así. Cuando mucho la composición orgánica en la agricultura sería igual a la composición media en la industria, o incluso superior: el *monopolio*

de la tierra crea las condiciones para que la estructura de los precios relativos (de los productos agrícolas en relación a los productos industriales) sea tal, que contenga un traspaso de valor (esta vez una transferencia real y no una simple retención fuera del mecanismo del reparto equitativo) en beneficio de los propietarios monopolistas y la cual constituye su renta. Este principio de deformación de la estructura de precios bajo el efecto de un monopolio es, por otra parte, un principio general que volveremos a encontrar. De allí que la renta no esté determinada (se sobre entiende que determinada por las composiciones orgánicas comparadas de la agricultura y la industria). Está determinada solamente por una relación social: la relación de fuerza que caracteriza al reparto del poder social y político entre los burgueses y los propietarios terratenientes. La renta no puede desaparecer más que si la propiedad del suelo desaparece. La burguesía ataca a la propiedad terrateniente de esta manera: abriendo a la producción agrícola tierras nuevas *sin propietarios*, es decir, hace competir los productos de la agricultura dominada por la propiedad con los de una agricultura en la que el acceso a las condiciones naturales de la producción es *libre*, y no limitado por el monopolio de la tierra. Tal es el sentido de la apertura del mercado inglés a los trigos de América del Norte en el siglo XIX. Aún más, hace competir los productos de la agricultura del centro con los de los agricultores periféricos dominados por la propiedad terrateniente; sin embargo, y por diversas razones históricas la remuneración del trabajo (la tasa de plusvalía) es débil. Tal es el sentido de la apertura de los mercados del centro a los productos agrícolas de la periferia, problema que volveremos a tratar cuando hablemos de la teoría del intercambio desigual.

La renta que persiste en tanto persista la propiedad terrateniente, reviste sin embargo, por la dominación de las relaciones capitalistas, la *forma* de ganancia del capital: la ganancia del capital "invertido" en la compra de la tierra. La tierra, en las formaciones precapitalistas, no es objeto posible de compra-venta libres: es el monopolio de una clase con la exclusión de otra. En las formaciones capitalistas, se convierte por el contrario, en objeto de transacciones. Su precio, una nueva categoría es la renta que está a su disposición, capitalizada. Y por eso esta renta *aparece* como la remuneración del "capital" consagrado a su compra.

En las formaciones capitalistas avanzadas, la producción agrícola no ocupa más que un lugar restringido en el producto social; la producción agrícola misma no es más que el efecto de una clase

social numerosa de *campesinos*: está organizada por las empresas capitalistas para las cuales la tierra no es más que un elemento, entre otros, un "capital" por invertir; el suelo agrícola es así objeto de frecuentes y fáciles transacciones que no se detienen ante el obstáculo de una clase social campesina —para la que, como los economistas en asuntos rurales han visto, la agricultura no era únicamente un campo de producción, sino un *modo de vida*. La renta terrateniente agrícola no desaparece, ya que la ganancia de las empresas capitalistas agrícolas —la parte de la plusvalía social a la que estas empresas tienen "derecho"— debe remunerar a todo el capital adelantado, incluso el consagrado a la compra de la tierra. La tierra conserva un precio porque es objeto de monopolio.

También y generalmente, cada vez que el acceso a las condiciones naturales (o sociales) de producción es limitado por un monopolio, aparece un problema análogo al de la renta terrateniente agrícola, es decir, un problema de *transferencia de valor* (y no de su generación). Esta observación es fundamental, ya que si esto es así, no se puede aprehender el problema directamente a partir del análisis del precio; esta aprehensión directa de la realidad al nivel de sus apariencias *elude* la cuestión, y en consecuencia, elude el problema de la "racionalidad económica" y de su significación exacta.

Si en los sistemas capitalistas avanzados el problema de la renta agrícola ha perdido su agudeza en términos cuantitativos, y no en términos teóricos, por el contrario, la renta terrateniente urbana ha adquirido y adquiere cotidianamente una importancia cuantitativa creciente. Los *ideólogos* del sistema piensan que la renta terrateniente es todavía el medio "racional" de evitar que se planten papas sobre los Campos Elíseos. La "justificación" es aquí totalmente de carácter ideológico y no científico. Pues el razonamiento oculta el hecho *social* que ciega la vista, de que el acceso a los terrenos de los Campos Elíseos no está bajo el control de la sociedad sino que depende del control monopolista de un grupo social: el de los propietarios de estos terrenos. El *volumen de transferencia* del valor que se opera por este hecho en su beneficio, depende por tanto de su fuerza social, como lo demuestra cotidianamente la especulación de la tierra y el escándalo de bienes raíces permanente del sistema. La justificación en cuestión, siendo de carácter ideológico no está fundada sobre otra cosa que un círculo vicioso tautológico, un vicio de origen: se supone que el

“precio” pagado por el acceso al terreno representa el “sacrificio” consentido “libremente” por el comprador o el locatario (teoría subjetiva del valor) y se descubre... ¡que el sistema de precios de los productos de las actividades localizadas sobre estos terrenos es “racional”!

Lo mismo sucede con las “riquezas naturales” (mineras, forestales, acuáticas y marítimas, etcétera) en la medida en la que el acceso a ellas está limitada por un monopolio social. Marx insiste al respecto en que el trabajo social es la única fuente del valor pero no de la riqueza (especialmente en la *Crítica al Programa de Gotha*). La riqueza es la cantidad de objetos útiles (la utilidad de éstos por tanto es social y no individual, como la teoría subjetiva del valor los intenta definirla) obtenidos con una cantidad dada de trabajo social. Este trabajo social no se realiza en una esfera abstracta inmaterial, sino en condiciones naturales dadas. La distinción entre la naturaleza y la sociedad condiciona la ciencia social, define a la humanidad en oposición al reino-animal. Si la sociedad controlara el acceso a todas las condiciones naturales, podría planificar racionalmente su utilización, es decir, seleccionaría las vías y los medios de obtener, por la utilización de estas “riquezas naturales” en un horizonte temporal social determinado, máximum de utilidades para una cantidad dada de trabajo social. En el sistema capitalista un más grande desorden regula este acceso a las riquezas naturales. Algunas de éstas son de acceso “libre” y bajo este pretexto, derrochadas en detrimento del interés social, como lo han sacado a la luz los problemas del medio ambiente (“contaminación” de la atmósfera, de las aguas, etcétera). Este libre acceso excluye la utilización de estas riquezas del terreno de la economía. Para las empresas capitalistas esta utilización es, una “economía externa”. Por lo tanto, a escala social, el uso de estas riquezas admite un costo: el de la “lucha contra la contaminación” (costos de “limpieza” asumidos por los poderes públicos, costos suplementarios de salud, desplazamiento de los hombres, etcétera). Otras riquezas son apropiadas y el precio permitido por el empresario capitalista dependerá de las relaciones sociales entre la clase capitalista y el grupo que monopoliza el acceso a estas riquezas. Tratándose de recursos del subsuelo, por ejemplo, este precio sería variable en extremo según la legislación (si ésta separa la propiedad del suelo de la del subsuelo, si el suelo es propiedad privada o pública, etcétera), es decir, según las condiciones sociales que definen el marco de la actividad económica. Son conocidos los conflictos sociales a que ha conducido

la lucha por el acceso del capitalismo a las riquezas del sub-suelo en Europa, en los Estados Unidos y en otras partes durante el siglo XIX. Por si fuera necesario los acontecimientos prueban cada día, que las “regalías” pagadas por las compañías mineras de tal o cual gobierno del Tercer Mundo son objeto de un regateo cuyos resultados dependen de las relaciones políticas que caracterizan las relaciones internacionales. Considerar este “precio” como la expresión social racional que debe reglamentar el acceso a las condiciones naturales de la producción debería hacer sonreír. Lo mismo sucede con el acceso a la explotación de los bosques, de las aguas, etcétera que son objeto de legislaciones y de reglamentaciones que expresan las relaciones sociales.

Se verá, con respecto a las relaciones centro-periferia y al intercambio desigual que domina estas relaciones, que el problema de los “precios mundiales” de las materias primas de origen mineral se concentra allí, y que estos precios contienen una transferencia de valor de la periferia explotada hacia el centro del sistema mundial.

Debemos dar un paso más y tomar en consideración de una manera sistemática las etapas de evolución de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en el sistema capitalista. El período mercantilista, que es el de la formación del sistema, definido por la constitución de los dos polos del modo capitalista (concentración de la riqueza dinero y proletarización), es un período de transición, es decir de una juxtaposición de diferentes modos y de un derrumbamiento de la dominación como lo ha caracterizado P. P. Rey con tanto rigor como vigor. De un lado, la ley del valor se expresa aquí todavía ampliamente bajo su forma simple, especialmente en el sector de la pequeña producción mercantil. Por el otro, la concentración de la riqueza dinero se opera ampliamente en un sector que no está regido por la ley del valor: en el sector del gran comercio atlántico organizado en monopolio. La revolución industrial, es decir, el reencuentro y la fusión de los dos polos constituidos durante el período mercantilista, abre la vía al modo de producción capitalista perfeccionado: la riqueza dinero se convierte en capital poniendo a trabajar bajo su control a la fuerza de trabajo “liberada” que se transforma en proletariado. En el siglo XIX hasta 1880-1890, se caracterizó por la forma industrial de las formas capitalistas centrales. El capital predominante es el capital industrial, constituido en células autónomas, frecuentemente a escala de empresa (familiares, en su gran mayoría). La compe-

tencia da a la ley del valor bajo su forma compleja su campo de acción maximal. Pero existen interpretaciones erróneas de esta acción de la ley del valor, principalmente en la agricultura que —como resultado de la propiedad del suelo— permanece regida por el monopolio social de la clase de los propietarios (grandes propietarios de abolengo en ciertos casos, campesinos en otros, etcétera). La centralización del capital continúa, como consecuencia de la competencia, llegando al fin del siglo a un cambio cualitativo del carácter dominante del sistema. La generalización de la forma monopolista del capital es una muestra de que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas ha *rebasado* al que correspondía a las relaciones de producción. Pues el monopolio es ante todo una *traba* para el reparto equitativo de la ganancia. Por tanto, los precios dejan de ser determinados por una ley general, a partir de los valores. El campo de acción de la ley del valor se restringe. No existe pues, *ninguna racionalidad*, ni en apariencia, en el sistema de precios. Estos son determinados por las relaciones de fuerza sociales en el *interior* de la clase dominante, entre los *grupos financieros* que dominan los diferentes sectores de la actividad. Hasta allí las relaciones sociales que intervenían en la determinación de precios relativos eran únicamente las que caracterizaban las relaciones entre la clase capitalista dominante considerada en bloque y las *otras* clases y grupos sociales. En lo sucesivo no hay una sola tasa de ganancia, existen al menos 2: la (o las) que rige (rigen) los sectores monopolizados y la que rige los sectores competitivos dominados. De ahí que la *política*, es decir, el recurso al poder de intervención en el terreno económico, adquiere una nueva dimensión. Las relaciones entre la instancia económica, dominante en el modo capitalista y la instancia político-ideológica, se modifican. Como lo ha hecho observar justamente Poulantzas, el carácter ideológico de esta instancia cede su lugar a un carácter político.

El objetivo socialista de sobrepasar al sistema, es decir, a la contradicción fuerzas productivas (en la cual el nivel de desarrollo subraya su carácter social) relaciones de producción (que permanecen dominadas por grupos sociales y no por la sociedad en su conjunto), se constituye en *posibilidad*. La alternativa capitalista a esta superación es el *capitalismo de estado*. La centralización de toda la producción a nivel nacional, realizada gracias a la sustitución de la propiedad de los grupos sociales por la estatal, empareja las relaciones de producción con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Reestablece el carácter social del capital, enmascarado

por la parcelización de éste en fracciones alícuotas apropiadas en forma privativa. Impone pues, la *planificación social* como método de gestión de la economía. ¿Cómo definir en lo sucesivo los distintos precios ya que son puramente convencionales, pues todo el producto social aparece como *una sola* mercancía? Se trata en efecto de una *mercancía* ya que la fuerza de trabajo sigue siendo también una mercancía, la única otra mercancía por otra parte. Allí se encuentra la frontera entre el capitalismo de estado y el socialismo. Esta frontera corresponde a una frontera de *clases*, la que separa al proletariado (el cual continúa vendiendo su fuerza de trabajo) de la burguesía, transformada en clase-estado como antaño en el modo tributario. A esta renovación, y no superación de la sociedad capitalista, corresponde también el conservar las relaciones entre la instancia económica y la instancia político-ideológica, característica del modo capitalista: la instancia económica sigue siendo la dominante. Es por ello que la solución del capitalismo de estado al problema de la planificación será la del capitalismo: la determinación de “precios” que “remuneren” de igual manera al “capital” (a sus fracciones alícuotas) colocado en diversas ramas. Cuando Barone propone esta solución —en apariencia más racional que la del capitalismo de los monopolios privados—, y en el momento en que los economistas rusos la hacen suya; ¡regresan a la “racionalidad” del modo capitalista, desquiciada por los monopolios privados, no la superan!

Recapitulemos nuestros resultados. El cálculo capitalista no tiene *en sí* ninguna *racionalidad*, que por otra parte *no existe*; la racionalidad es siempre relativa a un modo de producción. Por tanto no supera jamás el marco de las relaciones sociales propias al modo en cuestión. En el modo de producción capitalista, bajo su forma industrial perfeccionada, esta racionalidad es limitada: 1) por la relación social esencial que define la tasa de la plusvalía, es decir, la tasa de explotación del trabajo, 2) por las relaciones sociales secundarias que definen las relaciones entre la burguesía en bloque y los propietarios terratenientes que controlan el acceso a ciertas riquezas naturales (aunque no todas). Con los monopolios privados se agrega una tercera limitación: la que define las relaciones sociales internas de la clase burguesa dominante.

La resultante del cálculo económico así fundamentado es *irracional* desde el punto de vista social y esta irracionalidad aparecerá en el momento en que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas exija que sean controladas por la sociedad en su conjunto.

Es aquí en donde se ubica el contenido del problema del “medio ambiente”*. Este término es ciertamente poco acertado y demuestra solamente que el problema es sentido por la sociedad como un malestar, no comprendido conscientemente. es decir, científicamente. Cubre dos conjuntos de realidades situadas sobre tres planos diferentes en donde se manifiestan la irracionalidad del sistema: 1) el desperdicio de los “recursos humanos” (términos igualmente no muy acertado), 2) el despilfarro de las riquezas naturales, y 3) el horizonte temporal necesariamente limitado del “cálculo económico”.

El modo de producción capitalista considera al hombre como fuerza de trabajo, es decir, *mano de obra*, y no como una finalidad: su ley inmanente es pues la de tratar de reducir el costo de esta fuerza de trabajo, elevar al máximo la tasa de plusvalía, arrojar fuera de la economía —al terreno de las “economías externas” a la empresa— lo que se ha inadecuadamente calificado como “costos sociales” o “costos humanos” (tales como educación, salud, etcétera), dejando ver la alienación economicista en el mismo término de “costos” (lo mismo que en el de “recursos humanos” que indica que el hombre es un “recurso” —no un fin— es decir un “recurso... para el capital). Se verá cómo esta búsqueda inmanente de la tasa máxima de plusvalía se encuentra en la base misma de la contradicción principal del modo capitalista. Como lo ha demostrado Piero Sraffa esta búsqueda determina la estructura de los precios, la “racionalidad” de las prioridades. El capitalismo de estado es igualmente regido por la misma ley: en él la fuerza de trabajo es una mercancía y con ella la alienación economicista persiste. El socialismo se define por la dirección social de la triple relación: tiempos de trabajo social asignados a la reproducción del ciclo de producción —tiempos de trabajo social asignados a la extensión de éste— tiempos de no trabajo. Por lo mismo, permite *dominar* la acumulación que, por el contrario en el modo capitalista, domina el devenir social.

El modo de producción capitalista toma o no toma en cuenta la utilización de las riquezas naturales dejada al *azar* de las relaciones sociales no controladas por la sociedad. Los “precios” de los productos, que determinan el uso relativo, contienen o no contienen —al azar— el margen necesario para permitir a la sociedad conservar o renovar el “stock” de estas riquezas. De esta forma, las

* En su acepción ecológica global. (N. del T.)

tasas de acumulación, medidas en los términos clásicos de la contabilidad nacional, por ejemplo, y en consecuencia las tasas de crecimiento del producto social medidos en esos términos, relativamente elevados, son obtenidos en perjuicio del futuro, gracias al abuso de los recursos naturales. Shigeto Tsuru ha mostrado que las elevadas tasas de crecimiento del capitalismo eran a menudo artificiales, porque en este precio las empresas incluían los ahorros externos cuyo precio es la destrucción de hombres y recursos. Los ejemplos del saqueo de los suelos, inhabitados o no reedificados, de las riquezas mineras, etcétera, llenan la historia del “crecimiento” económico, particularmente en las zonas dominadas, dependientes, de la periferia.

Una sociedad que quiere ser dueña de su futuro debe tener un horizonte temporal amplio. Esta era la situación de las sociedades precapitalistas en las que precisamente la instancia dominante no era la económica sino la político-ideológica. Sin embargo, si estas sociedades en realidad no dominan su futuro aunque así lo pretenden, es porque no dominan la naturaleza; de allí el débil desarrollo de las fuerzas productivas. De allí también su alienación religiosa. Es por eso que estas sociedades construían pirámides o catedrales, es decir monumentos destinados a la *eternidad* (que corresponde a un horizonte temporal extendido al máximo) y cuyo objeto no era servir a los hombres sino a los dioses, a cuyo servicio de los cuales se suponía que estaban los hombres. La sociedad capitalista no tiene esta pretensión: ha liberado a los hombres de los dioses, pero no los ha liberado de sí mismos, y en consecuencia no tiene objetivos humanos. Sólo puede proponer al hombre una ideología alienante, la del *consumismo** es decir, la perspectiva a muy corto plazo (¿10 años?), de un “crecimiento” del consumo sin referencia alguna con las necesidades humanas reales. ¿De dónde proviene pues, esta sorprendente reducción del horizonte temporal? La respuesta es evidente: de la función dominante de la tasa de plusvalía, ya que esta tasa determina el ritmo de la acumulación, y por tanto a que es en fin de cuentas la base famosa sobre “tasa de actualización” que serán hechas las opciones. Esta tasa racionaliza en apariencia lo irracional. Pero se sabe que una tasa de 7 a 15% significa que las opciones alternativas se confunden en un plazo máximo de 10 a 15 años. Es por lo que “el cálculo económico” enseñado con la arrogancia de la ignorancia y de la alienación no es un método

* El consumo por el consumo. (N. del T.)

científico sino una justificación ideológica del comportamiento espontáneo de las empresas capitalistas. Aunque se le transporte a escala "nacional" o "social" y se "corrijan" sus consecuencias más evidentemente absurdas gracias a la consideración de "precios de referencia", no se cambiará nada su cortedad de plazo y sin embargo esto es todo lo que la banca mundial y las escuelas tecnocráticas saben enseñar con una pretensión que tiene por objeto esconder la incultura. Cuando el sistema toma en consideración el uso de las riquezas naturales, no puede hacerlo más que dentro de los límites de este corto plazo: Michael Tanzer ha mostrado que es así por ejemplo con respecto a la política económica de las compañías petroleras cuyo gigantismo y la recurrencia permanentes a misteriosos servicios de información y computadoras, la hacen aparecer como "racional". La crisis de nuestra civilización está colocada por entero en esta absurda reducción del tiempo humano. Uno de sus aspectos y no de los menores en importancia, es la contradicción insoluble en la que dicha civilización se encierra, entre los "objetivos" de la educación y los del sistema de producción. En un mundo que progresa muy rápidamente, la educación no puede darse por satisfecha enseñando técnicas que correspondan a capacidades profesionales definidas, ya que dichas técnicas son seguramente conocidas con más de 20 años de adelanto. En estas condiciones la educación debería tender a la formación de hombres capaces por ellos mismos, tanto inmediatamente como durante toda su vida, de adaptarse, progresar, y también en sentido inverso, de adaptar la evolución económica al ritmo de su voluntad. Más ello no es el objeto de la "planificación de la educación": víctima de la alienación economicista quiere considerar la formación como un *costo* (lo que significa que este "costo" forma parte de los ahorros externos de la empresa) y se propone por tanto, adaptar los productos a las "necesidades" de la economía; las cuales en realidad ignora el sistema en un plazo más allá de 10 a 20 años.

El cálculo económico racional de una sociedad socialista no puede pues estar basado sobre los mismos principios —que serían universales— que el del capitalismo, aunque sea de estado. Para empezar, es necesario recordar e insistir sobre el hecho de que para la sociedad tomada en su conjunto sólo el cálculo en *valor*, es decir en tiempo de trabajo social, tiene sentido. Toda contabilidad en precios que "igualen las remuneraciones del capital" no tiene *ningún sentido*. La organización de la división social del trabajo (entre la producción de máquinas y la de bienes de consumo que

estas máquinas permiten) y el tiempo necesario para pasar de una estructura dada de esta división a otra estructura correspondiente a un nivel superior de desarrollo de las fuerzas productivas (tiempo manejado en última instancia no por "el ahorro" posible de la sociedad, sino por la duración de la formación y transformación de los *hombres*: formación técnica, reorganización de la producción, etcétera), deben ser tomados en cuenta también para decidir la alternativa que reduzca al mínimo los tiempos de trabajo social necesario en un plazo dado. Este plazo debe ser fijado por la sociedad en función de su grado máximo de conocimiento del futuro (perspectiva del progreso técnico y científico). En cuanto a los objetos útiles que hayan de ser producidos deben tener una continua relación explícita con las necesidades expresadas por la sociedad fuera de toda referencia a los precios (es decir; al mercado y a la distribución —entonces necesariamente desigual— de los ingresos): de esta forma solamente la sociedad puede escoger entre el tiempo de trabajo y el tiempo de no trabajo, en lugar de seguir encerrada en la selección —fútil— de "bienes", y el tiempo de trabajo —máximo— no es ya objeto de discusión. Este último procedimiento que es el del capitalismo, proviene de que la finalidad del sistema no es la maximización del producto, sino de la plusvalía, y condiciona la alienación economicista. En fin, con respecto a las riquezas naturales, *todas* deben ser tomadas en consideración y dentro del corto plazo establecido, una fracción del producto debe ser destinada al mantenimiento o a la reconstitución de éstas. Esta fracción, minimizada, rige a la selección de alternativas. Dicha fracción dependerá también de las perspectivas del progreso científico, el cual autoriza el agotamiento de un "recurso" si es que existe una alternativa futura de producción de bienes que permita satisfacer las mismas necesidades apoyándose en otro "recurso": tal es el significado de la "reconstitución". Es así como debe ser entendida la observación de Marx de que el trabajador, en un régimen socialista no puede "recibir íntegro el producto de su trabajo" como los socialistas ingenuos lo adelantaban (*Crítica al Programa de Gotha*).

En estas condiciones la sociedad habrá encontrado y conducido a un nivel más elevado el control de su futuro.

II

LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL
EN LAS FORMACIONES CAPITALISTAS CENTRALES

Una vez elucidado el sistema conceptual necesario para el análisis del modo y de las formaciones capitalistas, podemos abordar ahora el problema de la acumulación del capital, de sus mecanismos y características esenciales. Este análisis nos permitirá comprender la naturaleza exacta del concepto suplementario de formaciones capitalistas *centrales* que aquí introducimos, y, por oposición, el de formaciones capitalistas *periféricas*, de las que hablaremos detalladamente más adelante.

Las formaciones centrales son autocentradas: y esta caracterización es de importancia capital. El objeto de este capítulo es desglosar el contenido de esta caracterización; los siguientes están consagrados a desglosar las condiciones y las formas.

El modo capitalista difiere, como hemos dicho, de *todos* los modos anteriores en que en adelante será la apropiación de los medios de producción *que son en sí mismos productos de un trabajo social* la que determine el proceso productivo y ya no la apropiación de los medios naturales. Esta característica que significa un salto cualitativo en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, encuentra un reflejo —en la economía convencional— en la definición vulgar de “capital”, reducido a los equipos materiales y en la desventurada expresión de “técnica capitalista” utilizada por esa economía convencional para designar este salto cualitativo. Sin embargo, es indispensable subrayar aquí que la economía convencional pretende basar sus análisis en el hecho de que los equipos son producidos con anterioridad en el tiempo, en relación a la producción de bienes de consumo que ellos hacen posible. La “desviación” de la producción constituye la base misma del marginalismo y, con Bohn Bawerk, funda la “productividad del capital” en la “depreciación del futuro” (el “precio del tiempo”). Esta fundamentación, que parece expresar una observación de sentido común, en realidad no tiene *ningún sentido*.

Puesto que lo que caracteriza al modo capitalista es la producción simultánea de bienes de producción y de bienes de consumo, es decir la división social del trabajo entre estas dos ramas esenciales de la producción social; es entonces el análisis de la articulación de dichas ramas lo que debe ser colocado en el centro del análisis de la

acumulación. En efecto, esta división social del trabajo refleja y determina el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, la *productividad global* del trabajo social (la cantidad de utilidades obtenidas con un trabajo total distribuido de una cierta manera); de la misma forma en que determina el ingreso social. La articulación determinante en un sistema capitalista autocentrado es por tanto la que liga la producción de bienes de consumo con la producción de bienes de capital destinados a permitir la producción de los primeros. Esta articulación determinante efectivamente ha caracterizado el desarrollo histórico del capitalismo en el centro del sistema (en Europa, en Norteamérica y en Japón). Dicha articulación define de una manera abstracta el modo de producción capitalista “puro” y como tal ha sido analizada, en *El Capital*. Se podría mostrar que el proceso de desarrollo de la URSS tanto como el de China está fundado de igual forma sobre esta articulación determinante, aunque las modalidades de este proceso, son originales sobre todo en lo que respecta a China. Más adelante veremos que existe una diferencia fundamental entre este modelo de acumulación autocentrada y otro modelo —el de la acumulación en la periferia del sistema— basado sobre otra articulación dominante.

Marx muestra en efecto que en el modo de producción capitalista, existe una relación *objetiva* (es decir *necesaria*) entre la tasa de plusvalía y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. La tasa de plusvalía determina en lo esencial la estructura de la distribución social del ingreso nacional (su reparto entre los salarios y la plusvalía que adquiere la forma de ganancia), y por lo tanto la demanda (los salarios constituyen lo esencial de la demanda de bienes de consumo masivo, y las ganancias son “abonadas” en su totalidad o en parte con vistas a ser “invertidas”). El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas se expresa en la división social del trabajo: la colocación de la fuerza de trabajo, en proporciones convenientes a las secciones 1 y 2 del modelo de la reproducción del Tomo II. Esta relación objetiva, por lo tanto fundamental en *El Capital*, ha sido frecuentemente “olvidada”, principalmente en el debate sobre la tendencia descendente de la tasa de ganancia. El argumento esgrimido a menudo de que el aumento de la composición orgánica del capital puede ser compensado por el de la tasa de la plusvalía, pierde toda consistencia desde el momento en que se comprende que la contradicción entre la capacidad de producir del sistema y su capacidad de consumir —inmanente al modo de producción capitalista— es incesantemente superada y que es así como

se expresa el carácter objetivo de la relación tasa de plusvalía —nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Como ya hemos subrayado en más de una ocasión, este modelo teórico de la acumulación es infinitamente más rico que todos los modelos empíricos elaborados en el transcurso del tiempo, porque demuestra que el “salario” real no puede ser “algo indefinido” y da así a la relación de las fuerzas sociales un régimen objetivo.

Dicha relación objetiva se expresa en las fluctuaciones conyunturales de la actividad y el desempleo. Un aumento de la tasa de plusvalía más allá de su nivel objetivamente necesario conduce a una crisis, como consecuencia de la insuficiencia de la demanda solvente. Una reducción de esta tasa frena el crecimiento económico y crea de este modo las condiciones de un mercado de trabajo favorable al capital. El esquema de este ajuste —que corresponde efectivamente a la historia de la acumulación desde la revolución industrial hasta la crisis de 1930 (una historia marcada por el ciclo económico)— es más complejo que la influencia del segundo efecto de las variaciones del salario sobre la selección de técnicas, que por lo mismo expresan el carácter por debajo del óptimo del sistema económico. La tendencia al pleno empleo que no excluye, sino que implica por el contrario, un margen pequeño de desempleo permanente y las fluctuaciones amplias conyunturales del desempleo explican el funcionamiento de este sistema. Las transformaciones internas del capitalismo contemporáneo han quitado su funcionalidad a este mecanismo de ajuste. La monopolización del capital por una parte, la organización de los trabajadores a nivel nacional, por otra, hacen *posible una* “planificación” que tendría por objetivo reducir las fluctuaciones cíclicas. Si la clase obrera acepta situarse en el marco del sistema, es decir concretamente, si bajo la tutela del estado, capital y trabajo aceptan un “contrato social” que une el crecimiento del salario real al de la productividad (en las proporciones dadas y calculadas por los “tecnócratas”), entonces un estado de cuasi pleno empleo estable puede ser garantizado. Junto a esto, evidentemente algunos sectores de la sociedad pueden causar problemas al rechazar el “contrato”, es así especialmente para las pequeñas y medianas empresas que pagarán las consecuencias de la contracción y que pueden —principalmente en las estructuras relativamente atrasadas— disponer de un poder político de chantaje más o menos importante. De esto se deriva que también las relaciones exteriores escapan a este tipo de planificación. Ahora bien la contradicción crece entre el carácter mundial de la producción

—que se manifiesta por la creciente importancia de las sociedades multinacionales— y el carácter siempre nacional de las instituciones tanto del capital como del trabajo. La ideología social demócrata, que se expresa en este tipo de contrato social, encuentra su límite en las fronteras del estado nacional.

Por esquemático que sea este modelo —es muy claro ya que es una abstracción de la realidad— no por eso deja de reflejar la esencia del sistema. En este modelo se hace abstracción de las relaciones exteriores, lo que significa, no que el desarrollo del capitalismo se haya operado en un marco nacional autárquico sino que las relaciones esenciales en el sistema pueden ser entendidas haciendo abstracción de esas relaciones. Por otra parte, las relaciones exteriores del conjunto de regiones desarrolladas con la periferia del sistema mundial, permanecen cuantitativamente marginales en relación a los flujos internos del centro. El aumento de estas relaciones, como lo demostraremos, depende de la acumulación primitiva y no de la reproducción ampliada; es por lo que se puede hacer aquí válidamente una abstracción. El carácter históricamente *relativo* de la distinción entre los bienes de consumo de masa y los de lujo, aparece también muy claramente. En el sentido estricto del término, deben ser considerados como productos “de lujo” en esta terminología, aquellos cuya demanda provienen de la fracción consumida de la ganancia. La demanda que procede de los salarios se amplía con el aumento económico y el progreso de las fuerzas productivas. Si en los principios de la historia del capitalismo, esta demanda se dirige casi exclusivamente a los consumos esenciales —alimentación, vestido y alojamiento— en cambio hoy, conduce cada vez más y más, a un estado más avanzado de desarrollo, basado en productos de consumo durables (automóviles, aparatos electrodomésticos, etcétera). Sin embargo, esta sucesión histórica del tipo de productos “de masa” tiene una importancia decisiva para la comprensión del problema que nos preocupa. La estructura de la demanda en los principios del sistema favorece la revolución agrícola, ofreciendo una salida a los productos alimenticios *hacia el mercado interior* (históricamente, esta transformación de la agricultura ha tomado la forma del capitalismo agrario). Se conoce, por otra parte, el papel histórico de la industria textil y de la urbanización (De ahí el refrán: “cuando el edificio anda bien, todo anda bien”) en el proceso de la acumulación. Al contrario, los productos de consumo duraderos cuya producción es altamente consumidora de capitales y de mano de obra calificada —aparecen tardíamente,

mientras la productividad en la agricultura y las industrias de producción de bienes no duraderos ha franqueado ya las etapas decisivas,

Este análisis es completamente esencial para el conjunto de la demostración de la tesis de la obra. Es lo que va a permitir comprender la naturaleza del *expansionismo* del modo capitalista, la manera en la que su contradicción inmanente es superada con su traslado a la periferia, por tanto la manera en que la periferia será modelada conforme a las necesidades del centro y las etapas de este modelamiento, en relación con las de la evolución del centro.

Haremos aquí las siguientes observaciones:

Primera, la acumulación autocentrada, es decir sin expansión exterior del sistema, es *posible*, teóricamente al menos, si el salario real se acrecienta a un ritmo calculable, dado. Ahora bien la tendencia inmanente del sistema es la de mantener el nivel del salario real, que no aumenta a menos que, en la medida en que lo haga, la clase obrera obtenga no su mejoramiento gracias a sus luchas sindicales. Si el salario real no crece al ritmo necesario, la acumulación exige en compensación una continua expansión exterior del mercado. Se verá que allí se encuentra el fundamento del expansionismo necesario del modo capitalista. Se verá además que a lo largo de todo el siglo XIX hasta aproximadamente 1880, con los salarios reales en el centro sin haber aumentado al ritmo requerido, una cierta forma de expansionismo ha sido necesaria, lo cual dio a la periferia ciertas funciones; en tanto que a partir de las últimas décadas del siglo, los salarios reales en el centro aumentan a un ritmo más *marcado*, dando formas nuevas al expansionismo del modo capitalista (las del imperialismo y de la exportación de capitales) y en la periferia nuevas funciones.

Segundo, la acumulación autocentrada da al modo capitalista del centro una inclinación a la exclusividad, es decir, a la destrucción de todos los otros modos (precapitalistas). Excepcionalmente, la formación social capitalista central *tendería* a confundirse con el modo que la domina, mientras que *todas* las formaciones anteriores son combinaciones *estables* de modos diferentes.

Tercero, la acumulación autocentrada es la condición *necesaria* para que se exprese la tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Los monopolios y el imperialismo constituyen la respuesta del sistema a esta tendencia a la baja poniendo fin al reparto de la ganancia. Sin embargo, el reflujó de las ganancias proveniente de la periferia en donde el capital fue en busca de una tasa de remuneración más

favorable, por una parte; la baja continua de la tasa de ganancia del centro, paralela a la demanda de los mecanismos de la acumulación autocentrada, por otra, agravan el problema de la *absorción* del excedente. La forma en la que el sistema supera este problema es el capitalismo monopolista de estado, que *organiza* la absorción del *excedente*. El análisis de esta respuesta del sistema a sus problemas exige la introducción de un nuevo concepto: el de *excedente*, más amplio que el concepto de plusvalía.

Un claro ejemplo de la divergencia fundamental que existe entre este último análisis y el del marxismo dogmático es sugerida por la discusión relacionada con la obra de Baran y Sweezy. Continuamos pensando que se trata aquí de un aporte importante que integra los nuevos hechos esenciales relativos a la manera por la cual el sistema supera, en nuestra época, en su centro, la contradicción fundamental, permanente y creciente entre la capacidad de producir y la de consumir.

Por consiguiente, pensamos que la ley de la tendencia al alza del excedente, que es el resultado de la política del estado y de los monopolios en la época del capitalismo monopolista contemporáneo, no está en modo alguno en contradicción con la ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia por el contrario, es su expresión en el sistema de nuestra época. Sin embargo, ciertos comentaristas se han sublevado contra la aportación de Baran y Sweezy. ¿Por qué? Porque es incómoda, ya que demuestra que el sistema *puede* funcionar (y sin embargo nada más evidente). Se prefiere la visión religiosa y tranquilizadora de la catástrofe apocalíptica y de la edad de oro realizada milagrosamente de un solo golpe a la inquietante, en la que las condiciones permanentemente cambiantes obligan a renovarse sin cesar.

Por otra parte, el procedimiento utilizado por Ernest Mandel para "refutar" a Baran y Sweezy es característico. En lugar de hacer un análisis interno del sistema criticado para descubrir en él las incoherencias, si es que las hay, Mandel se contenta con calificar a nuestros autores norteamericanos de "keynesianos". Y ello porque los autores mencionados toman en serio la crítica de Keynes, ya que han visto que la aparición de Keynes reflejaba la necesidad de la teoría de encontrar una explicación a hechos importantes. Ahora bien, haciendo precisamente una crítica profunda de Keynes, se descubre a la vez el problema (el de la absorción del excedente en la época de los monopolios) y la respuesta a dicha cuestión; se descubre que la teoría keynesiana de la liquidez esconde

el verdadero problema, el de la contradicción entre la capacidad de producir y la de consumir, que no puede ser entendida sino a partir de la teoría del modo de producción capitalista; y también se descubre que es necesario investigar en otra dirección que Keynes para saber cómo supera el sistema esta contradicción, cosa que hacen Baran y Sweezy y que los ha llevado al análisis de los métodos de absorción del excedente. Rechazando este tipo de crítica, Mandel se condena a convertirse en algo realmente sin interés. Ya lo ha hecho al haber eludido los *nuevos* problemas que se plantean, contentándose con hacer una vulgarización de Marx. Es por lo que sin duda su "Manual" se parece, como un hermano, al de la Academia soviética: la única diferencia es que Mandel yuxtapone a la vulgarización de *El Capital* una diatriba contra la burocracia soviética en tanto que los autores rusos yuxtaponen de la misma manera, en el mismo tipo de vulgarización, la apología de su propio sistema. El trotskismo es rico en actitudes de este género, por lo que es un verdadero hermano gemelo de la ideología soviética oficial; igualmente dogmática.

Volveremos a abordar todos estos problemas en las secciones que siguen.

III

LAS CONDICIONES DE LA ACUMULACIÓN AUTOCENTRADA: EL PAPEL Y LAS FUNCIONES DEL SISTEMA MONETARIO

La teoría monetaria es el terreno predilecto de una "ciencia económica" que no ataca más que falsos problemas, porque está afectada del mayor vicio: el "economicismo". Pues como la moneda, oculta las relaciones esenciales, las relaciones de producción (cuyo análisis científico exige el rebasar de la "ciencia económica" por una ciencia social total) —para poner por delante las relaciones superficiales— las relaciones de intercambio. Es por lo que todas las teorías monetarias no-marxistas, antiguas y contemporáneas, están en última instancia basadas sobre el falso postulado de cuantitativismo: los "refinamientos" del análisis keynesiano de la liquidez y de los neo-marginalistas de Chicago no han hecho salir la teoría monetaria de su marco esencial falso. En realidad, el sistema bancario no ejerce más que una función "pasiva" de ajuste de la cantidad de moneda a la necesidad. Si ejerce también una función "activa" en

el mecanismo de la acumulación (en el proceso de realización de la plusvalía), esta función no ha sido puesta en duda por la teoría monetaria corriente.

Si en el terreno monetario hay un punto débil de la teoría económica corriente, es que dicho propiamente, la teoría subjetiva del valor no puede dar respuesta a la cuestión del valor de la moneda más que de una manera tautológica (¡el valor de la moneda es el de los bienes que permite adquirir!) o recurriendo al subterfugio de "la liquidez" que encubre otro razonamiento tautológico (decir que la moneda extrae su valor de su carácter "líquido", es decir, de su carácter de moneda, es hacer un llamado a la "virtud dormida"...). Es por lo que el marginalismo y el neo-marginalismo están en contra de recurrir a la teoría cuantitativa de la moneda.

No es sorprendente el que la moneda se haya convertido en el centro de las muy frecuentes ilusiones, especialmente de la ilusión de una "dirección" de la coyuntura, de precios, del equilibrio exterior, etcétera. Y al mismo tiempo, evidentemente es siempre la contrapartida de tales ilusiones, el verdadero papel de la moneda en el mecanismo de la acumulación es eludido por una "teoría" que se escapa por la dirección de las discusiones bizantinas y de las observaciones cuantitativas tan desordenadas como numerosas.

Trasplantada a la situación de los "países subdesarrollados" la "teoría monetaria" da entonces resultados muy curiosos. Se parte en una guerra violenta contra los llamados "mecanismos monetarios perversos" que serían peculiares a los sistemas monetarios de los "países subdesarrollados", pero se callan los caracteres particulares verdaderos del sistema, que de otra parte no hacen sino traducir al plan monetario las dependencias fundamentales que se sitúan en otro nivel. Si se quiere comprender el papel y las funciones de la moneda en las formaciones periféricas del capitalismo, es necesario para empezar, dilucidar la cuestión de las funciones de la moneda en el mecanismo de la acumulación en el modo de producción capitalista "puro", que es el objeto de esta sección.

La moneda cumple cuatro funciones esenciales: la de ser el instrumento de medida del valor, la de ser el instrumento concreto de la circulación, la de ser el instrumento privilegiado del pago liberador, y por último, la de ser el instrumento de reserva del valor. El marginalismo insiste sobre el papel de la moneda como medio de circulación a partir del cual las otras funciones se derivan. El pensamiento keynesiano insiste sobre la función "medio de ate-

soramiento" (de allí la preferencia para la liquidez) considerándola como la más específica de la moneda. Rist y Nogarón no dan preeminencia a una más que a otra de las funciones, queriendo con ello ser positivos y empiristas. Los contemporáneos (Lindhal, Myrdall, Lundberg, Harrod) atribuyen a las dos funciones un papel complementario más que secundario en los mecanismos de la acumulación, en tanto que la escuela de Chicago con Milton Friedman retorna al cuantitativismo. Marx ocupa —con Schumpeter, y éste, parcialmente— un lugar muy particular, es el único en haber abierto la vía a una verdadera discusión del papel de la moneda en la acumulación (en la realización del producto).

Del pensamiento clásico a Keynes y Milton Friedman.

Paradójicamente el pensamiento económico calificado por Keynes de "clásico", como el pensamiento keynesiano de otra parte, atribuye en los mecanismos del desarrollo económico un papel decisivo a la tasa del interés y un papel muy secundario al sistema bancario.

El ahorro y la inversión son, en los autores contra los cuales Keynes se lanzó, datos reales de la economía. Sin embargo la forma monetaria en la cual estas cantidades se expresan agrega a las causas reales de desequilibrio posible una nueva causa de mal ajustamiento. Existe una "tasa natural" de interés que realiza el equilibrio económico. La cantidad de ahorro oferta tomada cuenta de la "preferencia para el presente" es, en esta tasa, igual a la cantidad de inversión perdida, tomada cuenta de la productividad del capital. Tal sería la razón real profunda que daría el equilibrio posible entre la oferta del ahorro y la demanda de inversión.

Pero independientemente de que este análisis sea una tautología ya que ni Fischer ni Böhm-Bawerk han establecido la existencia de la productividad del capital sobre otras bases que la "preferencia para el presente", de tal modo que la tasa natural de interés no es más que la tasa de depreciación del futuro, el mecanismo de la determinación del interés "natural" en el punto donde las curvas de la oferta y la demanda de ahorro se cortan no explica en realidad nada. Keynes lo mostró mientras que la demanda de capital se desplaza (una innovación exige inversiones mayores) los ingresos cambian y así también la oferta de ahorro. Recurriendo a la historia para resolver el problema —la oferta de capital ahora está

determinada por la distribución y el volumen de ingresos de ayer— se escamotea la dificultad lógica.

Como quiera que sea, los primeros marginalistas no prestaron ninguna atención a las condiciones monetarias. No se necesita agregar que las condiciones monetarias hacían "tender" la tasa del mercado monetario hacia la "tasa natural". Pero no se sabe de cierto cómo. Wicksell iba a inaugurar una nueva era al mostrar cómo los procesos acumulativos en los mecanismos bancarios permitían a la tasa monetaria alejarse de la tasa natural. Este análisis retomado ulteriormente por Myrdall, Keynes y Cassel ha servido para explicar los ciclos.

En todos estos razonamientos, la hipótesis subyacente es que la tasa de interés determina tanto el volumen del ahorro como el de la inversión. Pero esto no es nada. El ahorro depende esencialmente del volumen absoluto y relativo de los ingresos de la propiedad, la inversión no responde más que poco a las variaciones de "i", y depende esencialmente del grado de correspondencia entre la capacidad de producir y la capacidad de consumir.

En Keynes se encuentra esta misma paradoja entre el papel excesivo atribuido a la tasa de interés y el papel pasivo dado al sistema bancario. El desequilibrio entre el ahorro y la inversión es atribuida finalmente a la preferencia por la liquidez que impide a la tasa de interés bajar más acá de este lado de un nivel mínimo: la tasa de interés está determinada por el estado de preferencia por la liquidez, tomada cuenta del volumen monetario ofrecido por los bancos (pues "el interés es monetario exclusivamente", dice textualmente Keynes). A continuación, las fuerzas de equilibrio determinan esos precios relativos que las eficacias marginales de los diferentes capitales sean iguales a la tasa. A partir de este momento no hay más diferencia entre "i" y la eficacia del capital y en consecuencia más inversiones netas. Se ha logrado el estado de equilibrio de la escuela sueca en la que la tasa monetaria siendo igual a la tasa natural de las ganancias son nulas. Pero evidentemente este equilibrio quizás podría ser un equilibrio de sub-empleo. La razón por la que puede ser forzosamente así es que —cualquiera que sea el volumen monetario la tasa de interés no puede— a causa de la preferencia por la liquidez, descender más allá de un cierto nivel. El sistema bancario es en tal caso totalmente ineficaz. Es por lo que numerosos keynesianos condenan la política de expansión monetaria que, desde cierto punto (mientras la tasa de interés ha alcanzado

su nivel mínimo) no puede engendrar más que inflación, igualmente en ausencia de pleno empleo.

Todo este análisis reposa sobre la noción de la preferencia por la liquidez, es decir, sobre la noción de propensión a atesorar. Pero ¿tal propensión existe verdaderamente en el modo de producción capitalista? Y para ello, en principio, ¿qué significa “la necesidad de liquidez”? De una parte es la necesidad de moneda para financiar las transacciones corrientes. ¿Hasta qué punto un empresario está dispuesto a pagar fondos necesarios para asegurar su producción corriente? Evidentemente hasta el punto en que los cargos de esta tasa redujeran su ganancia a nada. Todavía el análisis ricardiano se prueba más realista que el de los marginalistas. Por otra parte, es la necesidad de moneda para su atesoramiento. Pero en una sociedad capitalista no existe la propensión a atesorar por dos razones fundamentales. Una vez que los ahorros-reservas necesarios son constituidos, el empresario no desea atesorarlos. El desea ahorrar para invertir. Si atesora es porque está obligado, pues cuanto más reditúe la inversión él agranda su empresa. La cuestión es saber por qué la tasa de interés no puede bajar más allá de un nivel mínimo, y por qué el nivel de eficacia marginal del capital puede caer tan bajo. Sobre este punto las explicaciones de Keynes son extremadamente vagas.

Pero lo que es más engañoso en Keynes es que el sistema bancario aparece como ineficaz no solamente en un cierto momento, sino siempre. Se podrá pensar que la moneda juega un papel pasivo en el sentido de que su oferta se adapta a la necesidad de liquidez. Keynes considera que esta oferta es rígida. Es esta rigidez la que frente a una demanda fluctuante, determina las variaciones corrientes de la tasa de interés. Ciertamente que las variaciones de esta tasa son debidas, a veces, a la adaptación de la cantidad de moneda a la demanda. Pero estas dificultades son temporales y no pueden explicar el nivel medio de esta tasa sobre un largo periodo: “allí donde Keynes habla de adaptación de la demanda monetaria a la oferta disponible hay sobre todo, realmente una adaptación de la cantidad de moneda a la demanda”. La concepción “pasiva” de la moneda (en este sentido y no en el que da Say) es opuesta a la del cuantitativismo. Por el contrario, la rigidez de la oferta de moneda en Keynes, su no-adaptabilidad automática a la demanda, ha hecho caer a este autor en el cuantitativismo.

*La función pasiva del sistema monetario:
el ajuste de la emisión a las necesidades*

El primer problema que se plantea es el de saber cómo se hace la adaptación de “MV” a “PT”. El ahorro global no constituye una masa homogénea, es necesario distinguir el ahorro creador constituido por la cantidad de moneda puesta de lado por los empresarios en vistas a la ampliación ulterior de la producción y el ahorro reservado, constituido por las cantidades de moneda puestas de lado, ya sea por los consumidores en vista de un consumo futuro de bienes de consumo finales, o ya sea para los empresarios en vistas de financiar todos los gastos productivos necesarios para asegurar la producción actual del sistema y su derrame normal.

Es esta cantidad de liquidez la que constituye una primera necesidad social de la moneda. El sistema bancario —por el crédito a corto plazo— adapta la cantidad de moneda en circulación a esta necesidad. Es en efecto la demanda de los empresarios que los bancos comerciales les adelantan créditos a corto plazo, es decir, lanzan en el circuito económico los billetes de banco y la moneda escriturada. Estos créditos no sirven para otra cosa que para financiar el funcionamiento corriente de la economía, es decir, repartir en el tiempo las entradas y salidas de fondos de los empresarios.

Toda la cuestión radica ahora en saber si esta necesidad social de moneda está predeterminada, es decir, tomando en cuenta las costumbres de pagos estables (lo que es verdad en el corto periodo, a largo plazo el mejoramiento de las técnicas bancarias acelera justamente la velocidad de circulación de la moneda ante la necesidad creciente de este instrumento), si el monto del ingreso nacional está predeterminado, dicho de otro modo, si el nivel de la actividad y el de los precios lo son. Si, en efecto, los bancos pueden modificar por inyección o exacciones monetarias estos niveles, decir que el sistema bancario ajusta la cantidad de moneda a la necesidad no tiene sentido.

Todavía aquí, se trata de saber si fundamentalmente el nivel de la actividad y el de los precios están determinados por la cantidad de dinero o si dependen en definitiva de otros cálculos económicos. Keynes afirma que la cantidad de dinero cumple la función de primera variable, autónoma. Esta hipótesis no está fundamentada. Pero hay algo peor: ¿qué fuerzas determinan el nivel de la eficacia marginal del capital? Keynes calló sobre este punto. De he-

cho esta eficacia que no es otra que la rentabilidad de las inversiones está relacionada directamente con el grado de correspondencia entre la capacidad de producir y la capacidad de consumir de la sociedad; si nunca la capacidad de producir resultara superior a la capacidad de consumir, la rentabilidad de las inversiones no tardarían en ser nulas, de suerte que, cualquiera que sea el nivel de la tasa de interés, habrá contracción de la actividad económica.

Fundamentalmente el nivel de la actividad depende de otra cosa que la calidad de la moneda. ¿Es el mismo nivel de los precios?

El cuantitativismo liga mecánicamente el valor de la moneda a su cantidad. Pero este nexo mecánico de la educación de Fischer ha sido abandonada ahora, todo rasgo del cuantitativismo ha sido desenraizado de la teoría. Se trata de saber si el cuantitativismo ha mostrado la relación con la teoría objetiva del valor. Así Mises afirma que mientras "M" aumenta ello significa que ciertos ingresos han aumentado y como la utilidad marginal de la moneda para los individuos baja mientras el ingreso aumenta los precios suben. El razonamiento ¿es totalmente sólido? Mientras "M" aumenta, generalmente la producción ha aumentado, pues la moneda suplementaria ha penetrado en la economía de los canales concretos. A una mayor demanda se opone una oferta mayor.

Aparentemente la teoría económica se ha dirigido por una vía totalmente nueva: la del estudio de la función de "satisfacción de la necesidad de liquidez" que cumple la moneda.

¿Del análisis de la liquidez ha sido eliminado radicalmente el cuantitativismo? Se puede dudar de ello. En el modelo keynesiano la oferta de dinero y la tasa de interés están dados, el nivel de la preferencia por la liquidez determina la parte de moneda que será atesorada (y por diferencia, la parte que será "activa"). Como la tasa de interés determina el volumen de la inversión (porque la eficacia marginal del capital es una variable independiente que no depende de la cantidad de moneda), y por ello el del ingreso nacional, se tienen todos los cálculos del sistema económico a excepción del nivel general de precios que debe ser determinado según la fórmula cuantitativa, por la relación entre el ingreso nacional real y la cantidad de moneda activa. Keynes es, si puede decirse, cuantitativista de segundo grado. Es por lo que, mientras el efecto de la preferencia por la liquidez deja de hacerse sentir, se cae en el cuantitativismo puro y simple. Esta óptica en que la cantidad de moneda oferta es un cálculo al que se adaptan los otros (la cantidad de moneda determina en Keynes a la vez el nivel del ingreso na-

cional y el del precio en lugar de determinar este último solamente como lo hicieron los "clásicos") en lugar de ser una variable dependiente de la demanda de moneda, es decir del nivel del ingreso y de los precios, ha facilitado la reintegración del sistema keynesiano en el sistema clásico. Esta reintegración, hecha por Modigliani en un modelo general, se hace merecedora de todos los reproches hechos por Nogaró al método "matemático" y a la teoría cuantitativa. De hecho, una posición anticuantitativista es incompatible con toda la teoría del equilibrio general pues hace falta una variable independiente en el sistema. La escuela de Chicago, con Milton Friedman, prepara este regreso al cuantitativismo. Ésta ha conducido pues, si se le admite, al postulado cuantitativista, a orientar toda la investigación en la única dirección de un empirismo que se condena a no ver lo que las apariencias permiten: la investigación de correlaciones inmediatas entre la cantidad de moneda y las diversas variables del sistema ("el ingreso permanente"), el análisis "psicológico" del "deseo de cobro" y todos los demás problemas falsos, porque son problemas mal expuestos.

Si se rechaza toda la forma de cuantitativismo, el problema de la determinación del valor de la moneda permanece completo. En estas condiciones está permitido distinguir dos casos: el de una moneda convertible en oro y el de una moneda no-convertible. En el primer caso es cierto que el costo de producción del oro juega un papel decisivo en el mecanismo de la determinación del nivel general de precios. Si por el contrario, la moneda no es convertible, la barandilla que constituye el valor del oro no existe más. Hasta la expansión de los créditos no podía "rebasar" las necesidades puesto estos créditos ofrecidos no eran demandados por los empresarios. Es únicamente bajo la forma de una distribución de poder de compra sin una contrapartida real (emisión de papel moneda en caso de guerra, por ejemplo) que la cantidad de dinero podía ser aumentada. El alza de precios (proveniente del desequilibrio ingresos-producción y no de la cantidad moneda) obliga a abandonar la convertibilidad. Mientras el sistema bancario no compra más oro a precio fijo, la expansión de los créditos o la emisión del poder de compra pueden ser ilimitados ya que traen en el movimiento general de alza el precio del oro. La dependencia fundamental en la que la oferta de moneda se encontraba con respecto de la demanda parece, pues, abolida.

La inflación de créditos se ha hecho posible, al menos en el interior de un sistema monetario nacional autónomo. Sin embargo,

como la inflación lleva modificaciones de la balanza exterior (normalmente un déficit de ésta), y que —en escala del sistema capitalista mundial— el oro es el medio de pago en último recurso, la política económica nacional de un país puede entrar en conflicto con la de otros. Se tendrá la oportunidad de desarrollar más adelante este importante aspecto de las contradicciones contemporáneas del sistema, que refleja un conflicto esencial entre el nivel mundial de las fuerzas productivas y el carácter nacional de las instituciones y del marco político y social.

*El papel de la moneda en el proceso de la acumulación:
la función "activa" del sistema monetario*

Acabamos de ver que el sistema monetario cumple pasivamente una función "técnica" importante: la de ajustar la oferta de moneda a la necesidad (a la demanda) expresada en un "estado de equilibrio", es decir, en la hipótesis de la reproducción simple. El sistema monetario cumple otra función, mucho más decisiva, aunque totalmente negada por las teorías convencionales: la de permitir la reproducción ampliada. Llamaremos a esta función, la función "activa" de la moneda, llamando por este medio la atención sobre el papel activo de las instituciones monetarias que cumplen la función de la *planificación* y que previendo el futuro, ajusta dinámicamente la oferta a la demanda.

En efecto, la acumulación capitalista exige una cantidad creciente de moneda no solamente porque el producto nacional bruto aumenta, sino también porque, para que la transformación del ahorro en inversiones pueda realizarse, hace falta constantemente que la *nueva* moneda sea lanzada a la circulación *antes* que el producto nacional bruto haya aumentado. La nueva inversión —en el momento que se hace— no ha vendido todavía, ya que todas las ventas existentes en un momento dado no pueden rebasar el volumen de la producción en este momento. Pero creará ésta nueva salida ampliando la producción. Sin embargo, para invertir, el empresario tiene necesidad de ser el poseedor de sumas monetarias. Parece ser que un mercado previo debe permitirle el vender la parte de su producción, cuyo valor está destinado a la ampliación de la producción a fin de "realizar" bajo la forma monetaria su "ahorro-economía", es decir su capital adicional. El problema parece insoluble pues el empresario no puede encontrar tal mercado, ya

que las ventas existentes en el momento en que el empresario quiere vender no pueden rebasar el volumen de la producción actual y será necesario que el empresario encuentre ahora venta igual al volumen de la producción de mañana. En realidad, basta que una cantidad suplementaria de moneda igual al valor destinado para la acumulación que creará el día de mañana su salida llegue ahora, por el medio que sea, a las manos del empresario.

El problema decisivo es el planteado por Rosa Luxemburgo, que se refiere a los mercados previos. Analizando los esquemas de la reproducción ampliada en Marx, Rosa Luxemburgo cree descubrir que el equilibrio dinámico no es posible más que si existen los *mercados exteriores* (exteriores al modo capitalista) primeros y en consecuencia el modo capitalista debe, una vez que haya "conquistado" la totalidad del mundo, encontrarse ante un obstáculo infranqueable, y entonces se hundirá, por sí mismo. El error de Rosa Luxemburgo está precisamente en que ella no toma en cuenta el rol de la moneda como medio para restablecer el equilibrio dinámico.

Para este efecto volvemos a tomar el ejemplo mismo de Marx, referente a un modelo de reproducción ampliado en el que la mitad de la plusvalía producida en el sector I (producción de medios de producción, indicada por el índice 1) y un quinto de la producida en el sector II (producción de bienes de consumo) son "ahorrados" en el curso del primer período, para ser invertidos al principio del segundo, por adición al capital constante (c) y al vaptal variable (v) en proporciones idénticas a las del primer período. Se trata por tanto de un modelo extensivo de reproducción ampliada, sin progreso técnico (sin modificación de la composición orgánica c/v de cada una de las ramas de un período al otro), que es posible gracias a una ampliación de la fuerza de trabajo.

Para el primer período tenemos:

$$\begin{aligned} \text{I } & 4000 C_1 + 1000 V_1 + 1000 S_1 (400 Sc1 + 100 Sv1 + 500 S'_1) \\ & = 6000 M1 \\ \text{II } & 1500 C_2 + 750 V_2 + 750 S_2 (100 Sc2 + 50 Sv2 + 600 S'_2) \\ & = 3000 M2 \end{aligned}$$

Hemos descompuesto en sus tres elementos la plusvalía generada en cada rama: ahorrada en vista de una acumulación en la misma rama realizada bajo la forma de una inversión ulterior en medios de producción (Sc), ahorrada en vista de una compra ulterior de

fuerza de trabajo suplementaria (Sv) y consumida (S'). Estos elementos están escritos entre paréntesis.

La producción de medios de producción en el curso de este período (6000) excede la demanda de estos medios que se expresa en el curso de este mismo período (4000 + 1500) del total de la plusvalía producida y no consumida (500). De la misma manera la producción de bienes de consumo (3000) excede la demanda que se expresa en el curso de este período (1000 + 750 + 500 + 600) del monto de la plusvalía producida en II y no consumida (150).

Pero en el curso del período siguiente las ecuaciones de equilibrio se convierten en:

$$\begin{aligned} \text{I } & 4400 C_1 + 1100 V_1 + 1100 S_1 \\ \text{II } & 1600 C_2 + 800 V_2 + 800 S_2 \end{aligned}$$

Más allá de la simple renovación de los medios de producción, la demanda de extensión del aparato productivo, al principio del segundo período absorbe el excedente de producción de I durante la primera fase. En efecto:

$(4400 + 1600 - 4000 + 1500) = 500$. Por lo mismo esa demanda de bienes de consumo resultantes, en el curso del segundo período, de un aumento de la fuerza de trabajo ocupada, absorbe el excedente de producción del primer período, donde $(1100 + 800 - 1000 + 750) = 150$.

De esta forma una parte de la producción del primer período es absorbida durante la siguiente y así por lo demás.

Se observará que las hipótesis del ejemplo de Marx —tasa de acumulación diferente de una rama a otra y composiciones no cambiadas— ya no son necesarias. Ana María Laulagenet mostró en un modelo general, que el equilibrio dinámico es posible si son respetadas ciertas proporciones, haciendo la hipótesis de una tasa de acumulación igual de una rama a otra y composiciones orgánicas que se elevan progresivamente de un período a otro.

Este modelo demuestra que no hay tal problema de "los mercados exteriores necesarios", sino solamente un problema de *crédito*: los empresarios deben disponer en el curso de un período, de medios monetarios que no recuperarán sino hasta que su producción pueda llevarse a cabo en el curso del período siguiente. Esta realización será posible si ciertas proporciones (entre M1 y M2, C1 y C2, etc...) son respetadas de un período a otro.

Si en el curso del segundo período, son respetadas estas proporciones, podrán reembolsar al fin de dicho período los anticipos obtenidos a condición de que el sistema monetario les haga un nuevo adelanto, superior al precedente, correspondiente a las exigencias del equilibrio durante el período 3, etc...

El equilibrio dinámico es posible sin mercados exteriores, a condición de que una cantidad de moneda siempre creciente (en razón a los precios constantes) sea inyectada en el sistema. Esta cantidad de moneda nueva llega al empresario ya sea gracias a la producción de oro, o al sistema bancario. El análisis de los canales de penetración de este oro suplementario fue hecho por Marx hace un siglo. No volveremos a este punto. Diremos solamente que la producción de oro nuevo permite una venta especial: el productor de oro compra con sus ganancias que tienen forma metálica, productos a los otros empresarios sea para su consumo, sea para ampliar su industria. Los empresarios pueden así vender su "plusproducto" (en el cual está cristalizado su ahorro real) y concretar bajo forma monetaria el valor destinado a la ampliación de su industria. Con este dinero pueden comprar los medios de producción y contratar obreros. El mercado existía potencialmente, pero faltaba un mecanismo monetario particular que permitiera al empresario obtener hoy bajo forma monetaria, el beneficio del mercado que sería creado después por esta inversión hecha posible, gracias a esta técnica monetaria. Los bancos crean hoy ex-hilo la cantidad de moneda suplementaria a través del canal del crédito. Schumpeter ha mostrado perfectamente cómo esta moneda puesta a disposición de los empresarios permite la ampliación de la producción. Pero tampoco es fundamental este servicio brindado por el sistema bancario, y que en este sentido no es "pasivo". En efecto, no es sino hasta que la inversión crea su mercado que el adelanto puede ser reembolsado. Profundas razones reales pueden hacer que esto no sea así, y en este caso la emisión de moneda no resuelva el problema de la ausencia de mercado para la producción suplementaria.

De golpe el sistema monetario cumple una función delicada, vigila para contener las "previsiones" de los empresarios en un marco "razonable", calcula las oportunidades del equilibrio dinámico. Cumple pues, la función de planificador que vela por el mantenimiento de los equilibrios sectoriales en dinámica. Esta es la razón por la que el modo capitalista ha inventado desde su origen, la *centralización del crédito*. El crédito existía ya desde antes del capitalismo: pero éste ha organizado la centralización bancaria, generalizando el

uso de la moneda escriturada, instituyendo un sistema centralizado a nivel nacional de la emisión fiduciaria. No es por casualidad que el único sector centralizado en el modo capitalista desde el siglo XIX haya sido precisamente el sector monetario: lo que era una exigencia esencial de la acumulación.

Las condiciones de funcionamiento del sistema monetario contemporáneo: la inflación rampante.

La inflación y el alza de los precios

El cuantitativismo afirma que sólo el aumento del volumen monetario puede determinar una alza general de precios. Los hechos históricos, examinados apresuradamente, parecen justificar el cuantitativismo. Por tanto la baja del costo real de producción de oro debida al descubrimiento de minas más ricas explica correctamente los grandes movimientos de precios del siglo XIX. Después de 1914 Aftalión mostrará que la tasa de intercambio puede igualmente determinar los movimientos generales de los precios. Mientras tanto, se admite que una alza general de precios puede encontrar su causa en la rigidez de la oferta debida a cualquier "cuello de botella" frente a una demanda monetaria global en expansión. Una situación semejante es frecuente en tiempos de guerra, de preparación para la guerra o de reconstrucción, cuando la producción de bienes de consumo es limitada (o funciona en condiciones de costos crecientes), en tanto que los ingresos sin una contrapartida real son distribuidos por el estado. Se sostiene igualmente que la simple lucha a la que los grupos sociales se enfrentan por el reparto del ingreso nacional puede, en determinadas condiciones, mientras los mecanismos de la competencia funcionan mal, crear un clima de alza general. En todos los ejemplos la expansión monetaria sigue —y no precede— al alza de los precios.

En estas condiciones, quizás por el temor de parecer contrario a la teoría cuantitativa, se ha olvidado el único caso que había ocupado antaño a los economistas: el caso en el que la omisión monetaria, rebasando el volumen de las necesidades, obstruía los canales de la circulación y determinaba una alza de precios. Este caso es el único que merece ser calificado de inflación, porque las alzas de precios son de origen monetario al contrario de los otros casos de alza de precios cuyo origen no es monetario.

En estas condiciones se puede ver que la inflación es imposible en el marco de la convertibilidad oro. Puede muy bien haber alzas

generales de precios, seguidas de una baja en el costo relativo de la producción del oro, o bien de una alza de los costos reales de producción (en caso de guerra y de penuria por ejemplo), pero no se puede concebir que haya obstrucción de los canales de la circulación. En efecto, los créditos son acordados por el sistema bancario por la demanda del público. Estos créditos sirven para financiar las nuevas inversiones o bien éstas crean su mercado y los deudores pueden reembolsar a los banqueros (y en este caso no hay alza de precios, pues la producción ha aumentado en la misma proporción que el ingreso distribuido), o bien no lo crea y hay crisis. En la medida en que la banca no quiere suspender la convertibilidad, rehusará acordar créditos de un cierto límite, porque sabe que por razones reales de desequilibrio entre la producción y el consumo, la nueva inversión más allá de cierto punto no puede ya crear su propio mercado, aunque el deudor esté listo para pagar una tasa de interés elevado.

En cuanto al oro, no obstaculizará los canales de circulación. Si el ritmo de producción de oro se acelera entonces, o bien la Banca Central que compra este oro a precio fijo ve aumentar sus reservas —sin que por ello sus créditos aumenten— o bien los atesoradores compran este oro para satisfacer sus necesidades. De todos modos el oro ha sido lanzado al circuito por los productores que lo venden.

No hay pues, en este caso, inflación aunque existen movimientos generales de precios (principalmente en el curso del ciclo), y aún menos la hay cuando la convertibilidad está suprimida.

Los monopolios, la supresión de la convertibilidad y la inflación rampante

Fundamentalmente son las modificaciones de las condiciones de la competencia las que han cambiado la marcha del movimiento general de precios. En el siglo XIX, en la medida en que la competencia era la ley y el monopolio la excepción, un empresario no podía elevar sus precios, pues hubiera perdido a su clientela. En estas condiciones los bancos no podían poner en circulación "demasiado crédito" porque 1) los empresarios que prevenían alza de precios no tenían necesidad de liquidez suplementaria, y 2) la banca central, preocupada por salvaguardar la convertibilidad, impedía a los bancos comerciales concertar créditos más allá de la necesidad de liquidez. La convertibilidad no podía ser pues suspendida más que en

casos excepcionales, de guerra, por ejemplo, mientras el estado emitía poder de compra en papel moneda sin equivalente real.

Más que esto, la competencia, generalizando las nuevas técnicas, determinaba una baja de los costos reales que debería traducirse en una tendencia secular a la baja. Esta tendencia netamente marcada, es contrarrestada por presiones de alza general de duración generalmente más corta, explicadas por las bajas brutales del costo de producción de oro. Si se examina la curva de precios al mayoreo de 1800 a 1900, no se distingue para nada el "ciclo largo" que Kondratieff hizo surgir por medio de hábiles manipulaciones estadísticas. Esto no significa de ningún modo que en ciertos períodos, habiendo sido más frecuentemente interrumpidos por guerras, no haya habido una cierta tendencia a la alza, debida principalmente a la alza de los costos reales que una situación semejante engendra que vino a contrarrestar la tendencia general a la baja que constituye el telón de fondo de todo este siglo. En otras épocas una poderosa ola de innovación ha podido, por el contrario, acelerar el movimiento de baja. Los períodos de alza, deben ser explicados por una exposición histórica y no cuantitativa general.

En el siglo xx las condiciones han cambiado: los monopolios dominan las ramas esenciales de la producción y no son obligados a bajar sus precios. La competencia opera de otra forma. Es pues, la resistencia de los precios a la baja, en las condiciones de nuevas estructuras la que ha hecho fracasar el retorno al patrón oro después de la primera guerra mundial. La primera ola de dificultades traería consigo definitivamente la convertibilidad oro.

En lo sucesivo ninguna barrera detiene el alza de los precios. ¿Quiere decir que esta alza va a ser continua? No, porque si los empresarios desean aumentar los precios, deben recurrir a los bancos para que éstos aumenten el volumen de crédito que les conceden. Habiendo sido suprimida la convertibilidad, la banca central puede aceptar o rehusar esta política. En este sentido, restringir *la dirección de la moneda y del crédito se ha convertido en una realidad desconocida en el siglo anterior.*

Pero en los casos en que la banca central acepta plegarse a los deseos de los empresarios, ¿será indefinida el alza de precios? Deberíamos preguntarnos ¿por qué los monopolios no desean aumentar constantemente los precios? ¿Por qué después de 1914 el alza no es continua? ¿Por qué los períodos de estabilización de los precios siguen a los períodos de alza fuerte (por supuesto, fuera de los períodos en los que el alza debe atribuirse a causas reales: elevación en

los costos de producción, desproporción entre los ingresos monetarios distribuidos y la producción, engendrados principalmente por la guerra)? Si el alza de precios no es indefinida es porque existe un nivel del salario que asegura la venta de la producción a un precio que permite la ganancia máxima. En el siglo anterior, el salario constituía una cifra dada como los precios, sobre la que el empresario, aislado de sus competidores, no podía hacer nada. Ahora no es lo mismo: el monopolista trata de actuar sobre las dos cifras antes independientes. En la medida en que los obreros rehusan ver su ingreso real disminuido para ser ajustado a este nivel, "la inflación salarial" es inevitable. ¿Entonces, a quién atribuir la responsabilidad del alza de los precios? ¿A los obreros que se niegan al ajuste de los salarios al nivel más conveniente para los empresarios? ¿O a los empresarios que rehusan ajustar sus ganancias al nivel de los salarios aceptado por los obreros?

La lucha de clases por la repartición del ingreso se desarrolla en nuestros días en un marco que institucionaliza la confrontación entre los monopolios y los sindicatos. En la medida en que la clase obrera acepte las "reglas del juego", es decir, la ideología de la social-democracia, el ajuste del salario real a un cierto nivel (que se ha visto era objetivamente necesario para asegurar el equilibrio del crecimiento autocentrado), en ese momento se convierte en el objeto de un contrato social. Este ajuste es obtenido por aumentos regulares del salario nominal. Si estos aumentos son muy grandes, pero solamente en este caso, provocarán alzas de precios. "La inflación rampante" constituirá por tanto, la forma de expresión de las leyes fundamentales del equilibrio del crecimiento autocentrado de nuestra época. Inflación rampante continua que será interrumpida por períodos de inflación viva, mientras que el contrato social mencionado será difícil de obtener. El sistema exige evidentemente la supresión de la convertibilidad oro y el reajuste del valor exterior de la moneda cuando los ritmos de inflación han sido más vivos que en el extranjero.

IV

LA FORMA DE LA ACUMULACIÓN AUTOCENTRADA: DEL CICLO A LA COYUNTURA

Las fluctuaciones de la coyuntura —que revistió un funcionamiento cíclico regular como pudo ser o no el caso hasta la segunda guerra mundial, y como lo es después, son las manifestaciones de la

contradicción interna entre la capacidad de producir y la de consumir propia del modo de producción capitalista, contradicción incesantemente superada por la profundización y la ampliación del mercado capitalista. La teoría económica actual excepcionalmente logra dar cuenta de esta dinámica de la contradicción aunque en términos “economistas” estrechos del juego combinado del “multiplicador y del acelerador”, que encubren el origen de la contradicción, que se eleva por encima de las apariencias monetarias de los fenómenos dicha teoría económica conoce entonces, el análisis de Marx, pero una versión mecanicista y simplificada.

La ley histórica de esta contradicción inherente al modo de producción capitalista es que tiende a agravarse (como lo prueba la amplitud excepcional de la crisis en 1930). Pero esta ley tendencial “no conduce al hundimiento catastrófico espontáneo” del sistema, ya que éste puede siempre reaccionar, a través de la organización de los monopolios y la intervención estatal para absorber el excedente en aumento. Las condiciones históricas en el marco de las cuales se desarrolla la acumulación a escala mundial son esenciales desde este punto de vista. La revolución científica y técnica contemporánea así como la integración progresiva de Europa del Este en el sistema capitalista mundial probablemente van a modificar en forma considerable y en un futuro previsible, las condiciones de la acumulación a escala mundial. La extensión del capitalismo a la periferia, el ajuste de la estructura de la periferia a las exigencias de la acumulación del centro (es decir, las formas de la “especialización internacional” entre el centro y la periferia) deben ocupar igualmente un lugar importante en el análisis de la coyuntura.

La forma cíclica de la acumulación se ha convertido muy pronto en objeto de estudios económicos. Pero durante muy largo tiempo, la teoría económica tradicional, habiendo hecho su credo de la ley de los mercados, investigaba la “causa” del ciclo en la moneda, en la psicología del empresario o en las condiciones técnicas de la producción, es decir, en lo que se dio en llamar las variables “exteriores” o “independientes”. Semejante visión era necesariamente superficial. No se penetraba en el mecanismo mismo de la dinámica económica. Resultaba por otra parte una desacostumbrada floración de “teorías” del ciclo. Es verdad que Malthus, Simondi y después y sobre todo Marx, constituyen tres excepciones impresionantes. Pero la validez de la ley del mercado era tan poco puesta en duda que los análisis marxistas permanecieron incomprensidos, mal interpretados y refutados por la crítica marginalista sin un examen verdadero.

Ahora bien, Wicksel ponía en duda a fines del siglo pasado, el dogma de mercados posibles estudiando los movimientos generales de los precios y definiendo las posibles razones de desequilibrios entre la oferta y la demanda globales. Myrdal desde 1936, Keynes en 1920, pero sobre todo en 1936, continuaron esta revisión. Desde entonces, el estudio del ciclo pudo elevarse sobre las banalidades “psicológicas” y “monetarias” para dedicarse al estudio más profundo de los mecanismos que permiten el ajuste del ahorro libre del ingreso global con la inversión exigida por el crecimiento económico.

Hoy se sobrentiende que el ciclo se manifiesta por un desequilibrio entre el ahorro y la inversión, lo que no es más que una forma del desequilibrio general entre la capacidad de producción y la capacidad de consumo de la sociedad. La ironía del destino ha querido que la teoría renovada del ciclo, que por otra parte había concordado con ciertos análisis de Marx, haya sido elaborada durante y después de la segunda guerra mundial, es decir, precisamente a partir del momento en que el mecanismo de la acumulación perdía su forma cíclica. La monopolización de las economías capitalistas y la intervención del estado, hecha posible —y aun necesaria— por esta monopolización que caracteriza al capitalismo contemporáneo, suprimieron la forma cíclica regular propia al siglo que se extiende desde 1825 a 1940. Las fluctuaciones de la coyuntura han ocupado el lugar del ciclo espontáneo. Al mismo tiempo, ya que la política del estado se sitúa en las esferas monetarias y financieras, la teoría de la coyuntura constituye un empobrecimiento en relación a la del ciclo: se cae en las ilusiones monetarias y el pragmatismo empírico de las “políticas del ingreso”.

Las tesis de los años 40 —inspiradas en Keynes— sobre el “estancamiento” y la “madurez”, van en la misma dirección que la teoría del ciclo o de la coyuntura: se apegan al análisis del posible desequilibrio entre el ahorro y la inversión. La crisis de 1929 había sido tan violenta que todas las teorías puramente monetarias, psicológicas o tecnológicas tanto del ciclo como de la tendencia secular entraron en quiebra. Las teorías ulteriores del crecimiento se fijaban como objetivo profundizar el análisis de los mecanismos dinámicos por medio de los cuales la producción, el ahorro y la inversión se equilibran a lo largo de una línea secular ascendente. El progreso del capitalismo occidental después de la segunda guerra mundial ha hecho olvidar estas teorías de la madurez, una vez más con retraso de una época. Apenas se inicia el estudio teórico de los problemas del equilibrio dinámico del crecimiento en nuestra época, que es algo

más que el de una revolución técnica y científica profunda y de grandes modificaciones de relaciones políticas que han caracterizado los cuarenta años últimos.

El desarrollo histórico del capitalismo no se ha llevado a cabo sin fluctuaciones a lo largo de una línea ascendente continua y regular. El crecimiento, por el contrario, ha marchado seguida de fluctuaciones cíclicas a lo largo de una tendencia general ascendente. La *posibilidad* de un continuo crecimiento en una economía capitalista sin mercado "exterior" —es decir exterior al modo de producción capitalista— ha sido demostrado por Marx y más tarde por Lenin, contra Rosa Luxemburgo. El ahorro tomado del ingreso de un primer período que puede ser invertido y crear así su mercado durante un segundo período, profundizando, sin extenderlo, el mercado capitalista. La "ley del los mercados" es válida en este sentido, validez relativa por otra parte, ya que la forma capitalista del desarrollo implica la disociación en el tiempo del acto de "ahorro" y del acto de "inversión". El crédito, el adelanto momentáneo que constituye la conquista de nuevos mercados externos, facilitan la operación fundamental: la inversión real del ahorro monetario. El ahorro real libre del ingreso en el curso del período precedente debe, en efecto, antes de ser invertido, revestir la forma monetaria. La producción de oro en el siglo XIX y el actual sistema bancario permiten el desarrollo de esta operación previa.

La afirmación esencial de la "ley de los mercados", a saber, la inversión del ahorro que ha logrado revestir la forma monetaria y por la que debe necesariamente pasar, se realiza automáticamente, gracias al mercado financiero, es profundamente errónea. La inversión *puede crear* su mercado, pero puede, igualmente no lograrlo. La esencia de la teoría del ciclo consiste justamente en establecer las *condiciones* en las que la inversión *no consigue* crear su propio mercado.

La moneda da al sistema económico una flexibilidad incontestable. Igualmente le da la posibilidad de trastornarse por un desequilibrio entre la oferta y la demanda globales. La moneda, al permitir la separación en el tiempo del acto de ahorro y del acto de inversión, crea la posibilidad de crisis. ¿Es por ello la responsable final? Si fuera así, sería necesario explicar por qué este desequilibrio es periódico y no crónico, por qué es periódicamente superado, y sobre todo por qué, el fenómeno cíclico es propio del modo de producción capitalista y no de los otros modos de producción que utilizan la moneda, como la economía mercantil simple. Si bien el ciclo es "mo-

netario" en el modo de producción capitalista lo es tanto, y no más, que todos los otros fenómenos económicos. Es por eso que las teorías del ciclo basadas en el estudio de los mecanismos de crédito no abordan el problema más que superficialmente. Esto porque la moneda no juega un papel "activo" en el intercambio: el mercado debe existir antes, la moneda por sí misma no sería capaz de crearlo. Lo más que puede hacer es facilitar una transición en el tiempo. Por eso es que todas las teorías modernas serias han terminado por alinearse en la opinión de que el ciclo era la forma específica del desarrollo por medio de la cual el desequilibrio regular entre el ahorro y la inversión era regularmente superado, concepción que es la del análisis de Marx.

—La "teoría pura del ciclo": la ilusión monetaria:

El análisis keynesiano ha sido calificado de "metastático". En la "Teoría General" el volumen de la inversión determina —por el canal multiplicador— el nivel del ingreso nacional. El volumen de esta inversión depende de dos variables independientes: la tasa de interés de una parte y la eficacia marginal del capital, por la otra. No hay reacción del ingreso sobre la inversión o más exactamente, la inversión es solamente proporcional al ingreso, y no a su incremento. El resultado es que el equilibrio que se establece a nivel del ingreso nacional donde el ahorro, y la inversión son iguales, es un equilibrio estable.

A decir verdad la "Teoría General" contiene ciertamente un esbozo de la teoría del ciclo. La caída brutal de la eficacia marginal del capital se acompaña de un alza de la tasa de interés, porque conduce a un aumento de la preferencia por la liquidez. La inversión se desploma brutalmente y con ella la demanda global: el ingreso nacional se contrae hasta el punto en que el ahorro tomado de este ingreso cesa de rebasar a la inversión disminuida. Este análisis keynesiano no ha hecho progresar la teoría del ciclo porque la caída brutal de la eficacia del capital continúa sin explicación,

Keynes se inclina hacia la psicología humana que implica la imposibilidad de previsiones del futuro rendimiento de los capitales indefinidamente optimistas. Pero es evidente que si alguna razón objetiva no viene a debilitar el nivel de este rendimiento a un cierto momento del desarrollo, las previsiones permanecerán siempre conformes a este estado real de cosas. Cuando más las causas "históricas" accidentales podrían, de tiempo en tiempo, responder a una crisis psicológica y en consecuencia a una contracción del ingreso global. Pero la regularidad del ciclo exige una explicación cuyas

raíces se introducen profundamente en el mecanismo de la dinámica económica misma y no en una explicación "externa" del fenómeno.

Abandonando la hipótesis keynesiana de los valores estables de las propensiones al ahorro y a la inversión, Kaldor, Kalecky y otros han construido modelos que explican la posible generación de las fluctuaciones del ingreso global. Es sin embargo, Harrod, quizá, el autor que ha analizado mejor hasta aquí el encadenamiento de todos los factores que unen el ingreso nacional a la inversión y vice-versa. El desequilibrio en el crecimiento económico proviene de la antinomia fundamental entre el ahorro efectivo que depende esencialmente del nivel del ingreso real y el ahorro deseable que depende esencialmente de la tasa de crecimiento del ingreso real. En el *Trade Cycle* Harrod construyó concretamente un modelo de ciclo haciendo intervenir así al multiplicador y acelerador: una inversión inicial engendra un aumento del ingreso nacional que por sí mismo determina una inversión secundaria (aceleración). El *boom* continúa hasta que el multiplicador haya disminuido en tamaño lo suficiente como para anular la acción del acelerador. Es lo que ocurre durante la prosperidad, pues la propensión a consumir disminuye a medida que el ingreso aumenta ya que la parte de las ganancias se incrementa más rápidamente que la de los salarios.

Harrod es entonces el autor que más se aproxima a Marx. No se encuentra en *El Capital* un capítulo especial que junte todos los elementos de una teoría del ciclo; sin embargo Marx desencadenó el movimiento esencial con un estudio de los fenómenos llamados hoy día "multiplicador" y "acelerador". En el capítulo 21 del tomo II de *El Capital*, Marx mostraba la posibilidad para la inversión —por la ampliación y profundización del capitalismo— de crear su propio mercado. Pero en el mismo capítulo analiza los mecanismos por los que esto que ahora se llama la "propensión al ahorro" estaba ligada al ingreso global. En el momento y en la medida en que el ingreso aumenta la parte de las ganancias, el ingreso destinado esencialmente al ahorro y a la inversión, aumenta relativamente. Este fenómeno corresponde perfectamente al decremento del multiplicador según Harrod. El multiplicador no es, en efecto, más que la relación entre la inversión y la parte del ingreso, cuya distribución está ligada a él y es gastado por tanto todo el ingreso menos el ingreso ahorrado. Cuando el volumen del ingreso nacional aumenta, al elevarse más rápidamente el tamaño del gasto originado por una inversión dada. Si Marx estimaba que esta disminución del multiplicador (expresada por él bajo la forma de un desequilibrio

entre los ingresos gastados, —fuente de la demanda final— y la producción oferta, fuente de esta distribución del ingreso) no bloqueaba el desarrollo desde su punto de partida, era porque había analizado previamente lo que después se ha dado en llamarlo el acelerador.

Estudiando la reposición del capital fijo, había sugerido que un aumento de la demanda final podía, en ciertas condiciones (que se encuentran reunidas precisamente al fin de la depresión) engendrar una inversión bruta que a su turno pone en marcha por el canal de la distribución de los ingresos que trae aparejado nuevas posibilidades de inversión del capital fijo. Pero Marx impugnaba inmediatamente que este fenómeno de reposición del capital fijo, al igual que el del acelerador, debe su existencia a las exigencias técnicas de la producción: la necesidad de construir una máquina que dure mucho tiempo para hacer frente a un aumento, aunque sea provisional, de la producción final. Atribuía este fenómeno a las leyes más esenciales del modo de producción capitalista. Un aumento aunque sea débil, de la demanda, debido a la apertura de un nuevo mercado (mercado interior en el caso de una demanda ligada al progreso técnico, o mercado exterior) al fin de la depresión, restituye su rentabilidad a la perspectiva de una inversión de capital fijo. Todo el ahorro atesorado desaparece entonces brutalmente. La nueva producción engendra una distribución del ingreso que hace efectivamente rentable esta inversión. Marx pensaba que en una economía planificada esta servidumbre de la técnica se traduciría en fluctuaciones del volumen de stocks, pero que de alguna manera no determinarían el nivel de la inversión, liberada así de la dependencia en la que se encuentra con respecto a la rentabilidad inmediata.

El análisis de Marx es en realidad más complejo ya que paralelamente al análisis de la antinomia "multiplicador-acelerador" aborda el segundo problema de las fluctuaciones cíclicas del salario también porque penetra en la teoría de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Durante la prosperidad, el volumen del desempleo disminuye, el salario real se eleva; se recurre a la utilización más intensiva de las máquinas. Durante la depresión tiene lugar un movimiento inverso. Estos dos mecanismos acentúan a la vez la duración de la depresión y la de la prosperidad. Se atribuye a este fenómeno estudiando en el Tomo I de *El Capital* una importancia que en nuestra opinión, traiciona el pensamiento de Marx. Por otra parte, la tendencia a la baja de la tasa de ganancia se muestra a través del ciclo. Al principio de la prosperidad las "contra-tenden-

cias" lo mantienen en la tendencia general. Al fin de este período las contra-tendencias son sofocadas: se detiene el aumento de la tasa de plusvalía que oculta el efecto operado en la de la composición orgánica. La tasa de ganancia se desploma. Pero si esta ley se manifiesta a través del ciclo, esa no es la "causa" del ciclo, la cual reside en el juego combinado de la evolución de la capacidad de consumo que no aumenta al ritmo de la de producir (a causa de la participación creciente de la ganancia en el ingreso) y de la perspectiva inmediata de la rentabilidad que guía la inversión y que, gracias al acelerador, retarda el efecto nefasto de la disminución del multiplicador.

Si por tanto Harrod ha llegado en su estudio del ciclo a esta descripción que parece perfectamente correcta, es porque se separó del análisis keynesiano en un punto esencial. Harrod ha ligado directamente la propensión a invertir con el ingreso sin pasar por el doble intermediario de la eficacia marginal del capital y de la tasa de interés. Él ha utilizado como punto de partida de su construcción únicamente la antinomia entre la capacidad de producción (ligada al ahorro extraído de la producción anterior) y la capacidad de consumo (ligada a la distribución que la producción engendra). Deja completamente de lado el interés, juzgado por él —con muy buen sentido— como inepto para influenciar seriamente la inversión. Deja, igualmente al margen a los fenómenos psicológicos, considerados también con muy buen sentido, como variables dependientes y no independientes.

Hicks, post-keynesiano como Harrod, pero al mismo tiempo más apegado a la tasa de interés tradicional, ha tratado de establecer un puente entre el análisis harrodiano basado en el mecanismo que liga la propensión a invertir con el ingreso global y el análisis keynesiano basado en la antinomia interés —eficacia marginal del capital. Según Hicks una baja de la tasa de interés (si la eficiencia marginal del capital permanece estable) trae un aumento de la inversión y en consecuencia del ingreso. Pero un aumento del ingreso aumenta el volumen de la moneda requerida para las transacciones. Si la oferta de moneda permanece fija y la preferencia por la liquidez es la misma, el acrecentamiento de la demanda de moneda para las transacciones conduce a su vez a una elevación del nivel del interés. El desarrollo en el tiempo de estos mecanismos, esquematizados en las curvas de liquidez y de la igualdad ahorro-inversión no es otro que el ciclo.

¿Acaso no se ha recaído aquí en la utopía de Hawtrey? Una

inyección suficiente de moneda, paralelamente al acrecentamiento del ingreso, permitiría —tenida cuenta del nivel estable de la preferencia por la liquidez— satisfacer la necesidad creciente de moneda para las transacciones sin elevación de la tasa de interés. La prosperidad sería continua, a menos que, evidentemente, la eficacia del capital no se desplomara, lo que habría que explicar entonces, como Harrod y Marx lo han hecho, únicamente debido al desequilibrio entre la capacidad de producción y la capacidad de consumo.

Evidentemente Hicks se coloca en la "hipótesis keynesiana", es decir, que ha llegado al punto de que, cualquiera que sea la inyección monetaria, la tasa de interés está ya situada a un nivel tan bajo que ya no puede bajar. Ninguna medida monetaria puede evitar entonces la crisis. Este análisis es incapaz de explicar el ciclo en el caso más general: el del siglo XIX, cuando la tasa media de interés se situaba a un nivel más elevado que en nuestros días. Se podría siempre volver hacia la eficacia marginal del capital: el ciclo sería entonces generado por el movimiento independiente de esta variable, permaneciendo el nivel de interés de una manera relativamente estable en su grado más bajo durante todo el proceso. ¿Nos volveremos a encontrar aquí con la misma dificultad de la cual se partió: el origen del movimiento "psicológico" sinusoidal?

*La tendencia secular: la teoría de la "madurez"
y la del excedente del capitalismo monopolista
contemporáneo: del ciclo a la coyuntura*

Durante un siglo, el ciclo ha constituido la forma necesaria que ha revestido el desarrollo del capitalismo. El desequilibrio cíclico entre la inversión y el ahorro es exigido por el mismo mecanismo del crecimiento, por el funcionamiento mismo de la acumulación del ahorro que se hace periódicamente demasiado abundante en relación a las posibilidades de inversión. El resultado del desarrollo cíclico es el crecimiento. No hay superposición de dos fenómenos de naturaleza diferente, el ciclo por una parte y la tendencia secular, por la otra. La construcción de un modelo cíclico "puro", en la que la situación de llegada sería exactamente la misma que la de partida, es un fruto del deseo. Es imposible interpretar el punto de partida del movimiento —la inversión bruta en capital fijo— al margen del progreso técnico.

A falta de apertura de un mercado exterior, sólo la utilización

de técnicas nuevas permite, en efecto, la ampliación del mercado. Por otra parte, la conquista de un mercado exterior no resuelve el desequilibrio entre la oferta y la demanda a *escala mundial*. Para explicar esto a dicha escala es necesario recurrir al análisis de los efectos de la aplicación de nuevas técnicas. En períodos de depresión el marasmo constituye un incentivo intenso para el mejoramiento técnico, pues la empresa que toma la iniciativa de la innovación recupera la rentabilidad perdida. El método nuevo se generaliza y, como el progreso se manifiesta generalmente por la utilización más intensa de maquinaria aparece una nueva demanda de ella. La producción se pone de nuevo en marcha gracias a la inversión bruta exigida por la producción y a la instalación de nuevas maquinarias. El desarrollo que se sigue adquiere la forma cíclica; pero al término del movimiento el ingreso nacional se sitúa a un nivel superior al del punto de partida. Algo nuevo ha sucedido: se ha generalizado una nueva técnica.

En consecuencia el volumen de la producción ha aumentado. El mercado capitalista se amplía constantemente, precisamente por este medio. El ciclo se inscribe obligatoriamente a lo largo de una corriente ascendente. Un capitalismo "estacionario" es imposible.

Sin embargo, independientemente del mecanismo de desequilibrio cíclico entre el ahorro y la inversión, existen causas reales que tienden a hacer a estas dos entidades globales más o menos fácilmente "ajustables" durante largo período. En este sentido, la tendencia secular guarda una realidad autónoma, aunque ésta no se presenta fuera del ciclo. El desequilibrio entre el ahorro y la inversión viene a ser crónico, esto se traduce durante el ciclo, por un período de depresión más largo y por un período de prosperidad más corto. Al contrario, que el equilibrio sea más fácil de realizar por razones reales cuya existencia ha sido mencionada aquí —se traduce, durante el ciclo, por una depresión más corta y una prosperidad más larga.

¿Cuáles son pues éstas razones reales que permiten el equilibrio más o menos fácil entre el ahorro y la inversión? En los años que han seguido a la gran crisis, se ha hablado mucho de "estancamiento crónico", de "madurez" del capitalismo. Keynes descubrió la posibilidad de un subempleo crónico. De hecho el análisis de la madurez en una óptica keynesiana se sitúa en última instancia sobre el terreno monetario. Se puede aceptar la tesis del bloqueo del crecimiento por razones puramente monetarias. ¿Pero acaso no significaría esto reconocer que después de Ricardo y Marx el estudio del futuro del capitalismo ha sido abandonado totalmente? Ricardo

creía poder profetizar "una era estacionaria", sobre la base de rendimientos decrecientes a lo largo de la historia. Toda concepción de un estado estacionario es totalmente ajena al marxismo. La ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia significa solamente que la contradicción entre la capacidad de producir y la de consumir debe necesariamente agravarse sin cesar, profundizarse. La razón final de todo desequilibrio global es la contradicción entre la capacidad de producir y la de consumir debe necesariamente agravarse sin cesar, profundizarse. La razón final de todo desequilibrio global es la contradicción entre el reparto del ingreso entre el salario y la ganancia por una parte (de allí el reparto del ingreso entre consumo y el ahorro) y el reparto de la producción entre bienes de producción y bienes de consumo, por la otra parte. Un cierto volumen de la producción final necesita un volumen dado de producción intermedia. Esta última cantidad no es otra, bajo un ángulo particular, que el volumen de bienes finales requeridos. Harrod se acerca mucho a los análisis de Marx al abandonar los análisis monetarios de la tasa de interés y los análisis psicológicos de la eficacia marginal del capital y al abordar directamente por una parte el "capital-coeficiente" que es la relación que mide la intensidad del capital en la producción, es decir, precisamente la relación entre la producción de bienes de producción y la de bienes finales, por otra parte el reparto del ingreso global entre el consumo y el ahorro.

En la juventud del capitalismo en el siglo XIX y las inmensas posibilidades que ofrecía la desintegración de las economías precapitalistas se traducían en una tendencia favorable al ajuste del ahorro y de las inversiones. Las depresiones eran entonces menos profundas y menos largas que la de los años 30. Pero he aquí que en el momento mismo en que la teoría de la "madurez" vaticinaba el "fin del capitalismo", "el estancamiento permanente", en el mismo momento en que una versión simplificada del marxismo recogía el tema de la "crisis general del capitalismo", una visión apocalíptica ajena al marxismo, es ese momento el ritmo de crecimiento del capitalismo occidental se aceleraba y además desaparecía la marcha cíclica del crecimiento.

El análisis marxista en vías de renovación constituye la única respuesta a esta evolución, análisis inaugurado por Baran y Sweezy, quienes examinan en términos nuevos la "ley del alza del excedente" y las formas de absorción de este excedente. Al mismo tiempo la teoría del capitalismo monopolista explica la desaparición del ciclo. En efecto, el ciclo no se explica de otro modo que por la incapa-

cidad del capitalismo para “planificar” la inversión. Ahora bien el capitalismo monopolista puede hacerlo en un cierto sentido y dentro de ciertos límites con la participación activa del estado. No existe más el ciclo ya que el capitalismo escapa a los efectos incontrolados de la aceleración sino solamente una coyuntura seguida de cerca y vigilada, donde la acción del estado y de los monopolios (el primero al servicio de los segundos) atenúan las fluctuaciones.

Se podría preguntar por qué razón solamente a partir de la segunda guerra mundial el ciclo desaparece bajo su forma clásica para dejar lugar a oscilaciones coyunturales más cercanas, irregulares y de menor amplitud, si ya los monopolios se habían constituido desde fines del siglo pasado. También cabría preguntarse por qué la crisis de los años 30 fue la más violenta de la historia del capitalismo, si para entonces los monopolios estaban ya bien constituidos, y se supone que el capitalismo monopolista puede —mejor que el capitalismo competitivo— “planificar” la inversión. La respuesta, así lo creemos, debe ser buscada en dirección del funcionamiento del sistema internacional. Los monopolios pueden, en efecto, “planificar” la inversión hasta un cierto punto, a condición, como ya hemos dicho, de que el sistema monetario esté listo para ello, lo que supone que la convertibilidad-oro sea abandonada y que las autoridades monetarias, así como toda la política económica del estado, trabajen en esa dirección. “La economía concertada” —la planificación occidental— no expresa otra cosa que la toma de conciencia de esta nueva posibilidad. Ahora bien, no solamente esta toma de conciencia ha estado, como toda toma de conciencia, en retraso con la realidad, sino todavía y sobre todo, el marco en el que puede ejercer es nacional. El sistema internacional ha permanecido, mucho tiempo después de la constitución de los monopolios, regido por “mecanismos automáticos”. En el terreno internacional, no es posible ningún “arreglo”. El esfuerzo desplegado por la Gran Bretaña (y Francia), después de la guerra de 1914-18, para restablecer el patrón oro en las relaciones exteriores, mientras que en el plano interno había sido abandonado definitivamente, traduce este hiato entre el orden interno y el orden internacional. Haciendo prácticamente imposible toda política interior concertada, los automatismos internacionales, en nuestra opinión, son en gran parte el origen de la gravedad excepcional de la crisis de los años 30. Los monopolios, que hacen posible una política económica nacional coyuntural, provocan también que el ciclo se agrave si esta política no es practicada. Keynes

había comprendido esto perfectamente. El mantenimiento de los controles exteriores después de la segunda guerra permitirá por vez primera políticas económicas nacionales eficientes; y es a esta época a la que se remonta por ejemplo la “planificación concertada francesa”. La prosperidad ulterior y el mercado común y la liberalización de las relaciones exteriores que han acompañado este período, amenazan seriamente la eficacia de estas políticas. Esta es la razón por la cual la cuestión de un orden internacional está de nuevo en la agenda. Así, pues, el “orden” establecido después de la guerra, simbolizado por el FMI, no es tal: pues está fundado sobre la confianza en los mecanismos automáticos. Esta “confianza” le hace el juego a los más poderosos: los Estados Unidos. Es la razón por la que en nuestra opinión, una política económica mundial es casi imposible. Esta falla en el sistema expresa una contradicción nueva que ya ha madurado entre las exigencias del orden económico, que no puede ser obtenido solamente por la virtud de la política económica nacional (porque el capitalismo tiene, en lo sucesivo una dimensión mundial esencial), y el carácter, todavía nacional, de las instituciones y de las estructuras. Si esta contradicción no es superada no se debe excluir la posibilidad de “accidentes coyunturales” de una extrema gravedad, como la crisis monetaria actual lo indica por otra parte.

V

LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LA ARTICULACIÓN
DE FORMACIONES NACIONALES DEL CAPITALISMO CENTRAL

El análisis del modo de producción capitalista ha sido conducido hasta aquí en un marco teórico que hacía abstracción de la existencia de diferentes *naciones capitalistas* maduras. Nos hace falta ahora examinar el modo de articulación entre las diferentes formaciones nacionales que han constituido el cuadro original de la génesis del capitalismo y continúan existiendo como unidades autónomas integradas en un sistema mundial.

El marco nacional define, como ya hemos visto, el espacio en el interior del cual el “contrato social” permite un desarrollo capitalista autocentrado. El objeto de este capítulo es analizar la manera en la que se resuelven las contradicciones entre el carácter nacional de los mecanismos de acumulación y el carácter mundial del sistema. Éste está compuesto de un centro, plurinacional y de una periferia

dependiente. Nos detendremos aquí en analizar la articulación entre las formaciones nacionales centrales, reservando para los siguientes capítulos la que define las relaciones, asimétricas por otro lado, centro/periferia. La teoría económica convencional así no se preocupa más que del análisis de las relaciones internacionales entre naciones capitalistas perfeccionadas. Es solamente hasta después de la segunda guerra mundial que esta teoría encaró los problemas de las relaciones internacionales centro/periferia, por lo demás de una manera extremadamente superficial, extendiendo a este nuevo campo de estudios las pretendidas "leyes" que explican las relaciones internacionales entre países desarrollados. Como de costumbre la búsqueda de "leyes" ahistóricas, independientes del sistema económico, oculta aquí el carácter ideológico de la "ciencia" económica convencional. Es pues la crítica de esta teoría la que constituye el punto de partida de nuestro análisis.

Los pretendidos mecanismos exteriores que aseguran el equilibrio automático son de la misma naturaleza que la "ley del mercado": una tautología vacía o una teoría falsa. La afirmación de la existencia de tales mecanismos (efecto-precio, efecto-cambio, multiplicador de comercio exterior, está por lo demás fundada sobre una teoría monetaria falsa (el cuantitativismo) y sobre un análisis miope de las "elasticidades" y las "propensiones" que supone implícitamente lo que pretende demostrar. La teoría económica tradicional elude de esta manera el verdadero problema que es el de saber porqué las "elasticidades" y las "propensiones" son lo que son, diferentes por otra parte en el centro y en la periferia del sistema y cómo evolucionan. No se puede impedir ver en esta orientación de la teoría económica convencional una preocupación apologética relevante —aquí como en la "ley del mercado"— de la ideología de las armonías universales. De la misma forma que para la ley del mercado no se puede hablar aquí de una tendencia general al equilibrio. La teoría contemporánea se enreda cada día más en una serie de falsos problemas mal expuestos (porque no se quiere superar el empirismo) y se rehusa a ver lo esencial. Lo esencial es que el equilibrio de las balanzas de pago —que en el mejor de los casos no es más que una tendencia— tiene como condición un ajuste permanente de estructuras internacionales. Ahora bien, estas estructuras son —en lo referente a las relaciones entre el mundo desarrollado y el mundo "subdesarrollado"— las de la dominación asimétrica del centro del sistema mundial sobre la periferia. El equilibrio exterior —el orden internacional— no es posible porque las estructuras de la periferia

son creadas conforme a las exigencias de la acumulación del centro. Dicho de otro modo, el equilibrio no es posible más que si el desarrollo del centro genera y sostiene el subdesarrollo de la periferia. Esta negativa a ver lo esencial traiciona el carácter ideológico de la teoría económica convencional, ya que toda su construcción está basada sobre el postulado religioso de una armonía universal que puede ponerse en duda y por lo tanto someterse a una crítica científica. A este precio la teoría solamente puede ver las apariencias, pero no lo esencial.

¿Es posible que un déficit momentáneo de la balanza de cuentas de un país, cualquiera que sea su causa, pasajera o estructural, puede ser capaz de resolver por sí mismo, actuando sobre el nivel de cambio si es que tiene lugar, los precios y la actividad económica? La teoría económica responde todavía afirmativamente a esta pregunta.

Smith hacía intervenir únicamente al mecanismo de precios en la construcción del equilibrio internacional. Utilizaba la muy vieja tradición mercantilista de Bodin, Petty, Locke y Cantillon que habían en su época constatado que el desequilibrio de la balanza comercial era compensado por los movimientos del oro. Tomaba por otra parte la tradición cuantitativista que afirmaba que el movimiento del oro debía a su vez determinar el del nivel general de los precios. El desequilibrio entonces se reabsorbía por sí mismo. De allí a la afirmación de que la única causa posible del desequilibrio exterior era "la inflación interior", no había más que un paso, que los boullionistas dieron a principios del siglo XIX bajo la dirección de Ricardo. Los argumentos de Bosanquet que atribuía el desequilibrio de la balanza a causas monetarias (las dificultades de la exportación debidas a la guerra, unidas al pago de subsidios al extranjero), a pesar de su muy grande fuerza lógica no pudo convencer a sus contemporáneos. Sucedió aquí como en la controversia sobre el cuantitativismo que opuso un poco más tarde a Tooke con Ricardo. Se destruía la teoría ricardiana sin proponer nada positivo para dejar en su lugar.

Es a Wicksell a quien toca haber realizado a fines del siglo XIX, el lugar de las mutaciones de la demanda en el mecanismo del equilibrio internacional. El déficit de la balanza se analizó como una transferencia de poder de compra. Este poder de compra suplementario permitirá en el extranjero aumentar tarde o temprano sus importaciones, en tanto que el país deficitario deberá reducir las suyas. El equilibrio internacional es logrado sin ninguna modifica-

ción de precios. Ese aporte profundamente revolucionario ha sido retomado por Ohlin, quien pretendía que las indemnizaciones alemanas fueran pagadas sobre esta base. Nos podemos dar cuenta sin embargo, hasta qué punto la teoría clásica de los efectos-precio (ligada al cuantitativismo) era poderosa, ya que un espíritu tan eminente como el de Keynes se negaba a abandonar la antigua óptica. Si pretendía que Alemania no podía pagar las indemnizaciones, era únicamente porque creía que el juego de las elasticidades-precio de exportaciones y de las importaciones alemanas traerían un efecto "perverso" más que un efecto "normal". Fue necesario esperar mucho tiempo antes que la óptica del ingreso se impusiera. No fue el mismo Keynes, sino solamente los post-keynesianos los que introdujeron en la teoría del equilibrio internacional lo esencial del método inaugurado por Bosanquet y utilizado por Wicksell y por Ohlin.

Frecuentemente se presentan las dos ópticas de precio e ingreso como mutuamente exclusivas. Por tanto, existen ahí incontestablemente dos aspectos de un mismo fenómeno: la demanda. ¿Depende la demanda de los precios o del ingreso? Toda la construcción del equilibrio general de Walras está basada sobre la ley de la oferta y la demanda. La intención era reemplazar la teoría del valor trabajo por la teoría del valor utilidad como los primeros investigadores del mercado, en particular Say, habían puesto por delante de la ley de la demanda. Las respuestas de la demanda y de la oferta a las variaciones de precio son en tal caso explicadas por la utilidad marginal decreciente de bienes. El equilibrio obtenido sin intervención de elementos extraños a estas respuestas. Esta construcción es muy frágil, ya que Say y Walras ignoran el elemento fundamental de la demanda que constituye el ingreso. Ellos hacen prometer a la ley de la oferta y la demanda más de lo que puede dar. La ley de la utilidad decreciente de bienes puede explicar cómo la demanda baja cuando el precio se eleva, pero esto a condición de que el nivel de los ingresos permanezca sin cambio. Así pues, en la teoría general del equilibrio, la distribución de los ingresos es función de los precios relativos de los bienes. Toda modificación de precios modifica los ingresos. A continuación, se ha recurrido al análisis del período para salir del círculo vicioso marginalista. Los precios de hoy dependen de los ingresos de ayer, y éstos de los de anteayer. Este recurrir a la historia constituye una verdadera capitulación teórica, una confesión de la incapacidad fundamental del marginalismo.

Ahora bien, los análisis de las elasticidades-precios del comercio exterior son de la misma naturaleza que los antiguos análisis de la oferta y la demanda. Suponen que los ingresos nacionales intercambistas son estables y que por lo mismo pierden todo valor explicativo de los movimientos reales del comercio internacional.

La introducción de respuestas de la oferta y de la demanda en las variaciones del ingreso en general y de respuestas del comercio exterior en las variaciones del ingreso nacional en particular, ha sido una verdadera revolución. Pero es necesario subrayar el carácter descriptivo de estos estudios: se constata que en tal o cual época, siendo el nivel de los ingresos físicos de tanto, el nivel de los intercambios de tal producto era de tanto. Se constata que en una época ulterior los ingresos, los precios y las cantidades intercambiadas son diferentes. Esto permitir *describir* los cambios, no explicarlos.

La teoría clásica de los efectos-precios

Esta teoría fue elaborada a principios del siglo XIX en el marco de la hipótesis correspondiente a la realidad de entonces (patrón oro) y sobre la base de la teoría cuantitativa de la moneda. Cuando los importadores tienen la opción entre la compra de divisas extranjeras (piezas de oro extranjeras) y el envío de oro al extranjero (bajo forma de lingotes) entonces el déficit de la balanza de pagos no haría que se depreciara la tasa el cambio nacional en proporciones suficientemente amplias para actuar sobre los términos del intercambio y favorecer las exportaciones. Así, el desequilibrio no puede desembocar finalmente más que en una derrama de oro. La baja general de precios internos consecutiva a esta derrama (y por tanto de los de las exportaciones), en comparación con la estabilidad de los precios extranjeros (y por tanto de los de las importaciones), desalienta a estos últimos, favorece a los primeros y permite restablecer el equilibrio. Lo que restablece el equilibrio es el deterioro de los términos del intercambio.

No es sino hasta últimamente que se ha percibido que la modificación de los términos del intercambio, que, de un lado, favorecía (o desfavorecía) las exportaciones, bajaba o elevaba el precio unitario. El alza interna de precios, así como la baja puede mejorar o empeorar el estado de la balanza según el nivel de las elasticidades. Lo mismo, y en sentido inverso, para las importaciones. En nuestros días, el análisis de los efectos de diferentes combinaciones de elasticidades-precios es banal. La mejor formulación se encuentra

en Joan Robinson quien toma en cuenta cuatro elasticidades: la de la oferta nacional de exportación, la de la oferta extranjera de importación, la de la demanda nacional de importación y la de la demanda extranjera de importación. Para ser justos, es necesario recordar que Nogaro, había criticado seriamente la teoría del cambio de Augustis Cournot mucho antes que los economistas keynesianos. Esta teoría suponía lo que había que demostrar: que las elasticidades-precios son tales que la devaluación permite la reabsorción del déficit.

Si la economía está perfectamente integrada, una modificación de precio de las importaciones debe traer consigo una modificación proporcional de todos los precios internos y por tanto del de las exportaciones. ¿Acaso, el precio relativamente más elevado de las importaciones no debería empujar al alza al conjunto de los precios? Aftalión ha mostrado que en algunos casos el nivel del cambio actuaba por sí mismo sobre el de los precios internos. No sería necesario aceptar que el cambio no actúa más que sobre los precios de las mercancías importadas a través del canal de las variaciones del costo y que la devaluación no actúa, finalmente sobre los precios de otras mercancías más que en la medida en que entran en su fabricación productos importados. Aftalión muestra con algunos ejemplos históricos que el cambio actúa en ocasiones sobre todos los precios a través del canal del aumento de los ingresos monetarios. ¿Acaso la repercusión de una variación del cambio sobre el ingreso de los importadores —en función de las mercancías almacenadas, adquiridas y pagadas previamente, sobre el ingreso de los tenedores de títulos extranjeros, sobre el ingreso de los exportadores y de los productores para la exportación, acaso dicha repercusión será siempre capaz de determinar un alza o una baja general de precios proporcional a las variaciones del cambio? Si esta repercusión es lo suficientemente profunda, si las fluctuaciones del ingreso monetario no son compensadas por fluctuaciones del atesoramiento, si, en fin, todo el ingreso monetario es llevado al mercado, probablemente será así. En este caso, la balanza exterior, será exactamente análoga a la que era anteriormente a la devaluación, después que la devaluación haya agotado sus efectos. Reaparecerá el desequilibrio crónico, provisionalmente reabsorbido. No hay ninguna tendencia hacia el equilibrio de larga duración. En la historia se encuentran numerosos ejemplos de este mecanismo, especialmente en la historia monetaria de América Latina. En el siglo XIX asistimos a devaluaciones sucesivas. Estas devaluaciones eran inope-

rantes a largo plazo porque eran seguidas de un alza general y proporcional de precios. Estas experiencias prueban que no se puede resolver con manipulaciones monetarias un desequilibrio real de la balanza anterior que es debido a desajustes estructurales profundos. Estas experiencias prueban igualmente que el valor interno y el valor externo de la moneda no podrán permanecer mucho tiempo diferentes. A despecho de la existencia real de bienes domésticos que no son objeto de intercambio internacional, el sector "doméstico" termina por sufrir la influencia de los precios extranjeros. Esta influencia se ejerce a través del canal de los ingresos. Las más recientes experiencias confirman ampliamente nuestras afirmaciones. A título de ejemplo: la devaluación del franco de Mali en 1967, que debía, según los expertos franceses, equilibrar la balanza de Mali, fue saldada con un alza proporcional y casi inmediata de todos los precios, a pesar del bloqueo de salarios. Existe ahí un ejemplo extremo que muestra la forma en que la estructura de los precios dominantes se impone a la economía dominada y que merece ser meditada.

Por lo contrario, ciertamente, en la historia europea del siglo XIX han sido eficaces el patrón oro y la política monetaria compensadora de manipulación de las tasas de descuento. ¿Pero si ello ha sido así no será únicamente porque durante un largo período la balanza de pagos estaba equilibrada? ¿Porque los desequilibrios no eran siempre más que momentáneos (principalmente coyunturales)?

La teoría del efecto-cambio

En la hipótesis de monedas inconvertibles, la existencia de una tasa de cambio capaz de amplias variaciones según el estado de la balanza de pagos, ¿acaso no conduce al efecto-precio sin intervención del cuantitativismo? En este caso, en efecto, la modificación del cambio trae consigo la del precio de las importaciones, pero no hay ninguna razón para que se modifique el precio de los bienes domésticos y el de las exportaciones, que debe emparejarse con el de los precios internos. Esto sucede porque la cantidad de moneda permanece estable, dicen los cuantitativistas. Porque el cambio no funciona necesariamente siempre sobre los precios internos, dicen los otros.

Ahí también, el análisis debe ser completado de la misma manera que antes. Por una parte, según las elasticidades-precios, la modificación del cambio puede tener efectos "normales" o "perversos".

Por otra, el precio de las importaciones puede también actuar sobre el nivel de los precios internos y por tanto sobre el de las exportaciones y éste a su vez en la misma forma; a través del canal de los costos, del comportamiento del ingreso dominante y a través de la transmisión de las estructuras de precios.

Así también, el movimiento de capitales a corto plazo puede evitar la modificación del cambio (y de los precios) como antes evitaba el movimiento del oro (y de los precios). Si la banca central vuelve a elevar la tasa de interés, atrae los capitales extranjeros a corto plazo como en el sistema oro y por la misma razón. En caso de déficit temporal de la balanza puede evitar así la devaluación (y el alza de precios consecutiva) como bajo el patrón oro podía evitar la fuga del oro (y la baja de precios consecutiva). Pero esta acción encuentra la misma limitación que antes. Si el déficit es estructural, crónico, profundo, el flujo de capitales extranjeros será incapaz de neutralizarlo. Tanto más que la perspectiva de pérdida en el cambio en caso de devaluación atrae muy poco a los especuladores en busca de una ganancia tan pequeña, debida a una elevación de la tasa de interés.

Finalmente, ¿qué se puede concluir del análisis de los efectos-precios? Para empezar no existen efectos-precios, sino únicamente un efecto-cambio. El desequilibrio de la balanza exterior no actúa directamente sobre los precios a través del canal del cuantitativismo monetario. Este desequilibrio actúa sobre el cambio, que a su vez actúa sobre los precios. Resulta entonces que las modificaciones del cambio no pueden nunca —cualesquiera que sean las elasticidades-precios— resolver las dificultades de un desequilibrio estructural, ya que se encuentra al extremo de un cierto período en la misma situación que al principio. A continuación, es necesario saber que —incluso en el período transitorio— las fluctuaciones del cambio no mejoran forzosamente la situación de la balanza exterior, a causa de la existencia de elasticidades-precios críticas.

Si se piensa que en los países de la periferia la elasticidad de la demanda de importaciones es débil por el hecho de la imposibilidad de sustitución de la producción local por la producción extranjera, o que los ingresos de los exportadores tienen un lugar tanto más importante cuanto mayor sea la integración internacional de estos países o que a la acción de estos ingresos sobre la demanda se agregan consideraciones psicológicas decisivas que unen el valor interno de la moneda con su valor externo, o bien que existe un mecanismo de transmisión de la estructura dominante de

los precios a la economía dominada, entonces se puede concluir que en nueve casos de diez la devaluación no resuelve en nada el desequilibrio crónico de la balanza de pagos, ni a corto plazo, ni con mayor razón a largo plazo, sino por el contrario, esta devaluación agravará a corto plazo la situación exterior.

La teoría del efecto-ingreso

Wicksell y Ohlin presentaban el mecanismo del efecto —ingreso bajo una forma muy simple: el déficit de la balanza exterior y, como se sabe, regulado por una transferencia de poder de compra al extranjero. Este nuevo poder de compra permitirá a la economía que lo goza, importar todavía más. Esta transferencia obliga, por otra parte a la economía deficitaria a reducir su demanda, especialmente su demanda de importación. En cuanto a la transferencia de oro en el sistema de patrón oro, sirve de apoyo a la transferencia del poder de compra, y nada más. Evidentemente en la hipótesis de un abandono de la convertibilidad y de cambios flexibles, el desequilibrio del poder de compra que por un lado es transferido, actúa por el otro sobre el cambio. Estos efectos secundarios del desequilibrio sobre el cambio pueden entorpecer el mecanismo de la vuelta al equilibrio anulando, por ejemplo, la transferencia del poder de compra con un alza de precios. Pero el mecanismo permanece en lo esencial de la misma naturaleza que antes.

La superioridad de la teoría de Ohlin sobre la teoría antigua es que permite explicar la vuelta al equilibrio de la balanza, cualquiera que sea la evolución de los términos del intercambio. En la teoría clásica es la modificación de estos términos en un sentido definido lo que restablece el equilibrio. Así pues, la experiencia ha probado más de una vez que el equilibrio ha tenido lugar a pesar de una evolución negativa de los términos del cambio. La teoría de la transferencia del poder de compra tiene igualmente el mérito de hacer surgir el carácter de tendencia de la vuelta al equilibrio. Nada es más cierto que el aumento del poder de compra, consecutivo a un excedente de la balanza, descansará enteramente sobre la demanda de importación.

El pensamiento keynesiano, al poner en primer plano los efectos multiplicadores de un aumento primario del ingreso, permitiría redondear la teoría. Esto fue la obra de los post-keynesianos, en especial la de Metzler y de Machlup. Reducido a su más simple expresión, el mecanismo es el siguiente: un saldo positivo de la balanza

exterior se conduce como una demanda autónoma: determina, por el juego del mecanismo multiplicador un aumento más grande del ingreso nacional, que dada la propensión a importar, permite el reajuste de la balanza exterior. Inversamente, un saldo negativo de la balanza exterior determina una contracción del ingreso global permitiendo la reducción de las importaciones, lo que contribuye a reequilibrar la balanza.

Los modelos propuestos por Machlup y Metzler permiten tomar en cuenta a la vez los efectos de las variaciones de la balanza de los países A sobre los países B y los efectos recíprocos de la balanza de B sobre la de A. Subrayamos inmediatamente un caso muy interesante, en el cual las contradicciones de los ingresos nacionales entre el "deudor" y el "acreedor" son tales, que el país endeudado es incapaz de saldar su adeudo. La posibilidad del equilibrio internacional depende pues de los valores de la propensión a consumir y a invertir en los dos países. Este "caso" es especialmente interesante, pues podría permitir abordar el problema: demuestra, en efecto, que el equilibrio de la balanza exterior no es más que un ajuste estructural de las economías mencionadas, el cual pone de relieve las exigencias. El problema de saber cuáles son las diversas "propensiones", las razones de su estabilidad y las modificaciones que les afectan, no es una cuestión de "comprobación empírica", sino una cuestión teórica fundamental. ¿Qué significa en efecto el ajuste estructural que condiciona el equilibrio de los pagos exteriores? Este ajuste se manifiesta precisamente por las modificaciones de la propensión principalmente a importar. No estamos pues de ningún modo autorizados a imaginar arbitrariamente los "modelos", cualquiera que éstos sean. Esta actitud empírica no nos ayuda en nada, pues es necesario saber cómo y por qué las propensiones se modifican.

Rechazando el análisis del multiplicador, los autores modernos en general, son llevados al efecto-precio tradicional, al menos en lo que se refiere a los países subdesarrollados. Durante la depresión los precios de las exportaciones se desploman, mientras que la moneda local permanece sólida (en el caso de la integración monetaria, por ejemplo). ¿Acaso esto no nos hace pensar que los países subdesarrollados demuestran la posibilidad de un efecto precio directo? ¿Que en estos países las fluctuaciones de la balanza de pagos conducen a fluctuaciones de los precios por intermedio de los movimientos monetarios internacionales? De hecho eso no es nada. Los precios fluctúan al ritmo de la demanda tanto en los países subdes-

arrollados como en los países desarrollados. Si los precios de las exportaciones de los países subdesarrollados se desploman, por ejemplo en un período de depresión, de ninguna manera es a causa del déficit de la balanza exterior, sino a causa del debilitamiento de la demanda de estas mercancías, demanda esencialmente extranjera. El volumen y los precios de las exportaciones se desploman al mismo tiempo y por la misma razón. El déficit de la balanza no tiene nada que ver en ese desplome. Es por el contrario la consecuencia.

Las conclusiones a las que nosotros hemos llegado, en lo que se refiere a la teoría del reajuste de la balanza de pagos, son del todo negativas. Primero, el efecto "precio", pese a las apariencias, no funciona en realidad ni en los países subdesarrollados ni en las economías desarrolladas. Segundo, el efecto "cambio" no tiende al reequilibrio. Las modificaciones del cambio a menudo no actúan, particularmente en los países subdesarrollados, sino durante un período provisional (hasta que el alza interna sea general y proporcional a la baja del cambio) y a menudo en un sentido negativo (a causa de las elasticidades-precios). Tercero, el efecto "ingreso" no es más que tendencial e implica un ajuste estructural que constituye precisamente la esencia del problema. No existe entonces un mecanismo que vuelva al equilibrio automáticamente a la balanza exterior. Todo lo que se puede asegurar es que la importación en general transfiere al extranjero un poder de compra bajo una forma monetaria precisa. Esta transferencia tiende naturalmente a permitir una exportación ulterior. Esta tendencia es muy general. Es análoga a la que hace que en la economía de mercado, toda compra haga posible —si son cumplidas otras funciones— una venta ulterior. De la misma forma que la existencia de esta tendencia profunda no justifica la ley del mercado, así tampoco justifica la construcción de una teoría del equilibrio internacional automático.

¿Tasa de cambio de equilibrio o ajuste estructural?

Los datos reales que caracterizan dos sistemas económicos en relación pueden ser tales que la balanza de cuentas no logre ser equilibrada en el marco de la libertad de cambio. Los mecanismos automáticos no funcionan, entonces parecería que no existe en esta situación tasa de cambio "de equilibrio". Lo que en realidad se llama, la tasa de cambio de equilibrio, sería una tasa que permitiría el equilibrio de la balanza de cuentas sin restricción, llevando a las importaciones y al movimiento "natural", capitales a largo plazo.

Decir que los mecanismos ajustadores de los ingresos no son más que tendenciales viene a afirmar simplemente que una tal tasa no siempre existe. Más precisamente, los mecanismos del cambio se sitúan a corto plazo y el reajuste estructural a largo plazo, por tanto no siempre hay cambio de equilibrio, menos aún "natural" y "espontáneo".

Se tiene por consiguiente la impresión de que existió una tasa de equilibrio a lo largo del siglo XIX. Seguramente, en el curso de ese siglo, la "paridad" constituía, desde cierto punto de vista, la tasa "normal" de cambio entre dos monedas convertibles en oro. La compra y venta de oro por los bancos de emisión a precio fijo y en cantidades ilimitadas contenían las fluctuaciones del cambio entre los estrechos límites de los *gold points*. La convertibilidad en oro daría al sistema mundial suficiente solidez para permitir actuar a los mecanismos de ajuste estructural. Pero este ajuste estructural, aceptado por los débiles e impuesto por los poderosos no tiene particularmente nada de "armonioso"; sino al contrario, refleja la apariencia progresista de un mundo que se ha hecho cada vez más desigual.

¿Qué sucede por el contrario, si la convertibilidad se suspende? Entonces veríamos a dónde va a parar la teoría del cambio. Ya que esta teoría se fijó como objetivo explicar la relación que existe entre el valor de dos monedas, es evidente que la concepción general que se tiene de la moneda determina finalmente la concepción de la naturaleza profunda del cambio. Es por eso que el marginalismo, que define el valor de la moneda como su poder de compra, vino a parar, en materia de cambio, a la teoría de la paridad de los poderes de compra. Y al igual que el marginalismo desembocó en el cuantitativismo en el terreno interno, así mismo llegó a una teoría cuantitativa internacional que determina una repartición internacional del oro, capaz de asegurar el desequilibrio de los cambios a nivel de los poderes de compra.

En nuestro análisis, en el que se rechaza el cuantitativismo se debe, mientras que se trata de determinar el valor interno de la moneda, distinguir los casos de convertibilidad y de inconvertibilidad. En el caso de la convertibilidad, es el costo real de producción de oro el que limita en último análisis las variaciones del valor de la moneda. En este sentido la paridad constituye la tasa de cambio normal. Cuando la convertibilidad es abandonada, la banca central no compra, ni vende más oro en cantidades ilimitadas ni a precio fijo, precio este último que puede ser arrastrado por el movimiento

de alza general, apenas se pierde de vista el encadenamiento de los mecanismos que parecen entonces reversibles. Así como ya no hay un nivel normal de precios, tampoco hay un nivel normal de cambio. En caso de inconvertibilidad, un déficit estructural de la balanza de cuentas obliga por tanto, a devaluar. La devaluación de la moneda inconvertible genera a su vez una ola de inflación que lleva a la situación anterior. Una vez más se ve que el desequilibrio crónico no puede ser evitado de otro modo que por el control del comercio exterior y de los movimientos de capitales, es decir por la acción directa sobre los movimientos reales. Cuando la moneda se ha hecho inconvertible, el sistema ya no tiene la solidez suficiente para esperar que el efecto-ingreso agote su influencia y el equilibrio sea restablecido. La tendencia al desequilibrio conduce a una inestabilidad permanente.

Algunos economistas achacan a la definición del cambio de equilibrio una capacidad suplementaria: asegurar el pleno empleo. La relación establecida entre el nivel del empleo y la tasa de cambio es, en el fondo, extremadamente artificial. Procede de una simplificación casi caricaturesca del análisis keynesiano. Joan Robinson liga así el nivel del ingreso nacional con la tasa de interés de una manera mecánica, de suerte que siempre existe, para ella, un nivel de interés que asegura el pleno empleo, mientras que Keynes se había esforzado justamente por mostrar que el desempleo podía convertirse en un problema insoluble. Joan Robinson liga enseguida de una manera igualmente artificial el movimiento internacional de los capitales con la tasa del interés, cuando en realidad los movimientos son dictados por el volumen absoluto y relativo de los ingresos de la propiedad y de las perspectivas de rentabilidad de las inversiones los cuales son muy independientes de las fluctuaciones de la tasa de interés. Pertrechada con estas relaciones mecanicistas y artificiales, la señora Robinson muestra cómo a cada nivel del interés (y del empleo) corresponde un nivel de cambio que equilibra la balanza de pagos. Esta manera de considerar que en un conjunto de variables una de ellas puede ser fijada arbitrariamente para que las otras se ajusten entonces a ese valor arbitrario, es típico del método empleado por los análisis del "equilibrio general". Ella incurre en todas las críticas que se pueden hacer al método empirista en economía. Es fundamentalmente formalista y niega la existencia de relaciones causales profundamente irreversibles.

En realidad, tal nivel de cambio "de equilibrio" puede muy bien ser —e incluso es seguramente en las relaciones entre países des-

arrollados y países subdesarrollados— un cambio de “dominación”. A cada nivel de cambio corresponde una cierta distribución de la rentabilidad relativa de inversiones en los diferentes sectores. Pero no es el cambio el que determina el volumen de absorción de los capitales extranjeros por el país subdesarrollado. Es justamente lo contrario lo que es verdad: los capitales afluyen en la medida en que los países desarrollados disponen de capitales libres y en donde las condiciones generales “reales” hacen estas inversiones extranjeras rentables; y, pasando sobre la balanza de pagos, determinan un nivel “de equilibrio” del cambio, es decir, un nivel que permite el pago de los intereses de capitales importados y el pago del volumen de importaciones determinado por el grado de integración de los países subdesarrollados en el mercado internacional; es decir, determinado por la demanda de bienes extranjeros que el volumen de las exportaciones (ligado a este grado de integración) permite. En otras palabras, el mecanismo de cambio permite el ajuste de la estructura de los países subdesarrollados a la de los países dominantes. En este sentido, un “mejor” equilibrio, es decir, un equilibrio que permita una modificación de esta estructura, necesita de las restricciones sobre las importaciones. Evidentemente, ahí todavía, una vez que se suprime la alarma de incendios que constituye el patrón oro, la modificación pasajera de las condiciones del comercio o del movimiento de capitales trae consigo una modificación de la tasa de cambio que al determinar una repartición diferente de la rentabilidad relativa de los diversos sectores de la economía subdesarrollada, actúa sobre la orientación de las inversiones extranjeras, y, por tanto, sobre las condiciones de la dominación. Pero siempre hay un ajuste de la estructura subdesarrollada a la estructura desarrollada.

*La teoría económica de la transmisión
internacional de la coyuntura*

La teoría económica de “el equilibrio automático” de la balanza de pagos constituye la base sobre la cual la economía convencional ha construido su edificio respecto a la teoría de la transmisión internacional de la coyuntura.

La primera sistematización de esta construcción se debió a Haberler, quien sostiene tres proposiciones, basando sus distinciones en el sistema monetario de los protagonistas confrontados.

Primero, en el caso en que dos países A y B, son puestos en

contacto y sometidos al régimen del patrón oro, la transmisión de fluctuaciones de un país a otro es perfectamente simétrica. Esta transmisión atenúa la intensidad de las fluctuaciones en el país originario al extender la superficie sobre la que el ciclo ejerce sus efectos. En un período de prosperidad en el país A, las importaciones se desarrollan más rápidamente que las exportaciones. Este país debe hacer frente a una derrama de oro que atenúe las tendencias inflacionistas en él, en tanto que las refuerza en el país B.

Segundo, si por el contrario, el país B ha adoptado el sistema del patrón de divisa extranjera, la propagación del ciclo ya no se efectúa de país dominado a país dominante, sino que se refuerza en sentido inverso. En un período de prosperidad, en el país dominado monetariamente, este país paga el déficit de su balanza de pagos en la divisa del país A. El volumen de los créditos no ejerce influencia aparente en este país dominante porque no ha tenido lugar ninguna transferencia de oro, moneda final. Contrariamente, el desarrollo natural de la prosperidad en la economía dominante no es frenado por una derrama de oro sino que al contrario, el flujo de divisas en el país dominado se traduce en un aumento real de los créditos en esta economía.

Tercero, en el caso de que los dos países utilizaran monedas dirigidas independientes, las fluctuaciones cíclicas ya no se transmiten. Un *boom* en una de las dos economías en contacto conduce a un desequilibrio en la balanza de cuentas que, al no poder ser reajustada por una salida de oro o de divisas, debe serlo por una modificación del cambio. Este reajuste reduce las importaciones excesivas al nivel de las posibles exportaciones.

Seguramente es éste un análisis estrechamente monetarista. En el siglo XIX, colonias y metrópolis usan la misma moneda metálica. Por lo tanto el sentido de la transmisión del movimiento cíclico es siempre el mismo: de la metrópoli hacia las colonias.

Con la escuela postkeynesiana esta teoría monetarista de la transmisión fue abandonada. Se pretende entonces que las fluctuaciones se transmiten no ya por el canal del flujo del oro y de las divisas que originan, sino directamente por el canal de los movimientos de mercancías. Las oscilaciones cíclicas en un país se traducen en efecto, por un movimiento real de las exportaciones y de las importaciones. La prosperidad entre los unos, al traer consigo importaciones más voluminosas que las exportaciones, favorece directamente el desarrollo de las otras tendencias “inflacionistas”, características de la euforia económica. El déficit de la balanza es regulado sola-

mente por los créditos extranjeros. No es necesario ningún movimiento de oro o de divisas. No interviene ninguna modificación del cambio. En estas condiciones el mecanismo cuantitativista no entra en funcionamiento.

Esta óptica nueva ha tenido una gran popularidad gracias a la forma elaborada que le ha dado la teoría del multiplicador del comercio exterior. El estudio de C. Clark sobre el ciclo australiano está caracterizado por este punto de vista. La teoría del multiplicador del comercio exterior afirma que un saldo positivo de la balanza comercial (un excedente de exportación) juega el mismo papel de una inversión autónoma inductora. Esta teoría sigue siendo *descriptiva* y no explicativa y además mecanicista. Ya que la coyuntura no tiene un efecto perfectamente definido sobre la balanza comercial. La prosperidad implica el crecimiento paralelo de las exportaciones y de las importaciones. Su efecto sobre la balanza es variable, a veces de mejoramiento, a veces de deterioro. Si bien es verdad que la balanza de pagos (y no la de mercancías) tiene tendencia a ser positiva para los países desarrollados en períodos de depresión, esto es a causa de la suspensión de la exportación de capital más que por consecuencia de un mejoramiento de la balanza comercial. De la misma manera, para los países subdesarrollados es esta detención del flujo de capitales y no la deterioración de su balanza comercial, la que hace aparecer un saldo negativo en los pagos exteriores. Es por esta razón que una balanza alternativamente deficitaria, después excedentaria según el estado de la coyuntura, perfectamente evidente en el siglo XX, no se encuentra en el siglo XIX antes de que el movimiento de capitales tuviera la importancia que adquirió después. Ahora bien, incluso en esta época, no se ha visto nunca que una prosperidad en Europa traiga consigo, como consecuencia de la aparición de un saldo positivo de la balanza europea (efecto "negativo" pero frecuente), una depresión en ultramar. O viceversa.

El sistema monetario internacional y la crisis contemporánea

Nuestra época está caracterizada por una nueva y creciente contradicción entre el carácter mundial de las actividades de las firmas más decisivas en la vida económica (las sociedades transnacionales) y el carácter nacional de las instituciones, especialmente de las instituciones monetarias en el marco de las cuales son determinadas

las políticas económicas de los estados. Este desarrollo de esta nueva contradicción es lo que explica la forma específica que toma la crisis del sistema contemporáneo, es decir, su aparición en el terreno monetario.

La crisis de liquidez internacional

Después del fin de la segunda guerra mundial, el sistema monetario internacional fue fundado, como se sabe, sobre la utilización de 3 tipos de reservas: el oro, las divisas clave (el dólar y libra esterlina) y accesoriamente otras divisas "fuertes" y los créditos aprobados por el FMI sean incondicional o condicionalmente.

De 1951 a 1965 el volumen global para el conjunto del mundo de las reservas internacionales así definidas —países del Camerún, China, Vietnam, Corea, Albania y Cuba excluidos— pasó de 49 a 70 miles de millones de dólares, acusando una tasa de crecimiento de 2.6% al año. Ahora bien, durante este período los intercambios internacionales se desarrollaban a una tasa de 6% anual, reduciendo las reservas de 67% a 43% de las importaciones. Después de 1965 este movimiento se acentuó: el volumen de las reservas internacionales pasó a 93 mil millones de dólares en 1970, que no representan más que el 33% del volumen del comercio mundial.

¿Será origen de la crisis esta reducción del volumen de reservas internacionales? No necesariamente, al menos en lo que respecta a los países capitalistas del centro, y ello por tres razones esenciales, a saber: 1) que el volumen de reservas necesarias no depende del de los intercambios, sino de los saldos por igualar para regular; ahora bien, inmediatamente después de la segunda guerra mundial, la estructura del comercio internacional estaba bastante desequilibrada; lo está mucho menos ahora; por otra parte en 1913 las reservas monetarias —compuestas esencialmente de oro— no cubría más que el 37% de las importaciones mundiales; 2) que no se debería considerar únicamente el stock de los recursos líquidos internacionales sino también la velocidad de circulación, como se hace a nivel monetario interno; 3) que se han inventado procedimientos que permiten reducir el volumen de reservas necesarias, como los acuerdos bilaterales de cambio de divisas (*swap arrangement*). El abanico de los créditos mutuos concedidos pasó de 1.7 miles de millones de dólares en 1961 a 16 mil millones en 1970.

La crisis es resultado en realidad del desequilibrio creciente en la repartición de las reservas entre los diferentes componentes. Mien-

tras el componente oro pasaba solamente de 34 mil millares de dólares en 1951 a 42 en 1965 y a 37 en 1970, el componente dólar pasaba de 4.2 miles de millones en 1951 a 14.8 en 1965 y a 32.8 en 1970, acusando una tasa anual de crecimiento de 9.4 entre 1951 y 1965 y 17.5% entre 1965 y 1970, es decir mucho más elevada que la del conjunto de reservas. Entre 1965 y 1970 la parte de las divisas —principalmente dólares— en las reservas internacionales pasaba de 23.8 miles de millones (33% de las reservas totales) a 44.5 miles de millones (48% del total). En cuanto a las reservas emitidas por el FMI, el tercer componente del sistema, éstas son modestas: 1.7 miles de millones de dólares en 1951 (3.4% de la suma total de reservas), 5.4 en 1965 (7.6% del total) y 10.8 en 1970 (11.8% del total).

El aumento de los haberes en dólares detentados por el exterior ha reducido progresivamente la posición de los Estados Unidos, cuyas reservas de oro disminuyen de 24.4 miles de millones en 1951 a 14.7 en 1965 y 11.1 en 1971. Frente a esta reducción el endeudamiento bruto de los Estados Unidos hacia el exterior pasaba de 8.3 miles de millones en 1951 a 25.2 en 1965 y su endeudamiento neto (deudas de los Estados Unidos hacia el exterior menos créditos de éstos al exterior) de 6.9 a 13.0 miles de millones. Después de 1965 la situación de los Estados Unidos se ha deteriorado a un ritmo acelerado. Sus obligaciones exteriores exigibles pasaron de 29 mil millones en 1965 a 64 en 1971, mientras que las cuentas-acreedoras a corto plazo a su favor pasaban solamente 7.7 a 13.3 miles de millones entre 1965 y 1971. En otras palabras, en tanto que en 1951 los haberes en oro de los Estados Unidos representaban 3.5 veces el monto de su deuda neta a corto plazo, en 1971 sus haberes no cubren más que el 22% de su deuda externa.

Así, gracias al sistema monetario internacional, los Estados Unidos gozan de una situación privilegiada: no tienen porque preocuparse de su balanza de pagos al ser aceptada su moneda nacional como reserva internacional. Dicho de otro modo, el déficit de su balanza de pagos es cubierto automáticamente por un crédito que le concede el resto del mundo.

Esté funcionamiento asimétrico del sistema en beneficio de su centro norteamericano era aceptado mientras que los Estados Unidos gozaban de una posición de fuerza frente a los otros países capitalistas desarrollados. En efecto, en tanto que la superioridad industrial norteamericana en todos los terrenos —frente a Europa del oeste y al Japón en reconstrucción— se traducía en una ten-

dencia permanente al excedente de la balanza exterior de los Estados Unidos, el “hambre de dólares” era general y el sistema podía funcionar. Pero más tarde, Europa y Japón realizaron considerables progresos y, en ciertos terrenos, se han convertido en competidores de los Estados Unidos. Por otro lado los Estados Unidos se han empeñado en una política mundial de intervención que supera su fuerza real, como lo testimonia su atolladero militar en Vietnam. La una y la otra de estas dos causas han conducido a un cambio brusco de la balanza exterior de los Estados Unidos desde entonces deficitaria. Por lo tanto los dólares se acumulan en manos de los extranjeros y, lo que es más grave, en cantidades mayores de las que estos desearían detentar. Confrontadas con los haberes en oro de los Estados Unidos, estas obligaciones aparecen entonces brutalmente como inconvertibles, e incluso difíciles de recuperar: la confianza en el dólar está quebrantada y el sistema monetario internacional se desmorona.

El análisis de las causas a las que se atribuye la crisis monetaria internacional y el examen de las soluciones preconizadas por los expertos ofrecen lecciones particularmente instructivas. Los mejores expertos de occidente reconocen que la crisis no se debe a una insuficiencia global del volumen de liquidez internacional, sino a la *anarquía* que preside la evolución de los diferentes componentes de las reservas mundiales. Sin embargo se abstienen de analizar la significación de esta anarquía en términos de conflictos entre naciones del centro del sistema capitalista, conflictos que aparecen cuando el equilibrio de las relaciones de fuerza es puesto en duda por el desarrollo desigual de los diferentes capitalismos en cuestión. Así mismo las soluciones preconizadas son, sea ineficaces, o bien la expresión de deseos piadosos que suponen que los conflictos de interés están saldados.

La tendencia al excedente de la balanza de pagos de los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial no era la expresión de un equilibrio estructural particularmente “feliz”, sino la de un desequilibrio sobre el que se había establecido la dominación americana. El dólar, moneda de reserva internacional, universalmente aceptada, expresaba esta dominación. Después de diez años esta dominación fue puesta en duda por los rápidos progresos de Europa, particularmente de Alemania Federal y del Japón. La nueva relación de fuerzas no era “más armoniosa” que la precedente, pero sí diferente. Se manifiesta también por una tendencia al desequilibrio de las balanzas exteriores de las potencias, pero en sentido inverso:

es la balanza de Alemania, del Japón y de algunos otros que en adelante tiene sucesivamente tendencia excedentaria y la de Estados Unidos deficitaria. Los defensores de los Estados Unidos como Kindleberger, niegan que la balanza de pagos norteamericana sea "realmente" deficitaria. Consideran que este déficit no es más que "aparente" porque no sería más que el reflejo del uso del dólar como moneda de reserva. Esto evidentemente no tiene sentido, pues si fuera así, no habría crisis. El hecho de que haya crisis (la cual se refleja en otro hecho: la devaluación del dólar en 1971) prueba que los dólares se acumulan por encima del deseo de los agentes económicos de detentar existencias en dólares. Pocos "expertos" reconocen que la crisis refleja una reversión del sentido del desequilibrio estructural permanente del sistema que ha oscilado en el curso de los años 60, porque ello exigiría reconocer que el sistema mundial es el resultado de un ajuste estructural de los más débiles para con los más fuertes y no de una progresión universal armónica.

Ciertamente la modificación de la tendencia en las relaciones de fuerza mundiales no ha sido nunca instantánea, sería infantil concluir que el capitalismo norteamericano ha perdido toda vitalidad. Es por lo que la controversia relativa a la evolución de la balanza de pagos de los Estados Unidos permanece confusa. No se puede negar que el flujo de exportación de los capitales norteamericanos hacia Europa constituye uno de los elementos del déficit norteamericano, ni que este flujo no haya sido —al menos en parte— debido a las medidas discriminatorias tomadas por la Comunidad Europea y la Asociación Europea de Libre Intercambio en contra de las exportaciones norteamericanas, medidas anuladas por la instalación de firmas norteamericanas en Europa misma. Sin embargo, estas medidas discriminatorias constituyen un *medio* por el que Europa ha restablecido su posición, un arma de su arsenal puesta a trabajar para modificar las relaciones de fuerza que le eran desfavorables al finalizar la guerra. Este medio, entre otros, ha sido eficaz. El flujo de capitales provenientes de los Estados Unidos no muestra solamente la vitalidad del capitalismo norteamericano; refleja igualmente las dificultades de la acumulación en los Estados Unidos (es decir desequilibrio interno de la economía norteamericana); se salda en definitiva en un retraso del crecimiento de los Estados Unidos y una aceleración del de Europa; constituye así un elemento del proceso de modificación de la relación de fuerzas. Lo que ha molestado a los europeos, es que el sistema monetario internacional, fundado sobre principios surgidos

en un período superado, haya permitido a los norteamericanos financiar estas exportaciones de capitales a su cuenta y riesgo. En efecto, la utilización del dólar como moneda internacional les ha permitido "tomar prestados" los capitales con los que han financiado sus inversiones en Europa. Ahora bien, la tasa de interés pagada por estos empréstitos —un poco "forzados" ya que se trata de haberes en dólares retenidos contra el deseo de sus dueños— es módica (inferior al 3%), mientras que la tasa de ganancia realizada gracias a estas inversiones es considerable (7 a 15%). Este mecanismo de transferencia de valor hacia el centro dominante es clásico: no es diferente del que, en general, se expresa en las relaciones centro-periferia, especialmente en una zona monetaria colonial o neocolonial. Es impugnado precisamente porque la evolución de la relación de fuerzas no justifica ya esta ventaja exorbitante del dólar.

El rechazo a considerar que la modificación de la relación de fuerzas es el origen de la reversión del sentido del desequilibrio estructural permanente explica el carácter desordenado y contradictorio así como la debilidad teórica de las soluciones preconizadas. Estas soluciones no salen nunca de la alternativa: cambios flexibles o moneda universal. La primera solución es ineficaz, la segunda imposible.

Los cambios flexibles son insoportables si el sistema mundial sufre desequilibrios estructurales, como es el caso, pues conducen al desorden permanente. Las "paridades rampantes" o los márgenes de fluctuaciones autorizadas en el marco de un régimen de cambios fijos constituyen paliativos posibles pero no soluciones reales. En cuanto a la adopción de una moneda universal, es decir, de un instrumento emitido por una autoridad supranacional, da por supuesto que el problema está resuelto: con la regulación del conflicto de intereses a nivel de esa autoridad supranacional. El "regreso" al patrón oro, es decir, el restablecimiento concertado del valor del oro, teóricamente permitiría multiplicar el volumen de liquidez internacional; pero la distribución de esta liquidez seguirá siendo inadecuada, y la evolución de esta distribución no escaparía a la de las relaciones de fuerza. Por otro lado el sistema no "se desembarazaría" de la costumbre de utilizar las monedas *nacionales* de los países dominantes como reservas internacionales. Con justa razón hemos recordado a los nostálgicos del siglo XIX, que el sistema de patrón oro era también, *de facto*, un sistema de patrón esterlina, la moneda nacional del país dominante entonces. Toda modificación de la relación de fuerzas internacionales traerá consigo la transfe-

rencia de la utilización de las monedas claves de una divisa a otra. Aún más, no está claro qué potencia impondría ahora esta revaluación universal del metal amarillo, ya que como se sabe los dos beneficiarios principales serían África del Sur y la URSS. Y si el oro es reevaluado, será por otra razón, porque la inflación rampante de nuestra época exige esta revaluación, en tanto que el oro es utilizado —y este es el caso— como uno de los medios de pago internacional.

La idea de una moneda de crédito universal no es nueva. Keynes la preconizó en 1945 con la emisión casi automática banco oro, al ritmo de los desequilibrios internacionales. Aunque el otorgamiento de estos créditos estuviera lleno de condiciones, el sistema sólo podría funcionar si: 1) los desequilibrios fueran pasajeros, y entonces las políticas monetarias prescritas por la agencia emisora resultarían ser eficaces, o 2) en el caso de que los desequilibrios fueran estructurales, si la agencia estuviera dotada de un poder supranacional considerable que le permitiera orientar eficazmente las políticas de crecimiento de los estados e imponer una política mundial de desarrollo armonioso. Triffin vuelve a tomar la utopía en el nivel en que Keynes la había abandonado. No es absurdo el acercamiento que este autor hace entre la evolución del sistema internacional y la de los sistemas monetarios nacionales, basados antiguamente sobre el metal, a la que se yuxtaponen las monedas fiduciarias emitidas por una multitud de instituciones sometidas progresivamente a un centro único, la banca central. Pero el "centro único de reserva" propuesto a escala internacional, que sería la banca de los bancos centrales y crearía reservas según modalidades tales que su volumen y su distribución se adapten sin cesar a las necesidades del comercio mundial, supone que habría más conflictos entre las naciones.

No es pues por casualidad que el sistema internacional no ha sido capaz de crear una moneda universal. El sistema sigue basado sobre el oro y las monedas claves. Los derechos de giro del FMI son los créditos dispensados precisamente en estas monedas claves, y en ninguna otra. Por tanto el dólar era la única de estas monedas claves (la libra dotada de un brillante estatuto segundo), el FMI no era otra cosa que una agencia de ejecución de la política de la tesorería norteamericana. Ya que otras monedas aspiran a este papel, el FMI se convierte en uno de los teatros del conflicto entre estas monedas y el dólar. La creación, en 1969 de los derechos especiales de giro no ha cambiado en nada el asunto. Triffin puede

muy bien escandalizarse por la regla de distribución automática de estos DEG (en el prorrateo de las cuotas, que reserva 72% de ellas a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña y coloca menos del 20% de dicha "moneda" en 80 países subdesarrollados, así como puede encontrar "sublevante" su utilización para el financiamiento de políticas nacionales (en su momento lo dijo explícitamente: la política norteamericana de guerra en Vietnam); en realidad nada de ello debía sorprender. Ya que la crisis no es la expresión de un conflicto abstracto entre una ideología "paleo nacionalista" (igualmente repartida entre todas las naciones) y el noble ideal de una construcción universal, sino que expresa un conflicto concreto: el que opone el dólar, que hereda una posición dominante y las ventajas de ella, con los candidatos de un reparto "más equitativo" de estas ventajas, en primer lugar el marco alemán y el yen japonés.

La experiencia europea testifica por otra parte la naturaleza del conflicto. A partir de 1964 la comunidad europea ha avisado un sistema de libertad de intercambios, lleno de medidas de solidaridad monetaria gracias a la puesta en práctica de políticas de estabilización a corto plazo. Este estilo de "concertación" no ha sido eficaz en tanto que no había un gran conflicto de interés. La crisis de 1968 puso fin a las ilusiones: se admite ahora que una moneda común (o, lo que es lo mismo, la convertibilidad ilimitada a tasa fija) exige un centro único de decisión que asegure la realización de una política única, económica y social a escala de toda Europa. La moneda no puede preceder el logro de la función económica; no puede más que coronar la obra.

Si no existe una autoridad supranacional, a escala mundial o europea, en cambio existen ya autoridades transnacionales, que son las sociedades multinacionales. Estas no constituyen sin embargo un conjunto que tenga un objetivo único, sino intereses múltiples, en conflicto; estos conflictos rebasan las fronteras y se superponen a los conflictos entre capitalismo nacionales. Es por esto que no es posible ya contentarse, como era posible hace todavía 20 años con razonar en términos de conflictos nacionales sin examinar las estrategias de las sociedades multinacionales. La aparición de los "eurodólares", conocidos por vez primera en 1957, el desarrollo del mercado de estos recursos líquidos, el nacimiento ulterior de mercados similares sostenidos sobre otras monedas, principalmente el marco y el yen, dan testimonio del papel creciente de las sociedades multinacionales. En efecto estos haberes, redactados en dólares (y ahora en otras monedas), detentados por no residentes de los Estados

Unidos (o en el país de la divisa en la que son impresos) y colocados fuera de los Estados Unidos (o fuera del país de origen), provienen muy ampliamente de las tesorerías de las grandes sociedades multinacionales. Móviles al extremo, estos haberes no son los de una multitud de "pequeños especuladores" como era el caso antes de la masa de los capitales flotantes. Su movilidad viene de su origen mismo, como lo prueban las sociedades multinacionales que con su juego de papeleo interno, los transfieren sin dificultades. Ahora bien, el monto en el que los eurodólares, euromarcos, euroyens, etcétera figuran en las reservas internacionales es considerable: del orden de 12 mil millones de dólares en 1971. La comunicación entre los diferentes mercados monetarios que protegen debilita sin duda alguna la eficacia de las políticas monetarias nacionales e introduce de este modo un motivo suplementario de fragilidad en el sistema.

La crisis monetaria internacional debe así ser interpretada como la forma específica en nuestra época, de una crisis más profunda del sistema. La fase del crecimiento rápido que ha caracterizado al centro en su conjunto a partir de 1950 llega a su fin; el debilitamiento de las tasas de crecimiento; como lo prueba el *estancamiento* (estancamiento a pesar de la inflación) supera al crecimiento acompañado de inflación. Las contradicciones se agudizan, entre naciones, así como entre grupos y sociedades multinacionales, y, con ellas, la lucha por los mercados exteriores se hace conflictiva. Paralelamente la relación de fuerzas características de postguerra, basadas sobre la dominación de los Estados Unidos, está en plena evolución. De allí la doble crisis: en profundidad, del equilibrio producción-consumo, y en la superficie, la del sistema monetario internacional.

Los países subdesarrollados y la crisis monetaria internacional

Los países subdesarrollados no tienen voz en el terreno del sistema monetario internacional. Ciertamente, y formalmente, ellos son miembros del FMI; pero si en otras instancias internacionales ellos ocupan algunos asientos, aquí su papel es únicamente el de figuras. Pues la cuota parte de cada Estado miembro al ser pagada al menos en tres cuartas partes en moneda nacional, hace que su contribución tenga solamente un valor simbólico (y los recursos efectivamente utilizables por el FMI son inferiores a la suma de las cuotas de esas contribuciones sin valor), ya que sus monedas nacionales no son medios de pago internacionales, como lo son las divisas claves (dólar y libra) o las divisas fuertes (marco, yen,

franco suizo, etcétera) de las que algunas aspiran a entrar en el grupo dominante. Es por ello que la política del FMI es elaborada en el grupo más restringido de los "DIEZ" que constituye el sistema monetario internacional.

La admisión de los países subdesarrollados cumple en realidad dos funciones. La primera es constituir una masa para maniobras de apoyo a la que se dirigen los protagonistas de las diferentes políticas en el seno del grupo de las DIEZ. En la conferencia de Río (1967), se ha visto, cómo los Estados Unidos han hecho prevalecer la solución de los derechos especiales de giro insistiendo —un poco pesadamente— en las "dádivas" de una pequeña fracción de esos derechos a los "80 pobres", miembros del Fondo, que eventualmente se plegarán a las políticas preconizadas por ellos.

La segunda función del Fondo es la de mantener los compartimientos monetarios de la periferia en el marco de las necesidades de funcionamiento del sistema internacional. Las potencias coloniales disponían, y a veces disponen aún, para ello, de instrumentos institucionales mucho muy eficaces: las zonas monetarias (esterlina, franco, escudo, etcétera) y la red de sus bancos comerciales que dominaban, o dominan todavía, el sistema monetario de las colonias y de los países dependientes. Poco después de la segunda guerra mundial toda el África y la casi totalidad de Asia estaban todavía dominados y controlados de esta manera, principalmente por la libra esterlina, accesoriamente por el franco francés. Este poder aún importante de la libra, sin equivalente con el lugar de la Gran Bretaña en la economía mundial, ha sido una de las principales razones por las que la libra ha sido consagrada por el FMI como segunda moneda clave. Pero en esta misma época América Latina escapaba todavía en su conjunto de todo control monetario exterior formal. Por otro lado los Estados Unidos aspiraban a posar su pie en las zonas de Asia y del Medio Oriente que llegaban a la independencia política. El FMI les proveía del marco necesario para la organización de este relevo. Esta política fue por otra parte redituable ya que, progresivamente, América Latina entraba en la esfera del dólar, en tanto que Asia y el Medio Oriente salían de la de la libra. Cuando en 1960 África llegaba a la soberanía internacional, no pudo rehusársele la admisión en el Fondo. Aunque esta pertenencia haya tenido poco sentido para los países que como los de la zona del franco no disponían de un mínimo de autonomía monetaria para permitirles política monetaria alguna.

Si se quiere comprender cómo el Fondo llenaba esta función

para el sistema en relación a los países de la periferia, es necesario recordar primero que los países subdesarrollados conocían casi permanentemente dificultades de pagos exteriores, que se traducían en desequilibrio estructural fundamental entre el centro-periferia y la transferencia del valor sistemático de la periferia hacia el centro.

Si estamos aunque sea poco informados correctamente sobre el volumen y la evolución de las reservas brutas y netas de los países desarrollados, lo que estaremos todavía menos en relación con la situación de la mayor parte de los países subdesarrollados. Si las reservas brutas del sistema monetario son censadas, por el contrario, el endeudamiento de los países subdesarrollados es muy mal conocido; la frontera entre la deuda a corto plazo (la única —solamente en parte— que es expuesta en las de los informes bancarios) y la deuda a mediano y largo plazo es aquí movable y poco significativa: una parte, no despreciable de la deuda a largo plazo sirve en efecto para cubrir las necesidades inmediatas de consumo corriente, que en gran parte se satisfacen con importaciones.

A las deudas del sistema monetario se agregan las del estado y de las empresas, privadas y públicas. Por otro lado sumas considerables representan los haberes de "residentes" (comprendidos los nacionales) ubicados en el exterior, que tampoco forman parte de las reservas nacionales, porque en ningún caso estos haberes están destinados a ser repatriados.

Asimismo siguiendo el estado y la evolución de las reservas brutas del Tercer Mundo tal y como aparecen en las estadísticas del FMI se puede tener la impresión de que los países subdesarrollados no sufren, en su conjunto, de una insuficiencia en sus liqui-
deces internacionales.

En lo que respecta a los países de Asia, las reservas internacionales brutas de doce Estados no petroleros para los cuales se disponen de estadísticas comparables desde 1948, han caído de 5.4 miles de millones de dólares en 1948 a 3.7 en 1951 y 3.6 en 1966; en tanto que las importaciones de estos países pasaban de 4.4 a 5.1 y después a 9.5 miles de millones respectivamente para cada una de estas tres fechas. El Asia, que disponía después de la guerra de reservas considerables, especialmente de créditos esterlinas de la India (más de 1.2 miles de millones de libras para la India y Pakistán), ha visto hundirse sus reservas brutalmente de 1948 a 1951 (la relación de las reservas con las importaciones ha caído de 122% a 73%), más lentamente pero sin embargo regularmente después de esta fecha (la relación es de 38% en 1966). Las reservas de los

grandes países como la India y Pakistán no cubren poco más de un trimestre de importaciones. Las reservas de los pequeños estados se han conducido mejor, especialmente la de Tailandia que aumentaron de 0.7 miles de millones de dólares entre 1948 y 1966. Las reservas de los países petroleros del Medio Oriente han aumentado fuertemente: las de Irán y de Irak de, 0.3 miles de millones de dólares en 1951 a 0.7 en 1966; en tanto que las de Kuwait (reservas del Currency Board y del gobierno) pasaban a 1.1 miles de millones en 1966 y las de Arabia (Saudi Arabia Monetary Agency) a 0.8.

del modo asiático un modo general y anterior al esclavismo, lo que nos parece totalmente erróneo.

⁴ Más abajo, Cap. v, Título II & 5.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

CAPÍTULO I: LAS FORMACIONES PRECAPITALISTAS

Título I: *Los modos de producción*

Bibliografía:

- CERM, mimeógrafo, (diversos autores), *Sur le mode de production asiatique*, Ed. sociales, 1969.
- CERM, (diversos autores), *Sur le féodalisme*, Ed. Sociales 1971.
- Guy Dhoquois, *Pour l'histoire*, Anthropos, 1971.
- Marx, *Grundrisse*, Pléiade, Economie, tome II, pp. 312 y sig., prefacio de Hobsbawn a la edición inglesa, Londres, 1964.
- Claude Meillassoux, *Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'auto-subsistence*, *Cahiers d'Etudes Africaines*, N.º 4, 1960.
- Umberto Melotti, *Marx et il Terzo Mondo*, Milano, 1971.
- Pierre Philippe Rey, *Le mode de production lignager* (ORSTOM, mimeógrafo).
- Gianni Sofri, *Il modo di produzione asiatico*, Einaudi, 1969.
- Emmanuel Terray, *Le Marxisme devant les sociétés primitives*, Maspero, 1969.
- Ferenc Tokei, *Sur le mode de production asiatique*, Budapest, 1966.
- K. Wittfogel, *Le despotisme asiatique*, Ed. Minuit, 1965.

Notas*

- ¹ G. Dhoquois, op. cit., p. 50.
- ² En eso estriba el error del trotskismo, ver más abajo, Cap. II, Título I y Cap. v, Título III.
- ³ Maurice Godelier (La noción de "modo de producción asiático" y los esquemas marxistas de la evolución de las sociedades, Cuadernos del CER, (mimeo) al tomar las ideas de F. Tokei, hace

* Los números de las notas no están señalados en el texto. (NT).

Título II: *Las formaciones sociales*

Bibliografía:

- Catherine Coquery, *Recherches sur un mode de production africain*, La Pensée, abril, 1969.
- Eugène D. Genovèse, *L'économie politique de l'esclavage*, Maspero, 1968.
- Abraham Léon, *La conception matérialiste de la question juive*, EDI, 1968.
- Antoine Pelletier et Jean-Jacques Goblot, *Matérialisme historique et histoire des civilisations*, Ed. Sociales, 1969.
- P. P. Rey, *Sur l'articulation des modes de production*, Problèmes de planification N.º 13, EPHE, mimeo.
- J. P. Vernant, *Les origines de la pensée grecque*, PUF, 1962.

Notas:

- ¹ Abraham León, op. cit.
- ² Es a Francois Quesnay a quien corresponde el haber inaugurado dentro de la ciencia social el análisis del funcionamiento de la economía en términos de generación y circulación del excedente.
- ³ Tesis sugerida por Pelletier, Goblot y Vernant (op. cit.) en relación con Grecia y por C. Coquery (op. cit.) en relación con África negra.
- ⁴ Héctor Silva Michelena, La formación económica: notas acerca del problema y su definición, IDEU., 1971, mimeo.
- ⁵ Nos adelantamos aquí rompiendo la continuidad de la obra, Cap. II, a Cap. v.
- ⁶ Más adelante, Cap. v.

Título III: *Las clases sociales, la articulación de las instancias*

Bibliografía:

- Louis Althusser, *Pour Marx* (Maspero 1965); *Lire le Capital*, tomo 2 (Maspero 1965); Etienne Balibar, misma fuente.

Ralph Miliband, *The state in capitalist society*, Londres, 1969.
 Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, Maspero, 1968.
 Socialist Register 1965, 1967, 1968, 1969, 1970, 1971, (artículos de R. Miliband, Donald Clark Hodges, Monty Johnstone, John Merrigton, Isaac Deutscher, R. Rossanda, J. P. Sartre, Hal Draper, Istvan Meszaros y E. Arblaster).

Notas:

¹ Después volveremos a encontrar este problema, ver adelante, Cap. v.

² Entre los autores que no han leído atentamente a Marx es obsesiva esta leyenda de una contradicción entre el libro I y el libro III de *El Capital*, y en realidad Marx formula la ley de la igualdad de ganancia y distingue valor, precio natural, precio de costo, etc. . .

Título IV: Naciones y etnias

Bibliografía:

Staline, *le Marxisme et la question nationale*.

Notas:

¹ Lo que sigue se debe mucho a una correspondencia privada que hemos sostenido con nuestro amigo Saad Zahrane, respecto a la "nación árabe". Es a Zahrane a quien debemos ésta idea de que el fenómeno nacional debe ser asociado a la existencia de una clase que asegura la unidad económica del país, y esta unidad económica debe ser entendida en sentido más amplio que el que procede del mercado capitalista. Igualmente proviene de Zahrane el calificativo de "guerreros-comerciantes" para designar a la clase que asegura esta unidad en el mundo árabe.

² Es aquí que se ve cuán superficial es la tesis del despotismo oriental y del determinismo "hidráulico" de las sociedades asiáticas, desarrollada por Karl Wittfogel (*El despotismo oriental*, Ed. Minuit, 1960). A lo largo de nuestro texto encontraremos muchas veces esta tesis y daremos una interpretación radicalmente diferente del modo tributario.

³ Los párrafos que siguen respecto al mundo árabe y África negra, serán desarrollados más adelante. (Ver Título VI, de este mismo Capítulo). Aquí volvemos a ver los resultados teóricos.

Título v: *El nacimiento del modo de producción capitalista*

Bibliografía:

Paul Bairoch, *Révolution industrielle et sous-développement*, SEDES, 1965.

Maurice Dobb, *Etudes sur le développement du capitalisme*, Maspero, 1969.

P. Sweezy, M. Dobb, R. Hilton, C. Hill, H. Takahashi, *The transition from feudalism to capitalism*, Londres, 1954.

Notas:

¹ Etienne Badatz, *La burocracia celeste*, Gallimard, 1969. Jean Chesneaux, *Movimientos populares y sociedades secretas en China en los siglos XIX y XX*. Maspero, 1970.

² Weber, *La ética del Protestantismo*. En Godelier, art. citado, se vuelve a encontrar esta explicación dudosa.

³ Este carácter de las revueltas campesinas en China ha sido bien analizado por Chesneaux (ver más arriba). Ver también los estudios de Hobsbawm sobre las revueltas "primitivas" y los de Lanternari sobre los movimientos religiosos (*Los movimientos religiosos de los pueblos oprimidos*, Maspero, 1963).

⁴ Ver adelante, Cap. v Título I & I.

⁵ Este problema fue tratado por primera vez y de manera por demás brillante por Pierre Philippe Rey (*Sobre la articulación de los modos de producción*), ver adelante, Cap. II, Título I.

⁶ Especialmente en la *Crítica del Programa de Gotha*, Pleiade, Economie, tomo I, pp. 413 y siguientes.

Título VI: *El bloqueo de las formaciones comerciantes: el mundo árabe*.

Bibliografía:

E. Bovill, *Caravans of the Old Sahara*, Londres, 1933.

Claude Cahen, *L'Islam des origines aux débuts del l'empire ottoman*, Bordas, 1970.

M. A. Cook (ed.), *Studies in the economic history of the Middle East*, Oxford Univ. Press, 1970 (artículos de Baer, Cahen, Ehrenkreutz, Labid, López, Miskimin, Udovitch, Rodinson, Davis, Ashraf, Chevallier).

- C. Coquery, *Recherches sur un mode de production africain*, artículo citado.
- René Galissot, Lucette Valensie, Charles Parrain, *Sur le féodalisme*, Colección citada.
- Richard Gray and David Birmingham (ed.), *Pre colonial african trade*, Oxford Univ. Press, 1970.
- Yves Lacotes, *Ibn Khaldun*, Maspero, 1965.
- Abdallah Laroui, *L'histoire du Maghreb*, Maspero, 1970.
- Claude Meillassoux (ed.), *The development of indigenous trade and markets in West Africa*, Oxford University Press, 1971; (artículos de Meillassoux, Wilks, Daaku, Coquery, Cohen, Curtin, Boutillier, Arhin, Augé).
- André Miguel, *L'Islam et sa civilisation*, Armand Colin, 1968.
- Maxime Rodinson, *Mahomet*, Le Seuil, 1968.
- Lucette Valense, *Le Maghreb avant la prise d'Alger*, Flammarion, 1969.

Notas:

- ¹ M. Robinson, op. cit.
- ² Y. Lacoste, op. cit.
- ³ Ver los Viajes de Ibn Batouta (Anthropos, 1968), igualmente El Bekri, *Descripción de Africa septentrional*, Maisonneuve, 1965, pp. 324 y siguientes.
- ⁴ Dos obras egipcias han entendido bien esta especificidad de Egipto en relación con el mundo árabe oriental y del Maghreb: Cobhi Wahida (*Fi Ucul Al Masala al micriya*, El Cairo, 1950) y Jamal Hamdan (*Shanhsiya Micr, dirasat fi abqariya al makan*, El Cairo, 1970).
- ⁵ E. Bovill, op. cit.
- ⁶ Ver El Bekri, páginas citadas.
- ⁷ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, Armand Colin, 1949.

Título VII: *El bloqueo de las formaciones tributarias*

Bibliografía:

- E. Balazs, *La bureaucratie céleste*, Gallimard, 1969.
- Jean Chesneaux, *Le Viet Nam*, Maspero, 1968.
- Jean Chesneaux (éd.), *Les mouvements populaires et les sociétés secrètes en Chine aux XIXème et XXème siècles*, Maspero, 1971.

Histoire Universelle, *La Pleiade*, tomo III, capítulo relativos a la India (Pierre Meile), China (Roger Lévy), Sureste asiático (Le Thanh Khoi), Indonesia y Malasia (Jeanne Cuisinier).

Notas:

- ¹ En los *Grundrisse, Pleiade, Economie*, Tomo II, pp. 132 y sig.
- ² Aquí volvemos a encontrar el error de juicio de Wittfogel respecto al "despotismo oriental".

CAPITULO II: *Las leyes fundamentales del modo de producción capitalista*Título I: *Fuerzas productivas y relaciones de producción en las formaciones centrales*

Bibliografía:

- C. Bettelheim, *Calcul économique et formes de propriété*, Maspero, 1970.
- F. Jakubowsky, *Les superstructures idéologiques dans la conception matérialiste de l'histoire*, EDI, 1972.
- Bernard Jobic, *La révolution culturelle et la critique de l'économisme*, *Critiques de l'Economie Politique*, N° 7-8, 1972.
- Marx, *Un chapitre inédit du Capital*, coll. 10-18, 1971.
- Ralph Miliband, *The state in capitalist society*, op. cit.
- Infra, chap. v, sección III.
- Supra, chap. I, section I, II y III.

Notas:

- ¹ P. P. Rey, *Colonialismo, neocolonialismo y transición al capitalismo, la experiencia de la Comilog en el Congo*, Maspero, 1971.
- ² Engels, prefacio al libro III de *El Capital*, en Marx, Colección Pleiade, tomo III, Economie.
- ³ Ver arriba, Cap. I.
- ⁴ Piero Sraffa, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Cambridge, 1960.
- ⁵ Ver Mahmoud Abdel Fadil, *La escuela de Cambridge hace una crítica radical a la teoría económica oficial*, *Le Monde*, 30/11/71; Joan Robinson, *La importancia de la teoría económica*

(Monthly Review, Enero 1971); *La medida del capital: el final de la controversia* (Economic Journal, Sept. 1971).

⁶ Este problema, suscitado por primera vez por Bortkiewicz en 1907, ha provocado una larga controversia animada por Nathalie Moszkowska, Hilferding, Boudin, etc... Esta discusión fue reemprendida por Sweezy (*La teoría del desarrollo capitalista*, New York, 1942, Capítulo VII y el expediente fue reabierto más recientemente por Emmanuel [*El Hombre y la Sociedad*, No. 18, 1970]. Ver igualmente Oscar Braun (*Comercio internacional e imperialismo*, doc. mimeo, Buenos Aires, Centro de Estudio de Economía Política, Apéndice B, pp. 60 y siguientes).

⁷ Marx, *Crítica del Programa de Gotha*; Engels *Anti-Duhring*

⁸ en un artículo que se remonta a 1922

⁹ Kantorovitch, *Cálculo económico y utilización óptima de los recursos*, Dunod 1963.

Entre sus émulos ver Godelier, *Racionalidad e irracionalidad en economía*, Maspero 1966, pp. 210 y siguientes. Para un balance de conjunto de este problema ver H. Denis y M. Lavigne, *El problema de los precios en la Unión Soviética*, Cuyás 1965.

¹⁰ P. P. Rey, *Sobre la articulación de los modos de producción*, op. cit.

¹¹ P. Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, SEDES, 1965.

¹² *Crítica del Programa de Gotha*, Pleiade, Economie, Tomo I, pp. 143 y siguientes.

¹³ E. J. Mishan (*Los costos del crecimiento económico*, Pleican Book, 1969) los mismos que Barbara Ward y René Dubos (*Solamente una tierra*, Norton & Cy, New York 1972) proceden a realizar esta autocrítica de la economía convencional que ignora el costo de explotación de las riquezas naturales cuyo acceso es libre.

¹⁴ Ver más adelante, Capítulo III

¹⁵ P. P. Rey, op. cit.

¹⁶ Nicos Poulantzas, op. cit.

¹⁷ En sus más recientes trabajos que conducen al medio ambiente.

¹⁸ E. J. Bishan, op. cit.

¹⁹ Michael Tanzer, *La economía política del Petróleo Internacional y los países subdesarrollados*, Londres 1970.

Título II: *La acumulación en las formaciones centrales*

Bibliografía:

Critiques de l'Economie politique, N° 4-5, 1971 (artículos de J. Valier y Roman Rosdolsky).

Henri Denis, *Marchés nouveaux et accumulation du capital*, L'homme et la société N° 22, 1972.

Henri Denis, *Le rôle des débouchés préalables dans la croissance économique de l'Europe occidentales et des Stats Unis*, Cahiers de l'ISEA, N° 5, 1961.

David Horowitz (ed.), *Marx and modern economics*, Modern Reader, 1968.

Anne Marie Laulagnet, *Les schémas de la reproduction du capital chez Marx*, *Problèmes de Planification*, N° 9, EPHE, mimeo.

Lénine, *Le romantisme économique; A propos de la question des marchés*.

Rosa Luxemburg, *L'accumulation du capital*, Maspero, 1967.

Jacques Nagels' *Genèse, contenu et prolongements de la notion de reproduction du capital sel on Marx*, Bruxelles, 1970.

Notas:

¹ J. Robinson intentó, sin éxito, examinar el problema de la baja tendencia de la tasa de ganancia en términos de la economía marginalista. Ver: *Un ensayo sobre economía marxista. La generalización de la teoría general, la tasa de interés y otros ensayos*. La crítica a J. Robinson fue hecha por Jean Bailly y Patrick Florian (*La exacerbación de las contradicciones en las economías semi-industrializadas*, *Critiques de l'economie politique*, No. 3, 1972. Igualmente ver J. Benard, *La concepción marxista del Capital* pp. 308-309.

² Punto subrayado por Sraffa, op. cit.

³ J. P. Dellez, *La planificación en los países de economía capitalista*, Mouton 1968.

⁴ Baran y Sweezy, *El capitalismo monopolista*, Maspero 1968.

⁵ E. Mandel, *La teoría del valor trabajo y el capitalismo monopolista*, *Critiques de l'economie politique* No. 1, 1970.

Título III: *El sistema monetario*

Bibliografía:

Suzanne de Brunhoff, *L'offre de monnaie*, Maspero, 1971.

Critiques de l'Economie politique, N° 1, 1970, autores diversos.

J. L. Dallemagne, *L'inflation capitaliste*, Maspero, 1972.

Anne Marie Laulagnet, *Les schémas de la reproduction du capital chez Marx*, op. cité.

Lénine, *Le romantisme économique; A propos de la questions des marchés*, op. cit.
 Rosa Luxemburg, *L'Accumulation du capital*, op. cit.
 Paul Mattick, *Marx et Keynes*, Gallimard, 1972.

Notas:

¹ En Paul Mattick, Henri Denis, Suzanne de Brunhoff (op. cit.) es donde puede encontrarse la mejor síntesis crítica del monetarismo keynesiano. Nosotros no damos aquí la bibliografía completa de los trabajos de las escuelas monetaristas criticadas. Ver a este respecto *La acumulación a escala mundial*, pp. 382 a 396 y pp. 347 a 444.

² Más adelante, Cap. iv, título iv & 3.

³ Más adelante, título v & 3 de este mismo capítulo.

⁴ Anne Marie Laulagnet, op. cit.

⁵ *El Capital*, libro I, Primera sección, Cap. III; Libro II, tercera sección, cap. XII y XIII; Libro III, quinta sección, cap. XVI, XVII y XVIII; y *Crítica de la Economía Política*, Pleiade, Economía, Tomo I; pp. 38 y siguientes.

⁶ J. Schumpeter, *La Teoría del Desarrollo Económico*, Cambridge USA, 1934.

⁷ Ver la bibliografía en *La acumulación a escala mundial*, páginas citadas, en la nota (1). Ver también J. L. Dallemagne (op. cit.) y *La Inflación*, diversos autores, *Critiques de l'Economie politique*, op. cit.

Título iv: *Del ciclo a la coyuntura*

Bibliografía:

M. Dobb, *Political Economy and Capitalism*, Londres, 1937.
 Léon Sartre, *Esquisse d'une théorie marxiste des crises périodiques*, París, 1937.
 P. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, New York, 1949.

Notas:

¹ Para la teoría marxista del ciclo, ver *El Capital*, Libro II, cap. 21; Sartre y Sweezy (op. cit.) Para una bibliografía de las teorías convencionales del ciclo criticadas, ver *La acumulación a escala mundial*, pp. 478-494.

² Baran y Sweezy, *El capitalismo monopolista*, op. cit.

³ Ver más adelante, Título v & 3.

⁴ Jacques Neré, *La crisis de 1929*, col. v, 1969.

⁵ J. P. Mockers, *Crecimientos comparados, Alemania, Francia, Reino Unido*, 1950-67, Dunod, 1969.

Título v: *Las relaciones internacionales*

Bibliografía:

Thomas Balogh, *Partenaires inégaux dans l'échange international*, Dunod, 1971.

Critique de l'Economie politique, N° 2, 1971, autores diversos, *la crise du système monétaire international*.

Documents de la conférence d'El sinore (Imperialism), abril, 1971, mimeografiado.

Documents de la conférence de Tilburg (Capitalism in the 70's), sep. 1970, mimeografiado.

Victor Perlo, *Decline of US imperialism in the 60's and 70's (Capitalism in the 70's)*, Tilburg, sep. 1970, mimeo).

Robert Triffin, *Le système monétaire international*, París, 1969.

Richard Wolff, *L'expansion à l'étranger des banques américaines*, (Critiques de l'économie politique N° 4-5, 1971).

Infra, cap. v, sección III, § 3.

Notas:

¹ Una buena síntesis crítica de las teorías de la balanza de pagos puede ser encontrada en la obra de Maurice Byé, ver también Jacob Viner, *Estudios sobre la teoría del comercio internacional*, Londres, 1937; Meade, *La balanza de pagos*, Oxford, 1951, Mosak, *Teoría del equilibrio general en el comercio internacional*, New York, 1944. Para una bibliografía de las teorías criticadas aquí abajo, ver *La acumulación a escala mundial*, pp. 533-559.

² Como lo dijo H. Denis (*La Moneda*, París, 1951).

³ Para una bibliografía de las teorías de Haberler y de los post-keynesianos criticados arriba, ver *La acumulación a escala mundial*, pp. 498-500.

⁴ Las cifras relativas al período 1951-65 de este párrafo y de los tres siguientes, como por otra parte el análisis mismo, son tomados de Eli Lobel (*Liquideces internacionales y elementos de una política monetaria de África*, Le Mois en Afrique, mayo de 1969).

Las cifras relativas al período 1965-71 han sido tomadas de los informes anuales del FMI.

⁵ A este respecto ver Robert Triffin, *El oro y la crisis del dólar*, PUF, 1962; *El sistema monetario internacional*, París, 1969; J. L'Huilier, *El sistema monetario internacional*, Armand Colin, 1971.

⁶ Charles Kindleberger, *Balanza de pagos, déficits y el mercado internacional para la liquidez*, Princenton, 1965.

⁷ En *El sistema monetario internacional*, op. cit.

⁸ Ver más adelante, Cap. iv, Título iv.

⁹ Leer a Theresa Hayter, *Ayuda como imperialismo*, Penguin Books.

¹⁰ Thomas Balogh (op. cit) crítica sistemáticamente el "frenesí neoliberal" de las elasticidades y los "mecanismos de regulación automático". El calificativo de "repetición imbécil" se encuentra en p. 57.

Se terminó de imprimir este libro de la EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A., el día 18 de mayo de 1973, en los talleres de la EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A., Av. Coyoacán N° 1035. La edición estuvo al cuidado de Manlio Tirado y la impresión a cargo de Cayetano Pérez Camacho. Se imprimieron 3 000 ejemplares.

Nº 2801